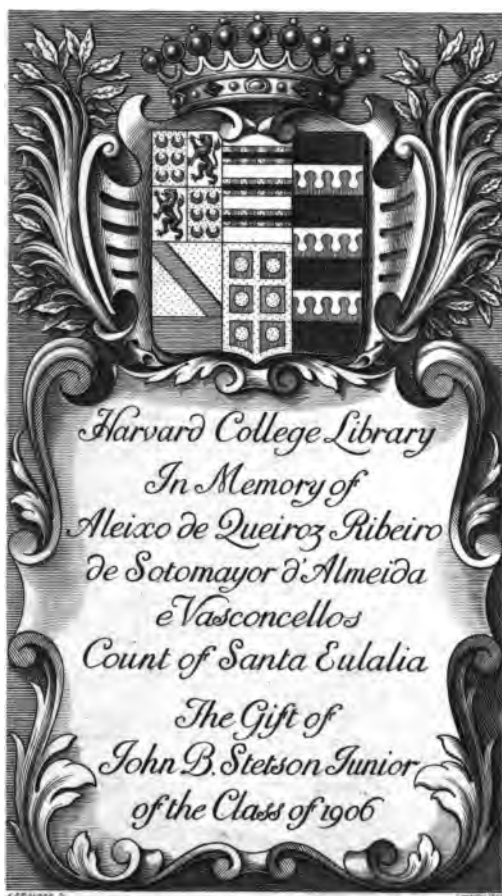

Harvard College Library
In Memory of
Aleixo de Queiroz Ribeiro
de Sotomayor d'Almeida
e Vasconcellos
Count of Santa Eulalia
The Gift of
John B. Stetson Junior
of the Class of 1906

MANUEL UGARTE

LA NOVELA

de

LAS HORAS Y DE LOS DÍAS

(NOTAS ÍNTIMAS DE UN PINTOR)



PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, Rue des Saints-Pères, 6

1903

A Jean de la Hire
hommage d'admiration
et de sympathie
Manuel Ugarte

LA NOVELA

DE

LAS HORAS Y DE LOS DÍAS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

EN LA MISMA CASA EDITORA

Paisajes Parisienses, con un prólogo de MIGUEL DE UNAMUNO y un epílogo de FRANÇOIS DE NIÓN. (*2ª edición*). — 1. vol. . . . . **2** »

Crónicas del Bulevar, con un prólogo de RUBÉN DARÍO. — 1 vol. . . . . **2** »

Cuentos de la Pampa.

EN PREPARACIÓN :

La Joven literatura hispano-americana (antología de prosistas y poetas).

MANUEL UGARTE

LA NOVELA

DE

LAS HORAS Y DE LOS DÍAS

(Notas íntimas de un pintor)

PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

OPINIONES

SOBRE LAS OBRAS DEL MISMO AUTOR

Je voudrais pouvoir parler des paysages argentins aussi bien que vous décrivez les paysages parisiens.

HENRY HOUSSAYE,
De l'Académie Française.

Je ne crois pas que nos auteurs préférés par le public parisien aient toujours l'entrain et l'observation qu'on trouve dans ce volume écrit dans la langue de Cervantès.

FRANÇOIS DE NIÓN.

... Hermosas páginas que abundan en imagenes de feliz originalidad, en hallazgos de modos de expresión, de vigor tan sugerente que resultan casi gráficos, y sobretodo en una frescura tan sincera que el libro todo se vé por ella animado, coloreado, como con sávia vital, lleno en su estilo de fuerza, de tonalidades y perfumes, cual si una sana primavera palpitase en él.

(*La Nación*, de Buenos-Aires.)

Le style est clair, concis, sans redondances et débarrassé de cette creuse phraséologie, de ces périodes ronflantes et alambiquées dont sont souvent trop prodigues les auteurs hispano-américains, et qui, sous la richesse apparente des mots, cachent si mal la pauvreté des idées. M. Manuel Ugarte est un jeune écrivain de talent, de beaucoup de talent même et qui ne tardera pas à se faire un nom dans l'Amérique latine.

EDOUARD REYER.
(*La Renaissance Latine*, de Paris.)

Joven escritor muy notable por su talento y su espíritu revolucionario en todo.

LUIS BONAFOUX.
(El Heraldo, de Madrid.)

Es un libro lleno de sencillez y de verdad en el cual resaltan el estilo ágil y suelto, la vivaz imaginación y el gusto artístico cultivadísimo del señor Ugarte.

JUAN PABLO ECHAGÜE.
(El País, de Buenos-Aires.)

Manuel Ugarte merece puesto de honor entre la dorada juventud de literatos españoles.

CRISTÓBAL DE CASTRO.
(La Correspondencia de España.)

En la vasta serie de temas abarcados por Ugarte, hay siempre la nota personal, típica, inconfundible con la crítica abstracta é indeterminada. Hay pinceladas maestras que precisan la silueta de quien forma el objeto de su estudio.

(La Prensa, de Buenos-Aires.)

Lléguele á Ugarte nuestra palabra de aplauso : la juventud tiene en él un escritor de fibra, nuestra literatura espera que siga trabajando.

(El Diario, de Buenos-Aires.)

Manuel Ugarte, joven cuyo talento ponderado y buscador ha logrado la realización de más de una bella joya de arte. Su sobriedad le ha impedido los pasos en falso, las caídas icáreas.

RUBÉN DARÍO.
(La Nación, de Buenos-Aires.)

Ugarte, que es un preferido de la fortuna, trabaja con entusiasmo por el triunfo de las ideas nuevas. Debiera servir de modelo á la juventud americana que, salvo pocàs excepciones, vive entregada á la más profunda bonhomia en lo que respecta á cuestiones sociales, cosa que hoy trae preocupados á los espíritus superiores de la vieja europa.

(*La Revista Nueva*, de Montevideo.)

Merci de vos superbes *Paisajes Parisienses*.

REMY DE GOURMONT.

Monsieur Ugarte est vraiment poète par l'éclat de l'image.

PIERRE VILLE.

C'est un livre où le sentiment de l'ambiance et les jugements sur les personnes sont à la fois exquis et forts.

LAURENT TAILHADE.

Libro pieno d'osservasione originale et agute e escrito con sentimento e gusto squisito d'artista.

EDMONDO DE AMÍCIS.

Un libro de honda enseñanza, en que si hay mucho de *dilettantismo*, hay más de ingenuidad y de buena fe y más, mucho más, de talento, de sentimiento, de arte y de poesía.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE.
(*Vida Moderna*, de Montevideo.)

Deseamos á su inteligente autor nuevos libros amenos y sugestivos como este.

E. Gómez de Baquero.
(*La España Moderna*, de Madrid.)

Ugarte, que tiene el privilegio de sentir delicadamente los estados de su espíritu, ha volcado juntamente con su juventud sobre los capítulos del nuevo libro muchas risas y sonrisas... y alguna lágrima.

(*El Tiempo*, de Buenos-Aires.)

El señor Ugarte es joven y hay que esperar de él muy buenos libros.

Ramón D. Perés.
(*La Vanguardia*, de Barcelona.)

El Sr. Ugarte es un escritor de mucha inspiración, espiritual, nervioso. A esto suma una observación feliz y un estilo artístico agradable.

(*La Epoca*, de Madrid.)

Este joven como escritor es el de más valía y el más sólido entre los actuales americanos.

(*Las Noticias*, de Barcelona.)

Por la belleza de ese estilo incisivo y brillante como una daga florentina, lleno de luz y de fuerza, queda Ud. entre los grandes escritores. Con ellos conquista Ud. la estimación y la admiración. No le falta sino la crítica de la envidia implacable y el insulto de la mediocridad inconsolable. Se los deseo muy sinceramente como la consagración de su gloria.

J. M. Vargas Vila.

PRÓLOGO

Cuando me propuso Manuel Ugarte, hacer un prólogo para su libro *La novela de las horas y de los días* lo acepté con gran satisfacción, pensando terminarlo en dos ó tres días. Ya hace de esto un par de meses.

Después tuve que encargarme de la dirección de un periódico, de corregir las pruebas de un libro mío que salía en Barcelona, de hacer un folletín, de un proceso por delitos de imprenta y, á consecuencia de todas estas ocupaciones, no llegué á hacer ninguna bien. Este prólogo, por motivo de tal precipitación, no podrá ser más que una serie de notas ligeras hechas de prisa, como las puede hacer un hombre perezoso á quien hacen dar más vueltas que una peonza, de un hombre que no tiene voluntad desde que nació.

La novela de las horas y de los días, de Manuel Ugarte, no es una novela en el concepto tradicional que tenemos de este género literario, es más bien el soliloquio de un romántico y de un analista.

Juan Lapeña, un pintor sentimental, marcha á través de la vida y experimenta sucesivamente sensaciones diversas y va afinando su sensibili-

dad hisperestenia en el dolor y en la desesperación.

« Nuestro pintor, dice Ugarte, no es el afirmativo César que se encarama sobre las espaldas de sus contemporáneos, sino un alma modesta y sensible que dice lo que sufre, lo que duda y lo que sueña con cierta candidez honrada — Juan Lapeña es el símbolo de una nueva cosecha de hombres. »

De una nueva cosecha de hombres sentimentales y soñadores, debió añadir Manuel Ugarte, de una nueva cosecha de hombres nerviosos.

¿ Es humano el protagonista de la novela ?... Yo creo sinceramente que sí. Dentro de las creaciones del arte moderno, Juan Lapeña es un ser de carne y hueso, real, vivo.

Sus amores, sus penas, el juicio de los hombres y de las cosas que ve, son propios de un artista cansado que tiene dentro del alma una fatiga quizás proviniente de la herencia.

El escepticismo late en el fondo de su alma, un esceptcismo especial que no cree en las cosas grandes, y que admite muchas cosas pequeñas.

El arte de Ugarte tiene algo de enfermizo. Es el arte del que ha perdido la fe religiosa y no ha llegado á quedar satisfecho y tranquilo con la fe científica. Por eso el arte de Ugarte es triste. Después de todo, el escritor no hace más que reflejar el medio donde se desarrolla, y la vida,

hoy, es más bien penosa y triste que alegre y heroica.

La vida moderna no se presta á la acción intensa y fuerte, y donde falta la acción, manantial de emociones artísticas, falta todo. Sin la voluntad en ejercicio, la vida no es más que una sombra.

Esta falta de acción los artistas tratan de sustituírla con la vida anímica, y así como el instinto guerrero de los hombres se observa hoy más en los *parquets* de las Bolsas que en los campos de batalla, así como el instinto de crueldad se determina en uno mismo en los análisis de conciencia más que haciendo sufrir á los demás hombres, así también la voluntad de acción se manifiesta en los artistas más en el movimiento interior de la *psyque* que en el exterior del cuerpo.

De ahí que muchos de los libros modernos no interesan más que á un corto número de lectores, de ahí también que libros como *La novela de las horas y de los días*, sea solo para refinados, para determinados lectores. Pero eso creo yo que no importa; con que haya un solo espíritu que comprenda y simpatice, ya está pagada la labor del novelista. Ugarte es de los escritores tristes. En su lira resuena quizás inconscientemente una nota opaca y dolorosa. Los tres libros que con éste publica Ugarte, tienen un carácter sombrío y melancólico.

Es el artista americano, muy joven todavía y quizás vaya evolucionando poco á poco la visión de su espíritu á estados de más serenidad y alegría.

En nuestra época, casi toda la juventud que siente y piensa, nace á la vida intelectual triste; el choque entre lo imaginado y lo real es abrumador, luego lo real se impone y el que ha empezado su labor literaria cantando las decepciones é impurezas de la realidad, concluye riendose de sus decepciones alegremente.

Manuel Ugarte que es un espíritu cultivado y un hombre bueno, tiene, intelectualmente, simpatías grandes por el socialismo y por la democracia, por todo lo que atañe á las masas, pero instintivamente, como todos los artistas, siente el egoísmo natural del que vive examinando y analizando su espíritu. Hay en Ugarte como en la mayoría de los escritores modernos franceses, cierta delectación en la contemplación del yo.

Otro día en que no pesen sobre mí tanta insoportable ocupación trataré de definir el temperamento artístico de Ugarte.

Lo que sí puedo decir, es que su libro *La novela de las horas y de los días* evocó en mí emociones delicadas y tiernas.

Pío Baroja.

Madrid, abril 8 de 1903.

LA NOVELA DE LAS HORAS
Y DE LOS DÍAS

Poco importa el medio que empleó la casualidad para traer á mis manos este manuscrito. Básteme decir que su autor fué uno de esos artistas impresionables y sinceros que viven enamorados de un ideal de pureza y de justicia. Nada me hubiera sido más fácil que imponerle un carácter misterioso ó dramático, aventurero ú original, para dar alimento á la curiosidad del público y hacer del sombrío pintor un personaje de novela según el gusto corriente. Pero he preferido dejar al libro la ingenuidad, la falta de ilación y el sencillo sentimentalismo de aquel hombre hosco que vino de quién sabe dónde y desapareció después, sin que sospechemos aún si ha muerto ó ha huido. Después de todo, el interés de una obra no está en las complicaciones de la acción, sino en la realidad de lo que en ella se cuenta ó describe. Y nada más vívido que las melancolías de ese desterrado que, al comenzar sus notas diarias, un día pri-

mero de Enero, indicaba su propósito en cuatro líneas :

« He aguardado esta fecha con la misma ansiedad con que un improbable viajero perdido esperaría el tren que debe llevarle hacia otras tierras, á través de estaciones y pueblos extraños que tendrá que abandonar también por otros y otros, con la angustia espantosa de no encontrar jamás su ciudad de origen. La eternidad está dividida por fronteras en comarcas y en zonas, como las naciones del mundo ; y solo somos los judíos errantes del tiempo que pasan de territorio en territorio con su saco de misterio sobre la espalda. Cada año es un país que nos asombra, nos consuela ó nos entristece con sus paisajes raros, apacibles ó siniestros ; cada día es una ciudad nueva, donde lloramos ó reimos, pero que, enemiga ú hospitalaria, no debemos volver á ver. Y esas impresiones, — imborrables ó fugaces, — que dejan las horas en el viaje obligado de la vida, lejos de ser notas dispersas y sin ilación, forman un conjunto ordenado que es algo así como el relato de una campaña : las operaciones y los combates que separados son incoherentes, se enlazan en el conjunto y se coordinan, hasta formar un todo armónico.

Y no es que el hombre disponga de los hechos y los someta á simetrías y correspondencias como los personajes de un cuadro ; es que el

destino baraja las cosas de tal suerte que todo tiene eco y origen, que todo se encadena y se continúa, que nada queda truncado en la inmensa orquestación de las almas. Pasamos sembrando gestos que fructifican. Y nada se pierde en la eterna labor renovadora de las cosas. Por eso he querido reunir las sensaciones y fijar en un centenar de páginas el pensamiento y la emoción que casi siempre abandonamos y dejamos morir en la memoria. Como estas líneas solo han sido escritas para mí, estoy seguro de que serán completamente sinceras. Al cabo de los años, podré comparar las actitudes, los deseos, las melancolías y las cóleras, medir los cambios y las analogías y rehacer quizá mentalmente el camino que me separa de este minuto inicial. Las páginas del cuaderno serán como las pequeñas pirámides toscas y primitivas, edificadas con piedras desiguales y mal ajustadas que impiden que el sitio por donde ha pasado el explorador se borre y se funda en la movible monotonía del desierto. »

Los lectores curiosos que tratan de descubrir al autor detrás de los personajes del libro, desecharán quizá la hipótesis del manuscrito encontrado y atribuirán á una ficción el origen de esta obra. Pero, ¿ qué importan los nombres si la acción es real ? Los sentimientos y las pasiones son patrimonio de todos. En lo que otros escribieron, hallamos á veces lo que pensamos. Muchas vidas extrañas son nuestra propia autobio-

grafía. Y los espíritus coinciden y se funden á menudo en consonancias que saltan por sobre el detalle de las personas y afirman el franco comunismo de los hechos.

Si Juan Lapeña no fuera más que Juan Lapeña, sus notas no podrían interesarnos. Ha sido necesario que su carácter salve los límites estrechos de la unidad y sea síntesis de vidas, símbolo de hechos, expresión de conjuntos que gimen, bullen, agonizan ó arden, no solo en la población donde gesticula el héroe, sino también en el mundo, porque una ciudad es resultante y no causa, y á la formación de un gran centro contribuye la humanidad toda. Por eso creemos que estas páginas, escritas al día bajo impresiones diversas pero armónicas, tienen que ser leídas con interés, sobre todo en los momentos actuales, en que pasa sobre el mundo un estremecimiento de sinceridad, y empieza á reinar una especie de misticismo del bien que nos aleja de lo artificioso. Nuestro pintor no es el afirmativo César que se encarama sobre las espaldas de sus contemporáneos, sino un alma modesta y sensible, que dice lo que sufre, lo que duda y lo que sueña, con cierta candidez honrada. — Juan Lapeña es el símbolo de una nueva cosecha de hombres.

Quizá cause su aparición cierto asombro. No ignoro que nuestro héroe está en contradicción con la costumbre y con el medio. Esa silueta

tranquila y sobria que avanza lentamente entre el tumulto de los apetitos ciudadanos, no dejará de molestar á los bulliciosos. Trae demasiada reflexión, demasiado altruísmo, para que los transeúntes puedan fraternizar con ella. Pero estos defectos, que somos los primeros en reconocer, no han logrado disuadirnos. Creemos en el triunfo final del Bien. Y ese pobre pintor sensible que nos refiere lo que vivió en un año, que nos abandona su intimidad, y que nos muestra sus paisajes del alma, merece toda nuestra estima. Se ha aislado en su soledad, como en una torre. En su cerebro ha habido grandes colisiones de doctrinas. Tiene uno de esos corazones que son de cera para el dolor y de hierro para la lucha. Es capaz de llorar ante un paisaje y de sentir las rebeliones que hacen temblar las bóvedas de la sociedad. Es energía y es ternura. Tiene el sollozo y el gesto. Y á lo largo de sus confidencias, se desenvuelve una contradicción curiosa: su desamparo interior y su deseo de amparar á los que sufren.

En estos tiempos en que se confunde el egoísmo con la fuerza, y en que las literaturas se limitan á cantar el triunfo de los mediocres, podrá parecer á algunos que la figura de Juan Lapeña es demasiado sensible para ser humana, y que nuestro pintor hace de sí mismo un retrato moral exageradamente favorable. Pero si consideramos el franco abandono con que el autor

va deshojando sus días, y si recordamos que esas notas no fueron compuestas para el público, la suposición maligna se desvanece. Por otra parte, el tipo no es único. En medio del apresuramiento por vivir, del Nietzschismo que nos invade, de la orgía de infamias en que naufraga la sociedad que muere, han nacido millares de Juan Lapeña en el mundo. Son los exploradores avanzados de una edad que se aproxima. Las contradicciones que advertimos entre sus mentalidades y las nuestras, no derivan de ellos, sino de nosotros. No es el árbol retorcido y deforme, el que puede quejarse de que no se le parezcan los que han crecido rectos y lozanos.

Enero 1.° de 19**

Vivo en un barrio de sombra y de miseria. Mi taller tiene una inmensa ventana que mira á un patio gris donde los pasos prolongan un eco desolador que martillea en mis oídos y me atenacea los nervios. Desde la fuga de Fanny, estoy solo. Apenas conservo una docena de conocidos que encuentro á veces en el café ó en el restaurant, y con quienes cambio palabras indiferentes y vacías. Toda mi sensibilidad y mi pensamiento están dentro de mí, bien atascados en el fondo del alma. Por momentos me ahogan. A la hora del crepúsculo, cuando el taller se llena de tinieblas y tengo que abandonar los pinceles, mi ensueño y el boceto comenzado, me invade un loco deseo de hablar... A veces me paseo y converso sólo, envuelto en el humo de mi cigarrillo... Quisiera tener alguien con quien discurrir fraternalmente sobre todas esas cosas indiferentes y triviales que forman el tejido de nuestra vida inmediata, y todas esas visiones graves y consoladoras que hacen el encanto de la vida superior. Pero nada vive en torno mío. Lejos de mi familia y de mi país, vegeto desde

hace varios años en este rincón de estudio. Han sido tantos mis vuelcos, que no me atrevo á intentar nuevas amistades. Me he erizado de falsas indiferencias para evitar los desengaños. Y aún así, no estoy á cubierto de las flechas envenenadas... Pero mi corazón se hiela en la soledad mortal en que vivo. Quizá le devolverán estos monólogos que me propongo escribir diariamente la flexibilidad y el empuje de antes.

En la inmensa ciudad populosa cuyas calles se incendian al anochecer y donde todo es actividad y bullicio, me siento más sólo que en la lejana aldea normanda donde pasé un verano. A veces me sobrecoge un estupor... Me creo perdido en la vasta población, y me parece que corro por las calles, que atravieso los barrios, que me hundo en las avenidas, y que interrogo los ojos vacíos de las ventanas sin encontrar un alma compañera. La ciudad se prolonga indefinidamente, sin que nada ondule sobre su superficie, como si todos los habitantes hubieran sido barridos por una racha de espanto... Pero la razón me devuelve en seguida la sana visión de las cosas. Comprendo que la soledad me ha hecho caviloso. Mis vicisitudes me han exasperado la sensibilidad. El espíritu visionario se fortifica en el aislamiento como los ojos de los gatos en la noche.

Enero 2 de 19**

Mi cerebro era anoche, como una biblioteca donde solo hubiera cuentos de Poë y de Villiers de l'Isle Adam. Tuve un sueño raro :

Por un camino obscuro que se perdía en la sombra, pasaba una teoría interminable de mujeres vestidas de blanco que llevaban cirios encendidos. Las gotas de cera caían como lágrimas sobre la llanura. Cada vez más numerosas, las mujeres se amontonaban en el camino, pálidas y mudas, como una caravana de silencio... Supe, no sé cómo, que eran almas. Las llamas de los cirios se encorvaban bajo el viento de la noche y parecían estrellas. Una de las mujeres pasó junto á mí, le pregunté hacia donde se dirigían, y me contestó que hacia una montaña donde se les había dicho que había una cruz. Seguí tras ellas... Subieron á la montaña y la escudriñaron toda... Pero la montaña estaba pelada, sin hierba, ni árbol... Entonces se encresparon y corrieron despavoridas, levantando en alto los cirios... Después bajaron precipitadamente... Los caminos tornaron á iluminarse... Las luces se dispersaban y volvían, huyendo en flujos y reflujos tumultuosos á través de la llanura... La claridad de los cirios era cada vez más roja... Los campos parecían incendiarse... Se hubiera dicho que una aurora surgía del fondo de la tierra... Extrañas lenguas de fuego se levantaron de los prados... Las llamas cubrieron el horizonte... Todo ardió... Y me desperté con una inmensa tristeza, como si hubiera estado á punto de adivinar lo que había ó no había del otro lado de la muerte.

Enero 4 de 19**

Hoy he vuelto á pensar en Fanny. Una cinta de raso encontrada en el fondo de un cajón, me

ha hecho evocar aquella cabecita vivaz, de tez pálida, ojos burlones y lábios calientes, cuya abundante cabellera renegrida anudada sobre el cuello, le daba no sé que aire extraño de colegiala. Me parece verla todavía sobre el diván, arrebujada en la bata japonesa que yo le había comprado. A pesar de sus diez y ocho años, parecía una chiquilla friolenta que se acurrucaba junto á mí para pedirme golosinas... ¡ Qué hermosa estaba aquella noche de lluvia en que le ofrecí mi paraguas frente á la Trinidad ! Llevaba un sombrerito negro de modista pobre, pero se remangaba el vestido con tanta gracia, que no pude resistir al deseo de echarla una flor. Cuando entró por primera vez á mi taller, se asombró del desorden que reinaba. Quiso examinarlo todo, con curiosidades infantiles que mè hicieron sonreír. Después se instaló en mi vida, se familiarizó con mis tareas y mis gustos, fué el modelo de la *Euterpe* que conseguí hacer aceptar en el « Salón », me habló de cariño eterno, y desapareció una noche como había venido, sin dejar rastro ni estela, cediendo á su instinto de mariposa atareada. No la quise nunca. Pero su boca jovial y sus ojos grandes, iluminaban el taller y lo poblaban de visiones primaverales. Me falta esa alegre muñeca florentina que desbarataba mis trastos y se inclinaba sobre mi hombro para borrar las pinceladas con el dedo. Si estuviera aquí, no me invadiría este cansancio que me postra y me sume en una somnolencia de la que solo consigo arrancarme para encender un cigarrillo...

Enero 5 de 19**

¡Qué tristes van las gentes por las calles!

No sé por qué, pero me parece que reina una gran aflicción, y que todo llora en los bulevares grises por donde pasan los grupos, apresurados y dispersos, bajo las rachas del viento invernal.

Los faroles rojos de los tranvías, las linternas blancas de los coches, y la lista de mecheros de gas que marcan hasta muy lejos la delineación de la acera, naufragan en la neblina que obstruye la ciudad desde las cuatro de la tarde.

Las mujeres y los hombres, arrebujados en sus abrigos, parecen huír de alguna amenaza. Los niños que vuelven de la escuela traen caras tediosas, como si presintieran la amargura de vivir. A través de los vidrios, en los almacenes llenos de luz, bostezan los empleados entreleyendo un periódico ó mirando hacia la calle, donde la tristeza es aún mayor que en su encierro. Se diría que la vida es hoy como un gran invierno lluvioso donde tiritan las almas.

Y sin embargo, ayer todo era luz y alegría en el mismo barrio y para las mismas gentes. Es que damos á los demás nuestra fisonomía propia y juzgamos los paisajes por la impresión del momento. Una ciudad es triste ó alegre, según es alegre ó triste el estado en que nos encontramos. Todo está dentro de nosotros: El alma tiene días de sol y días de tormenta. Y nuestros juicios sobre el mundo externo, dependen siempre del estado de nuestro mundo interior.

Enero 6 de 19**

La lluvia cae desde el amanecer sobre el patio... El cielo tiene un color uniforme de pizarra. El día ha sido un crepúsculo. Y estoy tan triste, tan sólo, que he echado mucho de menos la risa de pájaro de Fanny, y hasta aquella eterna canción que me crispaba los nervios:

La violette double, double...
La violette doublera...
J'en ai oublié bien d'autres,
J'oublierai bien celui-là...

Enero 8 de 19**

A veces salgo, como hoy, y me interno en los bosques que bordean los arrabales. Después de atravesar las últimas casas, se abre como un oceano de luz, de libertad... Todo lo que me oprime y me inmoviliza en la enorme colmena gris, desaparece asi que gano los caminos arenosos... Me siento como el prisionero á quien le desatan las manos. Y me parece que revivo ante la sinceridad de la naturaleza.

En la ciudad todo es forzado y medido, — todo es decreto y es fórmula. Parece que las gentes gesticulan á compás, y que un solo hilo de costumbre pone en movimiento el espíritu y la acción de los rígidos muñecos disciplinados.

Prefiero la exuberancia y el desorden de los árboles retorcidos y audaces que se desperezan al viento y estiran sus ramas como músculos; prefiero los caminos desiguales y tortuosos que

no van á ningún sitio y se alargan al sol como serpientes ; prefiero los lagos pensativos é inmóviles, las campiñas húmedas é impasibles, y los cielos abullonados y obscuros donde galopan y se empujan las formas como en la imaginación de un solitario. En la ciudad todo nos observa y nos juzga, todo nos critica y nos aquilata. Somos como el caballo de carrera que hace su aparición en la pista acribillado por los ojos de la multitud... Vivimos en cárceles de vídrio, esclavos de un protocolo que nos decreta los gestos. La infracción más insignificante hace sonreír á los transeúntes. Que la fatiga nos obligue á sentarnos al borde de la acera, que el calor nos empuje á salir sin sombrero, que nos detengamos y levantemos los ojos para admirar una nube... cualquiera de las acciones del hombre que piensa y que vive independientemente de los demás, provoca la hilaridad y el asombro... Es necesario llevar la vista á cierta altura, colocar los brazos en determinada posición, dar pasos de una longitud uniforme, y calcar las palabras, las necesidades y las ideas, según las ideas, las necesidades y las palabras de los demás.

A veces me pongo á observar como andan y viven las gentes en la calle. Casi siempre me hacen el efecto de comparsas de teatro que desaparecen por una esquina y reaparecen por la otra, con la misma mueca infeliz, como « hombres-automóviles » que un mecanismo mueve y empuja dentro de un repertorio reducido de gestos combinados por el fabricante. Y esos juguetes que, fuera de sus habilidades de resorte,

son de cartón para todo lo que se relaciona con la vida, me causan una angustia indecible.

Más que nunca me asedia entonces el deseo de vivir, con el cuerpo y con el espíritu, en una Suiza material y moral, lejos de las ciudades que son como serpientes que se nos enroscan en la garganta.

Enero 10 de 19**

Al bajar la escalera, me encuentro con un grupo de pintores que viven en la misma casa. Son gentes alegres que ríen mucho, trabajan poco y revolucionan el barrio con sus canciones y sus gritos. Uno de ellos, Cartasca, me detiene al paso para murmurar de los otros... (Lorenzo ha sorprendido á Julia en brazos de uno de sus amigos... Toledo ha comenzado un cuadro inverosímil que le ha hecho sonreír... Colombo está viviendo de lo que le prestan los camaradas de estudio...) Y tras un efusivo apretón de manos, se aleja, dejando tras sí una atmósfera de baja chismografía que marea como el vaho de un licor fuerte...

Todos ellos forman un conjunto oleoso, lleno de contradicciones, un grupo á la vez inseparable y hostil, donde cada cual desprecia á todos y todos á cada uno. Pero como les unen lazos de complicidad, componen una especie de trabazón. No son gentes malvadas, son gentes que *no han comprendido*. El apresuramiento y el tesón con que empujan su corretaje de espinas, no es más que una debilidad infantil. Suponen que un oído atento al mal y un comentario fácil, bastan

para abrirnos camino en las batallas de la vida. Y son como navegantes ilusos y desequilibrados, que creen llegar más pronto poniendo la proa al viento.

Enero 12 de 19**

Con la facilidad de comunicaciones y el espíritu internacionalista que hoy cunde, el siglo XX preparará una época feliz en que los hombres sólo se verán divididos por las ideas. La nacionalidad no estará representada por una ubicación geográfica, sino por un conjunto de sentimientos comunes ó una identidad de propósitos. Nos clasificaremos según nuestras analogías espirituales, y no según la región en que la casualidad nos hizo nacer. Es la única delimitación razonable. En nuestras sociedades caóticas, todo se mezcla y se confunde para mal de todos. Vivimos en una especie de anarquía oficial. Los temperamentos más contradictorios se codean, y los espíritus hermanos se ven obligados á hacerse señas desde lejos. Fuera menester poner orden en la mescolanza del mundo como en el desbarajuste de un mueble, y hacer que las patrias sirvan para indicar alguna cosa.

Enero 14 de 19**

En la Academia de pintura, á donde voy por las noches, se reune un público mezclado. Es una amalgama pintoresca de caracteres, de notas y de lenguajes que se coordinan y se funden en un parisianismo ultra-moderno. Las corbatas

anudadas con descuido, las boinas á la Rembrandt, los pantalones anchos y los grandes chambergos tradicionales, se amontonan ante los caballetes en la sala cuadrada donde pontifica un pintor famoso que exige vasallaje. Las mujeres que asisten á los cursos visten invariablemente de negro, llevan peinados á la Boticelli, tienen caras muy pálidas, y son generalmente despreocupadas y audaces como los hombres. La Academia es un centro de estudio y de conversación, de abandono y de ingenio, donde la chanza y la risa esconden á menudo algunas lágrimas.

Nada más triste que esos trabajadores del ideal que apuran su labor y se espolean al espíritu, sitiados por el hambre, la envidia, la soledad ó la impotencia. La costumbre y el necesario prestigio que da la apariencia de la felicidad, les condenan á llevar máscara de alegría. La tradición quiere que el *rapin* nazca de una carcajada, como de un huevo. Pero en el fondo de las conciencias, en la profundidad de las almas, todo está enlutado y tendido como para un gran funeral. Unos se ven envueltos por las necesidades de la vida, que amenazan devorarlos y hundirlos ; otros se ven heridos y atormentados por el encono de los que roen y zapan todos los árboles del bosque para derribarlos, ponerse de puntillas y parecer descollar ; éstos se hielan en un destierro de alma, separados de toda ciudad amiga, en un desierto de indiferencia, solos ; y aquellos se retuercen y se torturan en un supremo esfuerzo de voluntad para romper la cár-

cel y alzar el vuelo, águilas ebrias de extensión, sin alas. Apenas si en el obscuro mar de desesperaciones se alzan algunos cerebros tranquilos y sólidos, como peñascos en cuyas crestas cae un rayo de sol. Son los eligidos. Los demás no lo saben, pero ellos si. Si son sobrios y cautelosos en la acción, es porque comprenden que están haciendo historia con sus vidas.

Cuando entro á esa sala gris, donde parece que todo es viejo y usado, me invade una tristeza inexplicable. Me parece que me interno en una cueva de sombra habitada por alquimistas extraños que manipulan drogas intelectuales, buscando combinar un producto peligroso y sublime que será como una llamarada en la noche. Y me apena el infructuoso tesón con que se investigan el alma y se retuercen la voluntad, para componer algo que les hace encogerse al fin de hombros y decir : « era otra cosa ». El artista es á menudo como esos buscadores de oro que se aventuran en las peligrosas regiones del Klondike, perforan las montañas, agujerean el suelo y roen el planeta con la esperanza de arrancarle sus tesoros. En la inmensa soledad inhospitalaria, arrastran su fatiga sostenidos por la avidez del triunfo. Y después de agotar la voluntad y la fuerza, enfermos, desalentados y vencidos, acaban por caer casi siempre al pie de una montaña y morir más de desesperanza que de muerte, con la cara hundida en el polvo, besando la misma tierra que les burló...

En el silencio de mi taller he sentido muchas veces ese escalofrío de miedo ante la dificultad

de realizar la obra. Pero una mano de luz me ha sostenido. Y he vuelto á tomar los pinceles con entusiasmo. Por eso me consternan las luchas que adivino bajo las caras sonrientes de los *rapins* de la Academia. ¿ Quiénes serán los elegidos ?

¡ Qué importa ! El salón se llena al anochecer de siluetas obscuras y flacas que se inclinan sobre su labor, levantando de tiempo en tiempo los ojos hacia el modelo que se destaca en el gran oasis de luz... El trabajo disipa todas las incertidumbres. Y después de todo, basta la satisfacción de « haber intentado ». ¿ Se ama el arte por el triunfo que procura, ó se ama el triunfo por el arte que lo dá ?

Enero 17 de 19**

La vida ha sido siempre para mí como una de esas aldeas edificadas sobre rocas, en cuyas calles mezquinas y casi desiertas solo hay gentes desconfiadas y ásperas que se disputan ó se espulgan. Pero hoy he apercibido un resplandor...

Al entrar á la sala de la Academia, una emoción me oprimió la garganta. En el sitio vecino al que ocupo habitualmente, estaba una mujer desconocida, que me impresionó, no sé por qué. Mis ojos se encontraron con los suyos, cuando ella se volvió para ver al que entraba. Hubo, — leve, casi invisible, — como una sonrisa de complicidad. Pero cuando me senté á su lado, no contestó á mi saludo y pareció absorberse en su labor. Yo no supe, al principio, qué decir. Mientras disponía mis cartones, la miré de sos-

layo. Ella debió adivinar la mirada, porque se puso muy roja. Entonces invoqué la costumbre tradicional, y le pregunté su nombre... « Elena Petrowska, polonesa... » Sus labios tuvieron no sé que mezcla de temor y de audacia al pronunciar el apellido exótico que silbó entre sus dientes como un nombre de mariposa. Sin abandonar el trabajo, iniciamos una conversación entrecortada y superficial que nos llevó de la pintura á Varsovia, y de la vida de París, á la armonización de los colores.

Me sentía emocionado como nunca.

La cara rosada de ojos azules y cabellos rubios que sonreía á mi lado, era como una ráfaga de primavera sobre mi vida. « Elena Petrowska », repetía mi corazón, como si quisiera apropiarse el nombre y fundirlo en sí. Una ternura inmensa subía de mi alma y me traía á la boca mil frases que no era posible pronunciar todavía...

La conversación se hizo penosa... Quizá se sentía ella turbada como yo... Lo cierto es que abrevió sus respuestas y acabamos por trabajar en silencio.

Mi labio calló, pero mis ojos no la abandonaron. Aquel cuerpo robusto, de formas llenas que se hinchaban bajo el vestido color de rosa, tenía un perfume agreste que atraía. Su fisonomía matinal de mujer eslava irradiaba tranquilidad y frescura. Elena Petrowska no se parecía á ninguna de las estudiantas de Bellas Artes que frecuentaban la Academia. Era alta, grande, sana y alegre. No parecía llevar luto ni

en el alma, ni en el vestido. Era un manojo de sinceridad, de fuerza, de vida, que contrastaba con el estiramiento y el cansancio que la rodeaba. Su carácter se destacaba sobre los demás, como su traje rosado sobre la uniformidad sombría del conjunto. Y sus labios vivos que serpenteaban sobre los dientes, sus ojos azules que le iluminaban la cara, el rubor que la envolvía, le daban cierto poder de atracción que hacía volver los ojos á todos los estudiantes. No es que sus rasgos fueran perfectos. No hubiera sido modelo en Grecia. Su nariz era un tanto escasa, la cara era demasiado redonda... pero el tinte rosado de la piel y el resplandor de los cabellos, la bañaban en una especie de nimbo de juventud y de frescura, prestándole no sé que fragancia de flor de durazno, de día de primavera, de escaramuza de amor...

Yo la miraba fijamente, tratando de adivinar sus pensamientos. Me parecía difícil reanudar la conversación interrumpida. Y además, no tenía nada que decir... ¡ Era tan agradable el silencio junto á aquella ilusión que dormía !

Cuando terminó el curso y salimos de la Academia, Elena Petrowska me permitió acompañarla hasta su casa. Vive en una callejuela pobre, en los alrededores de la estación Montparnasse. Durante el trayecto conversamos de muchas cosas. Me dijo que tenía veintidós años, que había venido de su país con su tía, que solo contaba permanecer en Francia el tiempo indispensable para terminar sus estudios, que había dejado un novio en Varsovia... Yo le conté mi

vida retirada y obscura, mis sueños de porvenir, mi sorpresa al encontrarla... Quedó resuelto que seríamos amigos.

— ... A condición — dijo Elena, amenazándome con un dedo, — de que será Ud. juicioso y no dirá una sola palabra que pueda contrariarme.

Demás está decir que prometí todo lo que me exigió. Y seguimos andando por la calle del Bac que estaba á aquellas horas completamente desierta. Elena me contó sus impresiones de primer día de Academia, su cortedad al entrar, su confianza después ante la despreocupación de todos, y su deseo de terminar sus dos años de estudio y volver á Polonia para casarse.

La insistencia con que me hablaba de su próximo matrimonio me llenaba de amargura. Mientras dibujaba á su lado me había hecho tantas ilusiones, que me dolía verlas morir. Pero á pesar de todo, logré mostrarme impasible y conversé de cosas indiferentes y triviales con una verbosidad que me sorprendió. La arquitectura especial de las viviendas históricas que se alzan en aquel antiguo arrabal elegante, me sirvió de tema para una disertación que Elena pareció escuchar con interés. Para borrar toda sospecha de contrariedad, pregunté el nombre del prometido y hablé con indiferencia de su porvenir. Creo que llegué hasta regocijarme de la felicidad que les aguardaba.

Cuando nos encontramos en la calle D**, Elena se detuvo á la puerta de su casa y se excusó. No podía invitarme á subir con ella, porque su tía

debía haberse acostado ya. Pero me invitó á venir al día siguiente, añadiendo que tendría el mayor gusto en presentarme. Convinimos la hora. Nos estrechamos las manos. Ella desapareció detrás de la puerta que se cerró en seguida. Y yo me quedé inmóvil, en mitad de la acera, sin saber qué hacer, ni qué pensar... Levanté maquinalmente los ojos hacia la luna que huía, y me pareció que el mundo giraba con más rapidez que de costumbre. Después me alejé lentamente, pensando en mil cosas á la vez, sin atinar á elegir una.

Enero 18 de 19**

La tía de Elena Petrowska me ha recibido con esa amabilidad fraternal de los pueblos eslavos, donde se conservan aún ciertas costumbres patriarcales, olvidadas en el resto de Europa. Es una señora joven todavía, que ha leído mucho y tiene una fisonomía simpática que se acuerda con mi carácter. Me ha referido detalles curiosos sobre la vida rusa. Me ha contado algunos rasgos de su hermano, el padre de Elena, que fué general, tomó parte activa en algunas agitaciones y está hoy clavado en su sillón de paralítico, asistiendo á la agonía de su nacionalidad que coincide con la suya. Después hemos conversado de la educación moderna, de los derechos de la mujer, de la necesidad de evolucionar hacia el progreso... Es un espíritu ágil y comprensivo que sabe bordar una conversación sin enredarse en las ideas, y un carácter de avan-

zada que acepta mucho de lo que discutimos todavía.

Mientras conversábamos, su sobrina nos miraba con cierta sonrisa irónica y pasaba de una silla á un sillón, se levantaba, volvía, con esa alegre inquietud juvenil de la mujer que se conoce hermosa. Á veces nos cortaba la palabra atropelladamente para hacer una pregunta, mostrarme un retrato ó dar opiniones sobre las cosas de su país. Todo esto sin ilación, sin orden, cediendo á su estival cosquilleo de vida. Se hubiera dicho que un fauno brincaba dentro de ella. Pero había no sé qué infantil castidad dentro de sus peores atrevimientos de niña caprichosa.

Después del té, á las cuatro, cuando se habló del bosque de Boulogne, Elena manifestó un vivo deseo de conocerlo. Su tía me autorizó á acompañarla en la primera ocasión. Es una confianza que me obligó á mostrar cierta reserva. Pero Elena, en una de esas decisiones bruscas que saltan de su carácter audaz, resolvió aprovechar el momento y realizar la excursión en seguida. Un sombrero lleno de rosas, colocado rápidamente y asegurado con un alfiler, fué toda su compostura. Se alistó en un salto, abrazó á la tía que nos miraba con interés desde su sillón, y bajamos las escaleras como dos camaradas, disfrutando de esa buena fraternidad de los sexos que fortifica la dignidad de la mujer y hace al hombre más respetuoso.

Desde ayer estoy viviendo una vida tan nueva, tan inesperada, que ya no me quedan asombros.

Me dejo llevar por las cosas, cedo á la casualidad y acepto las doradas sorpresas del destino casi con temor, porque me parece que si me acaricia ahora es para hacerme sentir más hondamente después sus bofetadas de invierno. Pero cuando me encontré en mitad de la acera con la amiga gentil que se apoyaba en mi brazo, me sentí alegre y locuaz, como si una gran transformación hubiera cambiado la forma y la esencia del universo. Me parecía que la ciudad me abría sus calles y sus plazas, como una selva de ilusión cuyos caminos todos conducían á la felicidad. El frío de Enero, que es el más fuerte del año, nos enrojecía el rostro, pero llevábamos primavera en el alma y el último resplandor de un sol triste que moría bastó para hacernos declarar que la tarde era más hermosa que nunca. Saltamos sobre la imperial de un ómnibus que bajaba por Vaugirard, y desde el asiento elevado, como desde el techo de una casa, vimos el entrevero de carruajes y peatones que se entrelazaban y corrían á nuestros pies, en la efervescencia de la ciudad por cuyas venas circula la vida. Las paredes grises de los edificios cuyas ventanas se abren rara vez en invierno, daban á la población cierta actitud misteriosa de meditación y de tristeza ; pero los almacenes con sus vidrieras atestadas que se alineaban hasta el límite, ponían una extraña nota de animación en el paisaje. Los grupos oleosos que cubrían las veredas, eran cada vez más compactos... A medida que avanzábamos y atravesábamos el centro de la ciudad nos parecía que una gran conmoción sacudía á

las gentes y las arrancaba á sus hogares para hacerlas acudir á una fiesta ó una revolución en la que todos debían tomar parte. Pero ese aspecto formidable y magestuoso de la Babel que nos asombra, siempre, á pesar de la costumbre, no me infundía hoy la temerosa inquietud de otras veces. En ciertos días de soledad y de sombra, me ha causado pavor ese monstruo de tres millones de caras con el que parece que tenemos que librar un combate todos los días. Hoy he atravesado sonriente, como si la amenaza no pudiera alcanzarme...

Elena hablada de los vestidos, de los tranvías, de las costumbres, de todo, deshojando frases de seda sobre la ciudad que hervía á sus pies. La inmensa y poderosa máquina de hierro que muele y aplasta las vidas en su actividad acompasada y monstruosa, solo nos arrancaba observaciones de detalle. ¡ Tan cierto es que, ser feliz, es como ser ciego !

Cuando llegamos al bosque, la tarde comenzaba á declinar. Sobre el césped, al pie de los árboles, quedaban todavía algunos rastros de la nieve que había caído el día anterior. Y en la claridad borrosa del atardecer, que daba á las calles plantadas de árboles sin hojas un aspecto doloroso de jardín de hospital, apenas pasaban los últimos carruajes que volvían á la ciudad, y los escasos transeúntes que se arrebujaban en sus pieles. Pero la naturaleza no pierde, ni aun en invierno, su amable solemnidad. Las perspectivas lánguidas de los árboles amontonados al borde de los lagos en actitudes misteriosas, la imprevista curva de los caminos estrechos, los

alegres chorros de las fuentes, el claro que se abre como una sonrisa en una existencia de dolor, todo lo que duerme y lo que sueña en esa vida estancada de los bosques petrificados en su congoja y ensimismados en su angustia, nos asaltaba, nos rodeaba y se nos subía á la garganta en frases otoñales que torbellineaban bajo el pensamiento.

No sé si Elena comprendía el lenguaje áspero y fuerte de esos rincones de naturaleza, pero sus palabras hallaban eco en mi espíritu.

— Todos los bosques — declaró al cruzar una avenida, — tienen una cara y un corazón. Este es una mujer de mundo. Los de mi país son *moujiks* amenazantes y bárbaros. Pero á la sonrisa cortesana de esta amable naturaleza, prefiero la ruda sinceridad de la mía. Hay en aquellas selvas enormes una solemnidad y un *terror* que nos aplastan y nos vuelven á la realidad de lo que somos.

La conversación siguió al azar de las generalizaciones. Hubo un momento en que creí que no podría fingir más. Me ahogaba un secreto... El paseo amistoso, durante el cual todo había sido hasta entonces indiferente, me sometía á la tortura de callar lo que me saltaba en el alma. Las palabras de ternura me subían á borbotones, pero cada vez que me disponía á dejarlas salir, me retenía un escrúpulo. ¿Cómo faltar á mi promesa, hecha lealmente la noche anterior? ¿Cómo permitirme dentro de nuestra tranquilidad de amigos, una emboscada de amante? En aquella soledad, una palabra dulce podía resonar

como un insulto. Me habían confiado á Elena como á un amigo. No quería pronunciar una sílaba que pudiera ofenderla. Mis escrúpulos hubieran podido ser tachados de ridículos por los salteadores de almas que aprovechan la sombra para surgir de pronto y robar amor, pero á mí me parecieron de una honradez elemental. Ahoguéen mí el inmenso deseo de hablarque me atormentaba. Y aguardé á entrar de nuevo á la población para desenmascararme á la luz. Quería que Elena me escuchase en plena libertad. En los bosques hay siempre un fauno que gesticula. ¿Por qué exponerla á confundir una impresión del momento con una sensación durable? La noche y la soledad me daban demasiadas ventajas sobre ella.

El escrúpulo es el terreno que va ganando el hombre sobre sí mismo.

Cuando estuvimos en la avenida donde comenzaban á brotar las luces de gas y donde se apiñaba una multitud atareada y rumureante que salía de los almaneces y se amontonaba á puertas del ferro-carril metropolitano, la miré en los ojos y hablé.

— Desde que nos hemos encontrado, se ha abierto un mundo para mí. Sus ojos glaucos de polonesa se han incrustado en mi alma de estudiante. No soy el amigo imprudente que habla de amor faltando á la palabra empeñada, sino el prisionero que se despereza y rompe las convenciones para vivir. Sé que hay un compromiso, una frontera, una familia que la retienen á Ud., pero mi esperanza salta por encima de todo eso.

Si Ud. es como yo me la imagino, las preocupaciones que nos impone la costumbre son biombos de papel que desgarraremos con el codo. ¿Me acepta Ud.? Sólo soy un pintor desconocido, con casa y nombre en el porvenir, pero sin nada en el presente. Mi alma es la antítesis de la vida actual. Aborrezco todo lo que hoy triunfa. Para respirar, tengo que refugiarme en mis sueños. Vivo lejos de todo lo que bulle, como un animal huraño ¿Quiere Ud. que seamos dos torres de meditación unidas por un puente de cariño? Tiene Ud. en los ojos algo de mar y de cielo... El alma se parece siempre á los ojos. No he podido equivocarme: pensamos juntos. ¿Quiére Ud. unirse conmigo?

Elena me escuchó sin sorprenderse, pero se puso muy roja. Sus ojos parpadearon un instante, como cuando nos hiere una luz muy viva.

— Si yo tuviera el derecho de soñar — me dijo, abandonándome su mano pequeña, — seguiríamos andando por las calles y las plazas en este singular mareo del crepúsculo y no nos separaríamos más. También desprecio yo las fórmulas que nos maniatan en la obscura prisión que nos han hecho de la vida. Mi deseo sería correr por el campo abierto, bajo el cielo ilimitado, con el alma desnuda y los ojos libres... Desde el primer instante en que nos vimos, adiviné lo que debíamos llorar... Todo lo que yo ahogaba en mí desde hacía varios años, se despertó con nuestro encuentro. Imaginé una posibilidad de vivir... Pero en el mundo solo hay

sitio para las almas dormidas y disciplinadas... Toda floración sincera, toda vegetación selvática, provoca en las gentes primero estupor, después hostilidad y por fin desprecio... Debemos vivir en cárceles de mármol. ¿Cómo permitirnos la espontaneidad en los invernáculos del mundo? Nuestras acciones no nos pertenecen. Somos prisioneros de la tradición, de la ignorancia, de la maldad, de las fórmulas, de la curiosidad, del ejemplo, del alcalde, del amigo, del cura, de la familia, de la vecindad, de los antepasados, de todo lo que ha tenido ó tiene necesidades, deseos, constitución, mentalidad, savia ó ilustración contraria ó diferente de la nuestra, — pero no somos dueños de nosotros mismos... Imaginémonos que rompo en un instante dado con mi pequeño universo, que me emancipo, que nos damos á vivir en nuestra torre, que quemo mis naves y que me arranco la careta... Dentro de mi manera de ver, nada más digno y más puro que una unión natural, sin sanciones burguesas. Pero, dentro del criterio corriente, dentro de la sociedad que nos aprisiona, ¿qué se diría de la estudianta audaz que se alzaba en medio del acatamiento común para renegar la fórmula que es la base de nuestra fortaleza de cartón? La primera palabra que les vendría á los labios sería un insulto. Incapaces de comprender el desdén de los dogmas y la embriaguez de la libertad, me prestarían ignominiosos propósitos. Mi sinceridad sería para ellos vicio; mi desprendimiento, venalidad; mi elevación, caída. Una avalancha de oprobio caería sobre mi nombre. Me convertiría

en fábula de mis relaciones y de mi barrio. Sería como si hubiera muerto. Y mi tía y mi padre, á pesar de su espíritu moderno, á pesar de su cultura intelectual, me rechazarían sin reparos. En el fondo de sus conciencias, mi acto se explicaría quizá. Pero nunca me perdonarían el desprestigio que caía sobre la familia, la pretendida mancha sobre el nombre, las consecuencias malas de mi buena acción. Y además, ¿con qué autorización iría yo á aumentar la estrechez en que Ud. vive? ¿Con qué derecho encadenaría mi vida á la suya? En el mundo ideal en que vivimos interiormente, nada sería más hermoso que nuestra unión; pero en el mundo real que nos cela, nada sería más funesto. Alguien ha querido que nos descubramos para hacernos sospechar el paraíso... Bástenos la visión de lo que no pudo ser... ¿Por qué obstinarnos en un imposible? El mundo, que no sabe respetar las tentativas de cielo, se encargaría de destruír nuestro palacio ideal y solo seríamos, después del fracaso, Ud. un burgués, yo una perdida. Sigamos viviendo nuestra muerte y no nos dejemos engañar por la esperanza de algo mejor. Resignémonos á las cadenas, á las palabras duras de los guardianes y á las rejas del calabozo. Prisioneros del mundo, solo podemos soñar una evasión en otra vida... Conserve Ud. su movilidad de rebelde, su libertad de artista... Yo debo conservar el acatamiento á las fórmulas. Ud. triunfará. Yo me uniré en mi país á un hombre hueco que tendrá la pretensión de ampararme con las ocho letras de su nombre. Ud. me olvidará quizá. Yo

le veré desde lejos. Y de la aurora y el idilio, guardaremos el recuerdo de algo que nos pareció un sol y solo era un corazón que sangraba...

Se abrió un silencio penoso y seguimos andando por las calles llenas de luz y de gente, donde triunfaba la animación y el bullicio. Mi alma estaba llena de sombra...

— ... Pero, ¿ está Ud. resuelta á casarse ? — dije, apretando la mano que había quedado entre las mías.

— Sí, — respondió Elena con una energía que me asombró en sus labios ; — todo me aconseja el sacrificio : la familia, las concepciones del mundo, y hasta este amor que ha brotado en mi existencia resignada, como una flor de trópico en un témpano. Bajo la alegría bulliciosa que me impongo ante mi familia, vive una mujer desencantada que ha leído mucho. No sé hasta qué punto es buena la educación que me han dado. El libro me lo ha hecho desear todo ; la costumbre solo me permite ciertas cosas. He pesado las ventajas y he resuelto matarme dentro de mí. Cuando le he encontrado á Ud., ya había logrado casi triunfar de mis rebeldías. Empezaba á acostumbrarme á la costumbre. Con el choque, se ha despertado el alma que dormía y se ha reabierto el debate. Pero lo más juicioso es romper, olvidar los sueños, forzar las risas y resignarse á la inmovilidad. ¿ Cómo pretender vivir en estas ciudades en que todos están muertos ?

El silencio es la elocuencia de los que tienen mucho que decirse... Elena y yo seguimos caminando un buen trecho sin cambiar una palabra.

Cuando llegamos á la estación de Montparnasse y atravesamos la plaza llena de carruajes y tranvías, nuestra alma pareció despertar.

— Tiene Ud. razón... — dije al fin, como si después de pesar los razonamientos me declarase vencido, — la felicidad es imposible...

Elena me sonrió de una manera extraña. Sus ojos parecieron agradecerme que no insistiera. Nos estrechamos las manos hasta hacerlas crujir... Ella se puso roja, yo pálido. Y al levantar los ojos, nos pareció que nuestro sacrificio había hecho brotar una estrella.

— ¿ Nos veremos mañana — dije, tratando de sostener la voz.

— No, — repuso Elena precipitadamente ; — mañana no... es domingo... debemos hacer una visita... mañana no... el lunes,... eso es,... el lunes en la Academia.

Y cuando entró en su casa, me pareció que se apagaba una luz.

Enero 19 de 19**

Es un domingo largo, interminable. El sol brilla con resplandores de púrpura sobre las ventanas de los talleres que dan al patio. Para no pensar, he escrito estos versos locos, sin ilación y sin fibra, que leeré á Elena mañana en la Academia. Están en consonancia con la situación : tenemos que hablarnos sin decirnos nada.

No es que mi loco consejo
Te haya puesto colorada,
Es que te cubre el reflejo
De la sombrilla encarnada.

Del sol los rojos ardores
Filtró la tela encendida
Y puso ajenos rubores
Sobre tu cara florida.

Que fuera loco extravío
Empurpurar tu rosal
Porque esbocé un amorío
Y te dije un madrigal.

No tengas ningún temor
Y apaga tu fuegos rojos,
Que para darte color
Basta el brillo de tus ojos.

Si fué el consejo atrevido
Tuya es la culpa y no mía...
¿Por qué te has humedecido
La boca con ambrosía?

Enero 20 de 19**

Como ocurre todos los lunes, la Academia estaba poco concurrida. Apenas había una docena de estudiantes hastiados, que bostezaban en la gran sala refiriéndose aventuras del domingo: paseo á Robinsón, merienda en Verriéres... tradicionales regocijos del *rapin*, que forman casi parte del oficio.

Dieron las nueve, y Elena no llegó. La sala silenciosa donde trabajaban los escasos pintores que habían escapado á la fatiga del día anterior, presentaba ese aspecto desolado de los teatros vacíos, las calles desiertas ó los cuartos donde se vela un cadáver. El crujido de un pupitre, el ruído de los lápices, resonaban en la soledad como derrumbes. Y el alma sentía los escalofríos

del silencio, en el mareo de la noche donde parpadeaban las lenguas de luz.

Cuando comprendí que Elena no debía venir, recogí mis trastos y me eché á la calle. Una franja de cielo aparecía entre los dos muros, como una gran banderola. El frío había barrido las aceras, empujando á los transeúntes á los cafés, y arrinconándolos en las piezas calientes, junto á los hogares donde chisporroteaban los troncos. De la Academia á la estación de Montparnasse, solo encontré dos ó tres parejas apresuradas y un ebrio incongruente que se había sentado en el hueco de una puerta para insultar á la luna.

Al entrar á la casa de Elena Petrowska, adiviné una catástrofe.

Los muebles estaban abiertos, las ropas amontonadas sobre las sillas. Un baúl reinaba junto á la chimenea. Y en medio del desorden de los preparativos del viaje, las dos mujeres, atolondradas y ansiosas, corrían de un lado á otro llevando las valijas y los vestidos, como si la casa se incendiara y quisieran salvar lo que tenían más á la mano.

Mi amiga me mostró con los ojos dos telegramas que estaban sobre la mesa. Uno decía : « El general está grave » ; otro : « El general ha muerto ». Y mientras yo me dejaba caer en una silla, consternado ante aquella partida brusca que me dejaba solo, Elena acabó de cerrar las maletas, empujó á su tía, llamó al portero y se consumó el desastre. Un tren partía á las diez. Un coche esperaba á la puerta. Tenían apenas

el tiempo de llegar á la estación. Y fué un torbellino. Dos hombres se llevaron el equipaje, Elena dió un último vistazo por la pieza vacía, y todos bajamos en tropel...

¿Cómo analizar las sensaciones que me desgarraron y retorcieron mientras estuvimos en aquel fiacre que corría y saltaba sobre el empedrado, como si huyera de un peligro? Las casas pasaban por la ventanilla como fantasmas de sombra. Los faroles dejaban rayas de luz en la opacidad de los vidrios. Y la voz áspera y brutal del conductor que juraba y hacía crugir la fusta, me crispaba los nervios como un chirrido de gonces mal engrasados. Elena me miraba en silencio, con los ojos vidriosos, conteniendo las lágrimas. Su tía sollozaba, ocultando el rostro en el pañuelo. Yo no me atrevía á hablar, temiendo dejar escapar mi dolor egoísta en medio de la amargura de aquellas dos mujeres que iban en busca de un muerto. Y el coche devoraba la distancia, haciendo saltar chispas del empedrado.

En mi cabeza había remolinos de ideas y proyectos inverosímiles que se encendían y se apagaban en la obscuridad de la desesperación. Todo mi mundo moral crugía y se desmoronaba, en la espantosa fatalidad de aquel adiós. La vida, que se había iluminado un instante, volvía á llenarse de sombras, y los meses tomaban otra vez su terrible aspecto de cuestas empinadas que había que salvar chorreando sangre. Aquella mujer que me había despertado, que me había extraído del mundo; para hacerme vivir en un

deslumbramiento durante varios días, estaba á punto de desaparecer, bruscamente, como había venido. La amenaza de la soledad volvía á pesar sobre mí, como una losa de sepulcro. Mis ilusiones se desplomaban. Todo era invierno en torno mío. Y era forzoso cerrar los ojos y apretar los labios; resignarse á la hecatombe; callar en la tortura. Hubo un momento en que me vinieron ganas de romper con todas las convenciones y suplicar á Elena que me permitiese acompañarla hasta Varsovia. Pero el recuerdo de lo que habíamos hablado la noche anterior, la certidumbre de que todo había concluido entre nosotros, me hizo rechazar la idea insensata. Entonces traté de imponerme una actitud grave, de acuerdo con la situación. Pero mi angustia era más fuerte que mi voluntad, los sollozos me ahogaron y lloré también...

En la estación hubo apenas tiempo de comprar los billetes y precipitarse al andén, donde silbaba ya la locomotora y se apuraban los empleados, empujando á los últimos viajeros. En ese tumulto de gentes enloquecidas que corren de un coche á otro y se interpelan y se estrujan, Elena encontró medio de guarecerse un instante en un rincón de sombra. Y fué la despedida.

— ¿ Nos volveremos á ver ? — dije, oprimido por un presentimiento inexplicable.

— Sí ; — repuso Elena, sin seguridad — volveré dentro de un mes.

— Y hasta entonces, ¿ cómo haré yo para vivir ?

— Nos escribiremos...

— ¿Como amigos solamente?

— Como amigos. Ya hemos resuelto que lo demás es imposible. Pero la amistad que nos une, nos consolará del amor que nos separa. Resígnese Ud. al sacrificio, como yo. Es fatal. Seremos dos hermanos que sobreviven á los amantes que han muerto. Y nos guardaremos en la memoria el culto que nos debimos profesar...

Me pareció que una silueta obscura pasaba entre nosotros, haciendo un gesto inexorable. Me asaltó la idea de que nos veíamos por última vez.

— Pero, Ud. volverá á París,... — le dije, apretándole las manos.

— Y si no volviera, — me contestó, mirándome en los ojos, — ¿nos querríamos menos?

Entonces hubo en la estación el último remolino de viajeros apresurados, y Elena corrió hacia al tren que comenzaba á ponerse en movimiento.. Yo la seguí, empujando á los grupos y abriéndome paso brutalmente. Cuando llegué al vagón, ya habían cerrado la puerta. Subí sobre el estribo y dije un último adiós... Pero un empleado me obligó á bajar... Saludé con la mano... Un pañuelo me contestó desde la ventanilla... Y el tren se precipitó en la noche, como una culebra que huye...

Enero 21 de 19**

Cuando me levanté, después de una noche de pesadilla y de fiebre, me pareció que el mundo agonizaba. Era un amanecer gris. Las cosas te-

nían no se qüe singular aspecto fúnebre. La lluvia caía en largos hilos de plata sobre el gran patio desierto. El taller estaba lleno de sombra, como si atardeciera. Y en el cielo opaco había una amenaza.

Mis sueños han sido siempre países brumosos llenos de canales y árboles tristes... Después de dos días de tener el corazón lleno de sol, se cierra el paréntesis y vuelvo á hundirme en la tristeza, como en un lecho habitual. Elena ha desaparecido llevándose toda mi esperanza de porvenir. Solo me queda la realidad conocida. Y hay algo de fatal en esta vuelta brusca á la monotonía del dolor. Me viene la idea inverosímil de que los hechos, las cosas, la historia, existen antes de que se realicen, como películas de cinematógrafo antes de pasar bajo la lente luminosa. No me asalta la tentación de luchar. Se me antoja que todo está dispuesto así y que es inútil tratar de corregirlo.

He caído de nuevo en el abatimiento de antes. La escena de la estación se agranda en la memoria y me ocupa el pensamiento. La obsesión de un minuto parece querer llenar toda una vida. Siento en las manos el calor de las manos de Elena ; me parece oír sus palabras ; respiro su aliento ; veo sus grandes ojos glaucos donde brillaban las lágrimas contenidas ; y sueño que somos dos huérfanos abandonados en tierra extraña, dos hermanos de angustia que el destino ha querido separar. He tenido sueños fantásticos. Dos locomotoras gigantescas nos arrancaban en diferentes direcciones y corríamos, corríamos

hacia la obscuridad, atravesando los puentes y los túneles, en una carrera vertiginosa, como si una fuerza desconocida quisiera poner entre nosotros el abismo insalvable de los tiempos. Al bajar perdíamos los rastros, buscábamos inútilmente los caminos y nos despertábamos en medio del espacio, solos, sin saber en que estrella había quedado el compañero.

De pronto me vino una inquietud, un deseo de salir y codearme con las gentes en las calles tumultuosas donde se ahogan las vidas. Me parecía que la soledad me alejaba aún más de Elena. Salí del taller y me lancé al azar por las avenidas, dejándome llevar por los grupos oleosos... Atravesé el Sena dos veces... Me detuve ante algunos escaparates... Subí á un ómnibus... Todo esto sin darme cuenta de las cosas, ni saber lo que hacía. De pronto me encontré en la plaza Saint-Jacques, y por un capricho tan inexplicable como los demás, subí al Observatorio...

En la terraza de la torre desde donde se domina París, tuve un momento de desequilibrio.

Me puse á mirar hacia el horizonte, del lado de Rusia, con los ojos muy fijos, agujereando el límite con la voluntad y repitiendo mentalmente dentro de mí : « ven, ven, quiero que vengas ». Imaginé que al conjuro de mi orden surgía, muy lejós, una silueta que agitaba desesperadamente los brazos y me contestaba : « no puedo, me tienen prisionera ». Entonces yo espoleaba la voluntad, hacía un supremo esfuerzo, como si quisiera derribar los obstáculos

que la detenían y continuaba : « ven, ven, quiero que vengas... » La silueta se retorcía y gesticulaba bruscamente, como si reclamara mi auxilio para escaparse. Yo clavaba los ojos más y más, apurando las últimas energías. Hasta que mis ojos parpadearon y se humedecieron, vencidos por el esfuerzo... Entonces la silueta dejó caer los brazos con desesperación, desalentada ante el imposible. Y yo bajé de la torre y volví á entrar en la vida.

La calle está llena de gentes azoradas y huecas que solo ven la fachada de las cosas. Hoy he sentido más que nunca el deseo de ser uno de esos peregrinos, uno de esos *chemineaux* que van de ciudad en ciudad, se sientan al atardecer á la entrada de los pueblos y recorren el mundo al acaso, sin más fin que dormir siempre en una ciudad nueva. Elena ha dicho que me escribirá, pero en su voz había un desmentido. Quizá pasarán los días sin dejar nada á mi puerta... Por eso siento un deseo poderoso de huír de esta ciudad donde he entrevisto la posibilidad de ser feliz y ver cielos nuevos, ciudades extrañas, climas diferentes que me eviten el horror de mis divagaciones.

Pero quiero aguardar todavía. Contra todas las evidencias, me obstino en creer á veces que Elena puede escribirme. Y esa esperanza me ilumina... Los días son largos, el invierno es duro, pero aguardaré... Y seguiré contando las peregrinaciones de mi alma que va,... va,... en la tumultuosa Babel, como un niño desnudo en una selva de espinas.

Enero 25 de 19**

Han llevado al manicomio á un pobre pintor que ocupaba un taller vecino al mío. Su locura me ha consternado.

Era un *rapin* menesteroso, como la mayoría. Pero soñó una mañana que los billetes de banco acudían en tropel y se hacinaban bajo el techo de su desván, clamoreando su nombre, como en un triunfo. Al hallarlos obedientes y serviles, después de tantos desdenes, se sublevaron en él los odios acumulados, recordó las anteriores vigilias y, en un arrebato de cólera, extendió las manos, se apoderó al azar de los montones y, después de estrujarlos y hacerlos crujir, los encerró en su maleta, aullando con los ojos llenos de desconocido: « ¡ A la cárcel ! ¡ Ahora sois mis prisioneros ! ¡ A la cárcel ! »

Cuando le sacaron, la acera estaba atestada de curiosos, y un hombre torpe que se destacaba entre los demás, le lanzó un chiste y le apabulló el sombrero.

Enero 27 de 19**

El cartero ha entrado muchas veces sin traer nada de Rusia... La esperanza comienza á desfallecer... ¿ Todo ha concluido ?...

Febrero 5 de 19**

Frente á la casa en que habito hay una escuela, por cuyas ventanas altas se escapa un rumor de voces. Los transeúntes que taconean la

calle, levantan casi siempre al pasar la cara, como para recibir una bocanada de juventud. Algunos se detienen y se ponen de puntillas, pero como solo consiguen ver el cielo raso, tienen que alejarse sin realizar su deseo. Ninguno de ellos ignora lo que hay del otro lado del muro. Los pequeños colegiales escalonados á lo largo de los pupitres, en la sala grande, llena de luz, al fondo de la cual se alza el estrado donde pontifica el maestro haciendo brotar letras de tiza en el fondo obscuro del pizarrón, contituyen una visión familiar que se incrusta en el recuerdo desde la primera juventud. Pero todos sienten deseos de admirar una vez más ese cuadro amable que nos trae el recuerdo de los mejores días. Tal es la desventura del hombre, que solo pudo ser feliz cuando no supo serlo.

Hay quien aguarda la hora de la salida para asistir á la dispersión de los alumnos que huyen en diferentes direcciones, con los libros bajo el brazo, lanzando gritos alegres en la monotonía de la calle. Con algunos otros curiosos, he presenciado hoy una escena digna de Daumier ó de Goya.

En el entrevero de la fuga, frente á la puerta de un almacén, se formó un corro agitado que discutía á voces y se engrosaba más y más con los que seguían saliendo. En medio del círculo, en un espacio libre, se desafiaban dos chicuelos que tendrían, como los espectadores, alrededor de cinco años. Habían dejado junto al muro las carteras y, con los puños á la altura de la cara, aguardaban la arremetida, sin decidirse á dar

el primer golpe. Todos adivinan la historia: un desacuerdo que comienza en la clase, se acentúa en el recreo y se resuelve al salir con cuatro bofetadas. Pero eran á la vez trágicos y grotescos aquellos dos niños que se amenazaban y se crispaban de cólera.

Uno de ellos era moreno y fornido, bien plantado sobre las piernas. Su boca, de labios rojos y gruesos, tenía una mueca imperativa. Supe que se llamaba Emilio por las voces de sus compañeros que le incitaban á atacar. El otro se llamaba Joaquin y era más alto y más flaco. Sus cabellos rubios le caían en mechones sobre la frente empalidecida de anémico. Pero los dos se mostraban firmes y seguros, dispuestos á no ceder.

El clamoreo de los espectadores era cada vez mayor... Aquellos hombrecitos minúsculos que parecían hechos para la paz y la concordia, tenían empeño en ver la batalla de los rivales. Unos los empujaban, para precipitar el desenlace... Otros les echaban en cara su cobardía... Y como se habían formado dos bandos, las exclamaciones más contradictorias se cruzaban entre ellos.

— Anda Emilio, ¡ mójale la oreja !

— ¡ Le tienes miedo !... ¡ Le tienes miedo !...

— Tú Joaquín, que eres más fuerte...

— Vamos hombre... una... dos...

— ¿ Cuál es el que tiembla más ?

Tanto y tanto, que los dos acabaron por enervarse y Emilio descargó el primer golpe. Fué la señal que desencadenó la lucha... Los adversarios

se precipitaron el uno sobre el otro, como si les separaran profundos antagonismos. El rubio se defendía con vigor y era hábil para prevenir los golpes, pero el moreno ponía en el ataque cierta ferocidad meridional que comenzaba á imponerse. Se abrió el corro para dejar más sitio á los adversarios. Algunos cruzaron apuestas. Indudablemente, Emilio comenzaba á sacar ventaja. Sus golpes eran más certeros y más francos... Pero no fué posible continuar la lucha, porque aparecieron dos gendarmes en el fondo de la calle, hubo un remolino confuso y los colegiales huyeron en diferentes direcciones, como levantan el vuelo los pájaros que el transeúnte sorprende en el camino de un jardín.

Sin embargo, el duelo no había terminado. Poco á poco, se reunieron al volver la esquina. Y se abrió una discusión para saber si la lucha debía continuar allí ó en sitio más seguro.

Ambos contrincantes tenían su grupo de partidarios. Los de Joaquín eran más numerosos que los de Emilio, porque Emilio se había prevalido siempre de su fuerza y era un tanto tirano con los demás. Entre los partidarios del primero, se destacaba un chiquillo jiboso que era el más entusiasta. Quizá suponían todos de Joaquín les libraría del déspota. El anémico muchacho de cabellos rubios, se dibujaba en sus cerebros infantiles como un general insurrecto que podía darles la libertad. De ahí que todos los agasajos fueran para Joaquín.

Después de muchas discusiones, los dos grupos

se pusieron en marcha por el bulevar exterior, que el sol pintaba á aquellas horas de amarillo. Cuando llegaron á uno de esos terrenos sin edificar que abundan en los arrabales, desaparecieron por el hueco de una puerta que se cerró tras ellos.

Pero la valla de tablas mal unidas que lo cercaba permitía ver lo que ocurría dentro.

Los enemigos se despojaron de sus chaquetas y sus gorras par quedar más libres. Y apenas frente á frente, una llamarada de odio los unió en un grupo crispado que se balanceó como un monstruo ebrio, que cambió de posición y de forma y que acabó por rodar como un paquete, del que solo sobresalían dos puños que asestaban golpes. Una mano robusta asió un mechón de cabellos claros y lo arrancó. Dos dientes filosos se incrustaron en una piel morena. Parecía que en aquellos dos cuerpos débiles, resurgían no sé qué innobles atavismos de ferocidad.

Algunas personas se habían detenido y seguían como yo las peripecias de la lucha, á través de las rendijas de la pared de madera. Hubiéramos querido intervenir y separar á los dos niños ilusos, pero la puerta estaba cerrada por dentro.

Después de un movimiento brusco, se apartaron un instante y se pusieron de pie, ensangrentados y sudorosos. Pero fué para precipitarse de nuevo. El cuerpo débil de Joaquín comenzaba á desfallecer y á vacilar bajo los golpes de Emilio, de cuyos ojos brillantes parecían saltar chispas de cólera. Los compañeros que hacían círculo al-

rededor de ellos, manifestaban ruidosamente sus impresiones. Y á medida que la derrota del rubio parecía inevitable, el grupo de sus partidarios decrecía y se enfriaba. Los que rodeaban al moreno eran, por el contrario, cada vez más numerosos. Es verdad que éste multiplicaba los ataques y acrecía su empuje con la debilidad del adversario. Uno de sus últimos golpes fué tan certero, que Joaquín tropezó y estuvo á punto de caer. Pero una voluntad suprema le mantuvo. Sabía la vergüenza que le aguardaba si se reconocía vencido. Comprendió que sus compañeros comenzaban á abandonarle. Quizá vió, en uno de los saltos á que le obligaba la defensa, que ya no quedaban de su lado más que el jiboso y dos ó tres más. De ahí que tratase de reconquistar el terreno perdido. Pero las fuerzas le faltaban, la sangre que le chorreaba de la frente le obligaba á cerrar los ojos y sus movimientos eran torpes y blandos, como si los músculos se negaran á obedecer. Emilio aprovechó el momento y se lanzó contra el enemigo con una rabia carnicera. Sus puños chocaron varias veces contra la cara pálida de Joaquín, produciendo un ruído sordo. Y el pobre muchacho se desplomó al cabo, bañado en lágrimas que decían su dolor y su vergüenza...

Cuando paseó los ojos en torno suyo, se encontró solo.

A pocos pasos de él triunfaba Emilio, rodeado por todos los colegiales que le aplaudían y le adulaban, con esa cobardía y ese acatamiento ante la fuerza, que son el fondo de la conciencia

general de hoy. Algunos se destacaron del grupo y se acercaron á Joaquín para insultarle. Le llamaron cobarde, porque no había tenido la fortuna de triunfar. Otros le arrojaron piedras. Y el más pequeño, el más débil de todos, queriendo hacer una proeza que le diese prestigio ante los demás, cogió la chaqueta y la gorra del vencido y las arrojó á la calle por encima de la empalizada.

Cuando los colegiales salieron tumultuosamente y se desparramaron sobre la acera, Joaquín fué blanco de todas las burlas. La cara amoratada, los ojos hundidos, el traje desgarrado, y las manos lastimadas que se enjugaba con el pañuelo, le daban un lamentable aspecto de derrota... Recogió resignadamente su gorra, vistió su chaqueta y se alejó... sólo,... sólo,... sin decir una palabra...

Los del grupo le acompañaron con sus gritos y le dejaron partir. Pero el jiboso corrió tras él y le detuvo.

— ¿ Sabes ? — le dijo, empujándole contra la pared, — te peleo cuando quieras. Si eres hombre, ahora mismo. ¿ Acaso crees tú que te tenemos miedo ?...

Joaquín no dijo nada y trató de esquivarse. El jiboso volvió lleno de orgullo hacia el grupo donde reinaba Emilio. Los transeúntes juzgaron que todo aquello era muy natural. Y solo algún espiritu molesto y caviloso, pudo imaginar que esas injusticias eran gérmenes de las de mañana ; que la ciudad, la atmósfera, el ejemplo de lo que borboteaba en torno, habían pervertido á

aquellos pequeños corazones; y que los colegiales que salían tumultuosamente de la escuela eran niños viejos, de almas usadas, botones de porvenir que no se abrirían nunca, seres que seguirían siendo egoístas y malos en esas otras luchas de la edad viril que son las batallas de niños de la vida.

Febrero 11 de 19**

Se han creado en París algunas agencias que son para las ciudades lo que el periódico para los pensamientos: un medio de vulgarizar y poner todo al alcance de todos. Aprovechando una de esas excursiones, he ido este invierno á matar un carnaval en Niza y á tratar de borrar en mí la imagen de Elena...

En la *Epidémie*, de Mirbeau se habla de un balneario donde se declara la peste en la época precisa en que acuden los extranjeros. Alguien lanza en el concejo municipal la idea de prevenir á los recién llegados, pero la mayoría se niega. Sería decretar la ruína de la ciudad. Los comerciantes no obtendrían las ganancias que calculan. Entonces se resuelve desmentir oficialmente el rumor y hacer lo posible por disimular los cadáveres. ¿Qué importa que mueran algunos forasteros, con tal de que se salven los intereses de la comuna?

Algo semejante ha ocurrido este invierno en Niza. Al comenzar la estación se produjeron varios casos de viruela. Las autoridades decidieron callar. Los *habitués* llegaron confiada-

mente, como todos los años. Pero el secreto en que se mantenía la enfermedad, impidió tomar medidas de higiene, y el mal cundió hasta convertirse en epidemia. Cuando la municipalidad quiso reaccionar, era tarde. La quincuagésima estaba á pocas semanas, las gentes habían hecho gastos enormes, la ciudad se hallaba en ebullición y se había desencadenado ese delirio que en la *Côte d'azur* rememora la alegría de los viejos carnavales venecianos. ¿Cómo interrumpir el entusiasmo para dar la horrible noticia? En la opinión interesada de los magnates del terruño, valía más abstenerse. Y he ahí por qué se han festejado este año las carnestolendas en una ciudad roída por la peste, donde la aparición de un entierro podía helar la pirueta de los payasos.

Pero á pesar de todo, las fiestas han sido las mismas. Nada iguala el espectáculo mágico de esas calles atestadas de colombinas y de pierrots, de japonesas y de zíngaros, de dominós multicolores y de comparsas locas, por donde se abren paso, como en un mar, los grandes carros simbólicos en que se apiñan racimos y pirámides de bailarinas y de acróbatas, de payasos y de campesinos, de gigantes y de perros sabios que llaman, ríen, solicitan, empujan, accionan y se debaten, agitando sus cascabeles bajo una lluvia de papeles de color y serpentinas entrelazadas que forman una decoración de ensueño en el fondo polvoriento del paisaje. Llevados por la multitud, atraídos ó zumbados por máscaras traviesas que sonríen bajo el antifaz negro, y ganados por la nerviosidad de los grupos que cir-

culan, se aprietan, reclaman y se arremolinan, pasean las gentes sus trajes y sus almas de carnaval bajo los balcones donde triunfa el juego italiano de los *confetti* de yeso. La vasta plaza rectangular limitada por las tribunas y cubierta de máscaras, produce un efecto maravilloso. Nadie ha conservado su traje habitual. El disfraz, impuesto por la costumbre y por los juegos, reina en la gran extención arlequinesca y movible de donde sube un rumor de jauría feliz. Es un conjunto inusitado y esplendoroso que nos arrebata en la tromba de la locura común.

Durante una semana, la población parece un manicomio de amables desequilibrados que se afanan y corren del regocijo al placer, de la fantasía al delirio, derrochando la salud y el dinero, y llevando de un día á otro su empuje y sus cascabeles, su carcajada y su demencia.

Pero el postrer domingo, en la tristeza de la fiesta que acaba, al clarear la aurora, en la media luz de las calles vacías por donde solo arrastran su cansancio la última pareja que sale del baile ó el último pierrot que sobrevive á la luna, nada es más melancólico que el espectáculo de la ciudad semi-dormida, de las aceras cubiertas de *confetti* y de los árboles mustios de donde cuelgan desgarradas las cintas de colores. Parece que después del bullicio y el vértigo que arrebató á las gentes, viniera como un escalofrío de realidad que reintegra á cada cual en sus preocupaciones ó desgracias. El delirio del día fué una intentona de fuga, un empuje desmelenado hacia el olvido, pero las voluntades, lanzadas como

flechas hacia el cielo, volvieron á caer al punto de partida sin haber realizado su ambición. En el amanecer borroso, parece que la ciudad se recoge, jadeante y desilusionada, después de la loca tentativa. Al atravesar las calles, los bulevares y los paseos, en las casas cerradas que presentan sus muros blancos á la claridad del día, nos parece que resuenan las lamentaciones de los pestíferos que han oído desde su lecho de angustia las canciones ruidosas de las máscaras. Las músicas que desfilaban bajo los balcones, han debido resonar extrañamente en la obscuridad de los cuartos donde gemían los enfermos, Y la espantosa visión de la epidemia que ha mantenido su amenaza en medio del bullicio, nos infunde inquietudes que solo se desvanecen con el sol, cuando la ciudad reaparece con su fisonomía familiar y vuelve á reanudarse la monotonía y tortura de las horas, como letra cursiva después de un paréntesis.

Febrero 14 de 19**

De Niza á Monte Carlo, solo hay la distancia de un deseo...

En un bello paisaje de colinas superpuestas que se amontonan al borde de un golfo, entre el cielo y el mar, al abrigo de los vientos, se alza una población blanca y alegre como una ciudad de Argelia. donde se apiñan de Enero á Marzo todas las llagas de una multitud ávida de gozar, que acude de los cuatro puntos cardinales, como los pájaros nocturnos, atraída por lo que brilla. Los grandes palacios de estilo bizantino,

los enormes hoteles cargados de oropel, las soberbias casas y los almacenes resplandecientes, se alinean al borde de las aceras anchas por donde pasa la mundana ó el *snob*, calzado el guante ó remangado el vestido. Los carruajes, los automóviles, las libreas de los lacayos, los perros diminutos y friolentos, anuncian que estamos en un centro de elegante opulencia, donde las vidas se desenvuelven movidas por engranajes de oro. Y el recién venido no puede evitar cierto estupor ante el derroche fantástico de capitales, de bellezas y de refinamientos que se rozan, se desafían y se estimulan, como si la vida fuese un cuerno de la abundancia lleno de juventud, de amor y de tesoros.

Pero si nos apartamos del foco principal y abandonamos el radio de la alegría, todo el ensueño oriental se desmorona. Junto á la hermosa Jauja, se abren barrios grises de sufrimiento y de miseria, donde vegetan familias desamparadas que se agazapan en guardillas y forman una población inferior que dormita en subterráneos. Son niños harapientos, ancianos paralíticos, mujeres envejecidas por la pena, que arrastran pasos temerosos, sin atreverse á franquear el límite que les separa de la ciudad feliz. Desde las callejuelas estrechas y empinadas, oyen el rumor y adivinan el vértigo de lo que vive en la altura. Y forman como un mundo de sombra que se opone al mundo de luz de los favorecidos por la suerte... Se diría que la vida está separada también por rojo y negro, como el tapete de la ruleta.

Cuando se sale de esa noche moral, de ese

invierno de almas, y se llega á las puertas del Casino, donde se detienen los carruajes de lujo, cuyos caballos bien alimentados caracolean y se encrespan contenidos por las manos enguantadas de los cocheros, se advierte una contradicción tan honda entre las dos ciudades, una diferencia tan fundamental entre los dos mundos, que la razón se niega á admitir que pueda haber tanta opulencia al lado de tanta privación, y nos parece que pasamos de un planeta á otro, visitando sucesivamente dos humanidades que ni se conocen ni se adivinan.

En las salas enormes del garito de lujo, se amontonan alrededor de las mesas los grupos ávidos que arrojan ó recogen puñados de oro, arrebatados por un vértigo de ambición. La multitud elegante sigue con ojos de ave de rapiña el movimiento de la ruleta que parece un sol de donde saltan rayos de fortuna. Por encima de ese punto luminoso, pasa la sombra del rastrillo que recoge los montones de moneda... Algunos ganan, muchos pierden. Los jugadores se excitan, bullen. Una ola de aturdimiento les invade. Una gradación de esperanzas les retiene. Una ambición les empuja. Y las fortunas se vuelcan sobre la mesa y desaparecen y arden, en la inmensa hornaza de oro que se traga á veces las vidas...

Pero nadie parece recordar que mientras corren allí los ríos de riqueza y de locura, hay una ciudad miserable que yace á sus pies y se acurruca y se engruñe, como un harapiento en el portal de un palacio.

Febrero 27 de 19**

Hoy se ha celebrado el centenario del autor de *Los Miserables*. Ha sido una fiesta nacional. Pero á pesar de cuanto se ha hecho, se puede decir que Víctor Hugo merecía más todavía. El gigante á cuya voz ha vibrado un siglo, tenía derecho á algo inédito, á algo creado para él. Y esta ceremonia, aderezada con retazos de glorificaciones anteriores, ha resultado quizá digna de la generación que la realiza, pero no de la fecha que se conmemora.

Víctor Hugo ha sido el alma de varias generaciones, la voz de la humanidad, la encarnación de una conciencia social nueva y el límite entre dos mundos. Marca una transición en los tiempos, una etapa en la historia, y simboliza el ideal dentro de la vida, lo sobrenatural dentro de lo humano. Ningún hombre ha sacudido con tanto vigor el polvo de las épocas, las pasiones de las almas, la esencia de la vida. Y nadie ha llevado el vuelo á tanta altura. Ha sido la ola más alta, el águila más poderosa, el espíritu más audaz. Su torre de vidrio de Guernesey era un faro desde donde dominaba la extensión y abarcaba el planeta, para condensar después en páginas que son como piedras de una catedral, el confuso hervor de los pueblos, la tormentosa actividad de las almas y la síntesis de ese universo que su garra genial supo exprimir en tantas obras. Mientras su padre combatía con Fra-Diávolo, el niño de alma española saltaba por sobre la gramática y acumulaba el material de

sus libros, que fueron después explosiones de volcanes. Sus poderosos párrafos de hierro aterraron á las naciones. Hizo resonar voces nuevas de los bosques de la vida. Millares de hombres se agruparon alrededor de él, como al pie de una gran montaña. Cada capítulo suyo era una tromba que arrancaba de las raíces de la tierra todo lo que fermentaba desde hacía mucho tiempo. En el teatro, en la intimidad, en la cámara y en la epopeya de sus volúmenes, supo conservar su actitud de desterrado del Olimpo. Se apoderó de su época y la condujo. Tuvo gestos de niño y de estatua. Fué el hermano y fué Júpiter. Vivió en el porvenir. Y si alguien mereció el laurel y las rosas, la apoteósis y el victor, fué ese ejemplar prestigioso de la especie, que durante ochenta años, en todas las latitudes de su vida, en todas las manifestaciones de su genio, adolescente, hombre, anciano, educador, poeta, tribuno, consiguió mantenerse en las cimas y hacer al fin de su cabeza cana la torre intelectual de la humanidad.

Fué Hugo un hombre excepcional que no puede ser comparado con ninguno. Su obra pertenece á todos. Vive dentro de cada hombre. Y sus innumerables volúmenes, escalonados como montañas, son una síntesis de todos los deseos y zozobras, de todas las claridades y tormentas que hacen vibrar y estremecer á los navegantes de la vida.

Marzo 3 de 19**

Se va á cantar *Siegfried* en la Opera. Los periódicos vienen llenos de comentarios y de

anécdotas sobre la vida, las luchas, las derrotas y los triunfos del genio alemán. Muchos le comparan con Víctor Hugo. Y es indiscutible que no aventuran una paradoja. El autor de los *Nibelungen*, desde el punto de vista del arte puro, considerado por encima de los procedimientos y los medios de expresión, tiene la misma universalidad, la misma amplitud de horizontes, y la misma formidable omnipotencia del autor de la *Légende des Siècles*.

Ambos han dejado en gran número de espíritus lo que podríamos llamar una religión, ambos han hecho vibrar el alma de su época, y ambos se han impuesto á la historia como fuerzas decisivas que, vistas desde el momento actual, parecen marcar el límite de lo que puede realizar el hombre. Pero la suerte de los dos no fué en vida la misma. Mientras Hugo se apoderó, casi sin violencia de las voluntades y paseó su carro de triunfador entre aclamaciones, Wagner tuvo que sostener, además de las luchas naturales, grandes batallas insensatas y terribles para hacer comprender al fin su concepción inédita del arte musical y de la vida.

Es que la revolución precipitada por Wagner no estaba madura y preparada de antemano, como la consumada por Víctor Hugo. Este vino á reemplazar una escuela ó concepción agonizante que no podía sostenerse más, y aquel la emprendió contra una fortaleza de doctrinas que estaban en plena hegemonía victoriosa. En este sentido, se podría decir que Hugo fué la Revolución Francesa y Wagner la Comuna.

Hay cambios que no es difícil hacer efectivos, porque un largo trabajo preliminar los ha ido imponiendo á las conciencias, hasta convertirlos en fatales. Hay otros que nacen antes de término y se ven obligados en cierto modo á forzar la opinión universal para abrirse paso. El triunfo de los primeros es reltivamente holgado, porque operan en un ambiente de complicidad ó de indiferencia y porque la concepción que se trata de derribar tiene escasos defensores. El de los segundos es penoso y á veces imposible, por que solo puede ser ayudado por esa escasa *élite* ó vanguardia de la humanidad que lleva un adelanto de un siglo. Rompen de frente con los prejuicios arraigados en la nación, y el ídolo que quieren desalojar está defendido por el acatamiento de la mayoría. De ahí que Wagner haya tenido que librar mayores combates que Hugo para doblar las resistencias. Si Hugo es el poeta de hoy, Wagner es el músico de mañana.

Marzo 5 de 19**

Un alienista prusiano habló de poner en observación á Wagner. No puede asombrarnos esa suficiencia de las mediocridades engreídas que se suponen centro y modelo de la humanidad. Todo lo que no se les parece, es un fenómeno patológico. Afirma Montesquieu, que un hombre á quien le falta un talento, se desquita casi siempre despreciándolo, tratando de apartar el obstáculo que encuentra entre el mérito y él, y pugnando por colocarse de ese modo al mismo nivel de

aquel cuya actividad le ofusca. Pero esos teóricos de la *demi-science*, empeñados en nivelar á los hombres y en decretar el manicomio para todo aquel que salve el límite de lo que ellos pueden percibir, olvidan que se les puede hacer una pregunta incómoda : — ¿ Pasteur y Berthelot, cuentan también en la categoría de los desequilibrados ? Si el genio es una enfermedad, y si todo revolucionario, todo inventor, es fatalmente un caso de clínica, el famoso bacteriólogo y el eminente químico debieron entrar al hospital y no á la Academia...

Marzo 6 de 19**

La representación de *Siegfried* ha sido un triunfo. No queda ya en París quien se atreva á atacar la obra del autor de *Tristán é Isolda*. A la hostilidad de antaño, ha sucedido una admiración desmesurada que aumenta y multiplica las caravanas de *snobs* que van á Bayreuth como á una nueva catedral santificada por la moda. Ya no es la admiración razonada del hombre de arte que aprecia las galanuras y comprende el alcance de esas leyendas sublimes que agitan mundos de emoción y de ensueño, sino la atolondrada domesticidad del papagayo de los salones que hace gala de un celo póstumo y cree alcanzar la última palabra del *chic* aplaudiendo la cabalgata de las *Walkirias*. La resistencia de antes era tan exagerada como la adoración de ahora. No se trata de una modificación del gusto que ha orientado las simpatías hacia otro punto

del horizonte, sino de una de esas rachas incomprensibles y fugaces que revolucionan el *faubourg* y hacen en pocos días la fortuna del joyero, la modista ó el sastre, que alguna marquesita clorótica ha ponderado entre dos luces en el salón tradicional de la duquesa de X...

Pero, aparte de estos caprichos de buen tono que solo conmueven á una parte mínima de la población, se puede decir que Wagner ha triunfado definitiva y fundamentalmente en París. El público serio é ilustrado que asiste á los conciertos Colonne ó Lamoureux, le aplaude todos los días con mayor seguridad. Verdi, Gounod y los grandes músicos de la vieja escuela, sostienen difícilmente la comparación con ese Jove iracundo que fulmina desde la orquesta, infundiendo el pavor y la ansiedad de lo desconocido. Cuando comienza el desfile de sus héroes legendarios, no hay nadie que desconozca la grandeza y el vigor genial de esos símbolos. Lohengrín, Parsifal, Siegfried, Elsa, Ortrude, Tannhäuser, Elisabeth, pasan en el torbellino de sus óperas enormes, diciendo el vuelo y la inspiración del « bárbaro » que, según se dijo, venía á destruír la armonía y el buen gusto de los países latinos.

Esta revancha, servirá quizá para prevenir nuevas precipitaciones y nuevos yerros. En cuestiones de arte, debemos desconfiar de esos juicios definitivos y apasionados que casi siempre nos preparan un desmentido lamentable dentro de nuestra propia convicción futura.

Marzo 20 de 19**

Han pasado dos meses, y Elena no me ha escrito... Nuestro encuentro solo fué un relámpago en la noche. Ya no nos volveremos á ver... Y, á la distancia, la aventura me parece un sueño... Pero de aquel hermoso idilio interrumpido, me queda todavía la amargura del despertar. ¿Cómo resignarme al sonambulismo de mi vida de monólogos interiores, después de haber probado la voluptuosidad de *ser dos*, después de haber saboreado la dicha de compartir las ideas? En vano me repite la lógica que Elena no hubiera consentido jamás en nuestra unión, á pesar de la fuerza irresistible que nos empujaba el uno hacia el otro... Aquella mujer sentimental, era al propio tiempo una mujer enérgica. Sabía negarse á su inclinación, aún á riesgo de desgarrarse el alma. Quizá no estaba tampoco muy segura de mantener su decisión, y ha preferido alejarse del peligro... La muerte de su padre, fué como una advertencia. El viaje ha sido un adiós. Y todo ha concluido... ¿Para qué remover la angustia de una tentativa frustrada? Elena se casará, vivirá la vida común, representará su lamentable papel de muñeca de trapo, y solo será ella misma interiormente. El recuerdo de nuestra aventura, persistirá quizá en su memoria... Yo seguiré librado á mis vagabundajes de alma, y otras impresiones se sobrepondrán á esta impresión... Pero nunca olvidaré la delicada primavera de este idilio. La imagen de Elena quedará en mí como la visión de un mundo superior y

luminoso, como la posibilidad de otra vida. Conservaré su perfume de alma. La admiraré por lo que supo negar. Y de la novela que viví en dos días, me quedará una idea de lo que puede ser el cielo.

Se ha abierto de nuevo ante mí la melancolía de las horas... y volveré á ambular entre los asuntos y los temas, como un desocupado en las calles de una población extraña, donde todo es incongruente y raro, porque nada responde á la imagen interior...

Marzo 26 de 19**

Dentro de cada hombre hay tantos hombres como circunstancias en que puede encontrarse ese hombre. El ser humano no es de una pieza, ni *es* de ningún modo; *se hace* al calor de las causas exteriores de las cuales sufre la influencia, y resulta tantas veces diferente de sí mismo, como son diversas las posiciones en que la vida le coloca. Por eso me hacen sonreír esos personajes de novela á quienes el autor obliga á trabajar sobre el mismo sentimiento, poniéndoles anteojeras en el alma. Lejos de dedicarse á empujar una sola pasión, los héroes deben llevar de frente toda la vida. Los autores ponen generalmente sus personajes al servicio de lo que quieren demostrar, y los simplifican, hasta hacerlos obreros de una voluntad única. Atavismos de retórica. Es la vida la que debe estar al servicio de los personajes, para que éstos tengan ancho campo de evolución y puedan obrar fun-

damentalmente como hombres. Calcular las peripecias de una acción para conducirla á un fin determinado, llevando á los personajes por el cabestro, es lo mismo que subordinar un soneto á los dos versos que lo rematan. El autor no debe someterse á lo que podríamos llamar las « exigencias de la rima » de las ideas.

Abril 2 de 19**

Soñé que junto á mi cama estaba un monje de cara enjuta y de ojos muertos que me auscultó, me contó las pulsaciones y se alejó al fin, sin decirme nada. Al cabo de pocos instantes le vi reaparecer, acompañado de cuatro hombres fornidos que me envolvieron en el cobertor, me pusieron sobre una camilla y me llevaron...

La noche nos sorprendió en una llanura que parecía á la vez un campo de batalla y un vasto cementerio... La tierra estaba agujereada hasta el límite por largas excavaciones rectangulares, como tumbas... Junto á cada hoya se levantaba el montón de tierra con que debía llenarse...

Los hombres se detuvieron y me dejaron caer en el fondo de una... Parecía un lecho de forma extraña, que podía ser una cama de trasatlántico ó un ataúd... Me dijeron que no debía salir de allí. Me colocaron los brazos bien extendidos, como si ya estuviera muerto. Me dejaron solo. Y comenzó á silbar un silencio aterrador... No sé que analogías hay entre el silencio y el cuchillo de la guillotina, pero el silencio cortaba... De instante en instante se oía un campanillazo,

una voz que decía «murió», y luego el martillear de los que clavaban la tapa de un féretro...

Quise levantarme para huír, pero mis músculos no funcionaban ; mi cuerpo estaba como vacío... Entonces reuní todas mis fuerzas para pedir socorro... Ensayé tres veces... La lengua se negaba á obedecer... Hasta que mi voz resonó como un aullido en la solemnidad de los campos... Fué una llamada que desgarró las entrañas del silencio como un puñal... Y se levantó un gran rumor...

De todas partes acudieron grupos de monjes que se amontonaron ante mi tumba, cuchicheando é iluminándome la cara con su linternas...

Uno de ellos bajó al agujero y me palpó la frente... Traté de hablar, de asirme á sus ropas... pero no lo conseguí... Mi cuerpo se hallaba completamente helado ; solo funcionaba el cerebro. Entonces comprendí que estaba perdido... Iban á clavar mi caja y á enterrarme... como á los demás... como al que acababa de morir... como á todos los que murieron y que quizá siguieron pensando también... como yo... Traté de hacer un gesto, un signo para probar mi vitalidad, pero me fué imposible... El monje se volvió hacia los demás y dijo la palabra obscura : « Ha muerto... »

En mi cerebro hubo como un pánico de ideas... La voluntad trató de erguirse y romper la cárcel de hielo que me aprisionaba... Intenté nuevamente huír... Pero las cosas se precipitaron y la tapa iba á caer sobre mi ataúd... cuando se

oyeron confusas voces de alarma y se produjo un gran desorden... Los monjes corrieron de un lado á otro, enloquecidos y dispersos... Se oyó como el chirrido de una máquina que se descompone... Varios hombres saltaron sobre mi sepultura para llegar más pronto al sitio en que todos se reunían... Resonaron imprecaciones y lamentos... Y en medio de la extraña confusión, me pareció que mis músculos volvían á cobrar el vigor perdido, que mi sangre circulaba otra vez... Hice un esfuerzo, y conseguí quedar de pie, con la mitad del cuerpo fuera de la sepultura...

Entonces asistí á un espectáculo pavoroso... Sobre el llano inmenso, sembrado de tumbas que apenas se distinguían en la noche, flotaba un cielo tempestuoso y obscuro, desgarrado en el límite por pinceladas de sangre que anunciaban la aurora... A lo lejos, se amontonaba en círculo, alrededor de algo que acababa de caer, una fabulosa multitud que se aumentaba por instantes con todos los que como yo se levantaban y salían de las tumbas. Unos grupos querían averiguar la causa del remolino,... otros se alejaban mesándose los cabellos y lanzando gritos raros ; otros perdían la razón, de alegría ó de angustia, y echaban á correr como cabras, saltando sobre los agujeros... Perecía ondear un estremecimiento de pavor sobre el llano...

Entonces traté de saber lo que ocurría. Pregunté... Pregunté... Hasta que me dijeron algo inaudito que me llenó de gozo y de espanto, algo que me paralizó la sangre y me hizo tem-

blar, como si el mundo se volcara y se desmoronase el cielo : *La Muerte había muerto ! Estábamos libres !...*

Abril 9 de 19**

En la marcha incesante de la humanidad hacia una cultura mayor, lo que sienten ó perciben actualmente, por escepción, los espíritus más elevados, será mañana patrimonio de todos. Pero en las almas más avanzadas de ese lejano porvenir, habrán nacido otros sentimientos ó sensaciones que hoy nadie alcanza á sospechar... A medida que la muchedumbre avanza, la *élite* avanza también, y solo en el caso de que hubiera un límite llegarían á encontrarse. Pero ello no significa aumento de derechos para los privilegiados de la sensibilidad, sino recargo de deberes. La *élite* debe ser para la democracia, como una hermana mayor que se sacrifica.

Abril 14 de 19**

Si en tiempos de Lamartine bastaba llorar para ser poeta, en los nuestros hemos caído en el exceso contrario. Hemos petrificado las almas en una sonrisa irónica, hemos sometido los sentimientos á la estética, y hemos hecho del corazón un juguete de buen gusto. No es posible creer que todas las lágrimas de antaño fueron sinceras, pero ¿ lo son acaso todos los escepticismos de hoy ? Las caras vacías que nos fabricamos á martillazos de voluntad, son á menudo telones que hacemos caer sobre una vida interior. Nos creemos menos débiles porque escondemos

nuestra debilidad, y sólo nos denunciamos más hipócritas. Lejos de ser un desfallecimiento de la energía, las lágrimas son á veces su grito supremo. Napoleón lloró en Waterloo la pérdida de un mundo... En las guerras de la vida, sollozamos á veces por la muerte de un amor... ¿Por qué no hemos de llorar también ante un crepúsculo, que indica un día menos ó más, según se cuente de la cuna hacia nosotros, ó de nosotros al límite?

Abril 19 de 19**

*Carta á X***

Lo que me dice Ud. de la fe en el triunfo es exacto. La confianza en la victoria y la voluntad de vencer, son á menudo más fuertes que todo. Pero también, ¡cuanta energía se necesita para mantener la tensión de esa voluntad, á pesar de la maldad humana que se ensaña contra nosotros y acumula los odios y las calumnias, hasta tratar de ahogarnos!

Hay momentos en que, cansado de soportar tantos golpes, siente uno ganas de levantar los brazos al cielo y preguntar cual es su crimen. Ha puesto su pensamiento al servicio de la humanidad, y en cambio del bien que trata de hacer, sólo recibe avalanchas de cieno. No hay instinto criminal que no le atribuyan. Un viento que viene de no se sabe dónde, trae una granizada de injurias anónimas que no se pueden contestar ni desmentir... Parece que el odio

está en el ambiente, y que una mano invisible abofetea al insensato que quiere levantarse...

Y hay que soportar la tempestad de pie, y ver el abandono culpable de éstos, la traición de aquellos, la involuntaria complicidad de los otros, y seguir trabajando y elaborando en silencio las obras de mañana... El renombre y la celebridad son como el oro, que viene envuelto y mezclado con materias deleznables que es necesario separar después... Nada más desconsolador que ver cuales son los instintos que dominan á los hombres, y cuáles las dificultades que habrá que vencer antes de conseguir hacerlos justos...

Abril 28 de 19**

Parece inverosímil que después de un siglo largo esté todavía en discusión el régimen de las democracias. Las instituciones modernas, impuestas por la voluntad nacional á raíz de una sacudida sin precedentes en la historia, parecían destinadas á perpetuarse en los tiempos, después de la primer victoria del espíritu filosófico sobre la concepción autoritaria. Sin embargo, pocos años después de firmada la Declaración de los Derechos del Hombre, se alzó un general victorioso que proclamó el imperio. Y tras la epopeya de laurel y de sangre desencadenada por el delirio heroico de los hombres, volvió Francia á su pasado y á su tradición monarquista, para levantarse después y caer de nuevo, en sacudidas y desfallecimientos que marcan la lucha de las

dos tendencias que se disputan el predominiō dentro de la nación. La conciencia republicana es todavía tan inestable, que las restauraciones y las revoluciones se amontonan y se aprietan dentro del siglo. A cada vuelta ofensiva del régimen caduco, contesta una erupción más viva de la conciencia actual. Pero la revolución de 1789, que no ha triunfado todavía definitivamente en los espíritus, que no ha recibido aún su completa consagración en los hechos, se ha visto obligada, hasta ahora, á contemporizar con el pasado, para mantenerse en presente, y salvar el porvenir.

La timidez que ha mostrado en el período que va de 1871 á la fecha, solo ha conseguido alentar las esperanzas de la contra-revolución. El mundo viejo no se resigna á morir. Emplea todas las artes imaginables para reconquistar su poder. En la imposibilidad de presentarse bajo su forma legendaria de opresión y de injusticia, se esfuerza en explotar los últimos atavismos de la concepción social que muere, La monarquía se disfraza de « patriotismo », de « orden », de « legalidad », se presenta como « protectora de la propiedad individual » amenazada por el colectivismo, y afecta abandonos y familiaridades igualitarias para tratar de conciliarse la voluntad del pueblo y hacerle confundir la libertad con la demagogia. Su última encarnación es el nacionalismo, partido multicolor que simboliza el gusto de la guerra, el respeto al dogma, el culto de la tradición, el retroceso moral. A la sombra de un programa indeterminado, se han re-

unido todos los enemigos de la libertad, todos los partidarios de la fuerza. Y por medio de declamaciones en favor de la patria y del ejército, por medio de sabias combinaciones de vocablos que parecen insinuar lo contrario de lo que afirman, han logrado sorprender la confianza de una fracción de la opinión pública. Los republicanos han tenido que combatir esta vez contra una reacción hipócrita que hablaba de « plebiscito », para facilitar su aspiración al imperio ; que reclamaba la « libertad de enseñanza », para mantener á los colegios religiosos el derecho de escamotar la verdad ; que exigía la « libertad de trabajo », para conservar á los patrones la facultad de hacer fusilar á los huelguistas... Y para desenmascararla y hacerla evidente ante los ojos deslumbrados de un pueblo mal preparado aún para la verdad, ha sido necesario todo el brío, toda la perseverancia, todo el empuje de que han dado pruebas durante un mes de fiebre los amigos y los partidarios de la democracia.

Las elecciones han sido un triunfo para la República. Si algunos barrios de París se han dejado engañar por los declamadores del nacionalismo, el resto de la ciudad y la Francia entera ha resistido al vértigo y ha mantenido, con los beneficios de la Revolución, la posibilidad de completarla.

Nunca, ni aún hace diez años en tiempo de Boulanger, se había llevado un ataque tan formidable contra las instituciones establecidas. Y nunca había sido el esfuerzo tan infructuoso como esta vez. Parece que á medida que vamos

tiempo afuera y nos alejamos del momento histórico de la transición, disminuyen las probabilidades de reflujo y se hacen más sólidas las bases de las modernas instituciones.

El espíritu nuevo ha triunfado una vez más y se puede decir que este triunfo es una victoria definitiva. Si después de las agitaciones del asunto Dreyfus no ha conseguido la reacción apoderarse del país, es porque no debe conseguirlo nunca. Y el gran empuje de la Revolución, paralizado hasta ahora por la amenaza de una nueva tentativa de restauración monárquica, ó una intentona de imperio, puede abandonarse otra vez á su sinceridad niveladora.

El nuevo ministerio será también republicano y democrático. No cabe otra solución, dado el espíritu que domina á la Cámara. Pero esta vez no habrá un ministro socialista como en la combinación última. Sin embargo, la fuerza de los hechos obligará al partido á apoyar al gobierno, y volveremos á ver una concentración que tendrá por base á los radicales y contará con el apoyo de toda la izquierda.

El nacionalismo formará el núcleo de la oposición y será el alma del gran grupo negativo que intenta detener la marcha de la humanidad y andar contra la corriente del progreso. Porque el nacionalismo es el pasado, en todo cuanto tiene de más inaceptable, de más obscuro. Es el atavismo mental de la horda que erige su sangriento atentado en santa ley; es la barbarie dorada de las monarquías; es la confiscación de la intelectualidad, la tiranía del acero.

De ahí que esté en contradicción con las doctrinas de paz y de concordia de los nuevos partidos populares, y de ahí que exista entre el nacionalismo y el socialismo una guerra que durará hasta que uno de ellos sea devorado por el otro.

Pero el nacionalismo es un producto ocasional que apenas durará lo que dure el descontento y la confusión de los conservadores, amedrentados por las nuevas perspectivas de la época. Como la secta bulangista, se extinguirá de pronto ; y sus últimos fieles se dispersarán, avergonzados, después del derrumbe del pedestal de papel que hoy los sostiene. Entonces se reconciliará la Francia bajo el pensamiento del siglo ; y la República, ocupada ahora únicamente en defenderse, se dedicará á ensanchar su concepción y su doctrina.

Abril 29 de 19**

Los apasionados que se dan en cuerpo y alma á la idea que les ofusca y solo ven defectos en el enemigo, crean esas situaciones dudosas en que ambos combatientes se acusan de deslealtad, desconociendo la identidad de sus situaciones. Es prudente vigilarse, mientras se observa al adversario. En el asunto Dreyfus, que empujó tantas pasiones á la demencia, se hizo notar más de una vez ese absolutismo infantil. Hay acusaciones que son tan inverosímiles como ridículas... El vértigo de la lucha no pudo hacer creer jamás á los periodistas del nacionalismo que Zola, France, Duclaux y Reclus estaban en connivencia con Alemania ; como, por otra parte,

ese mismo entusiasmo no pudo hacer pensar seriamente á los del dreyfusismo que Lemaître y Barrès eran simples agentes de los jesuítas. El sentido común bastaba... Un hecho insignificante servió en los dos casos de base á la calumnia. Duclaux, Reclus, France y Zola son conocidos por su internacionalismo ; Barrès y Lemaître han coincidido alguna vez en ideas con el padre Dulac. Pero de que Lemaître y Barrès puedan estar de acuerdo sobre algunas cosas con el director de los jesuítas, no se desprende que sean sus subordinados ; y de que Zola y sus compañeros piensen que los hombres instalados al este del Rhin tienen tanto derecho á seguir viviendo como los instalados al oeste del mismo río, no se deduce que sean traidores. ¿Cómo hacer para evitar las averías que sufre la verdad cuando cae en poder de los sectarios ?

La importancia que alcanzó el asunto Dreyfus solo se explica admitiendo que la mayoría de los hombres públicos hallaron en ese caso particular un terreno favorable para debatir intereses más altos. La inmensa cantidad de fuerzas movilizadas ó de influencias puestas en juego, no fueron simples comparsas que marcharon en pró ó en contra de un oficial de artillería. Se decidieron á abrir campaña en nombre de ideas, principios, afinidades, antagonismos ó esperanzas, que no podían quedar destruídas, realizadas ó cubiertas con la prisión ó la libertad de un capitán. Los diversos cuerpos de que se compuso cada uno de los ejércitos en lucha, fueron entrando paulatinamente en acción, solicitados por

los acontecimientos ó por los hombres, en nombre de doctrinas que encontraban una aplicación en el caso particular, pero que no se solidarizaban con él. De ahí que el asunto Dreyfus siga siendo, á pesar del perdón, la amnistía y los años, el eje principal de la política francesa. Las elecciones de ayer lo han constatado...

Abril 30 de 19**

Cuando se ha fallado sobre la vida y se ha creido encerrar su esencia en una fórmula, los acontecimientos no son los que modifican la convicción, sino la convicción la que modifica los acontecimientos. Dada la composición de un partido y el fin que persigue, no parece difícil preveer su manera de obrar en una circunstancia cualquiera. Obedece á leyes sancionadas de antemano, y lo anormal sería que, en el caso de que su doctrina estuviera en contradicción con la justicia, no sacrificase esta última al triunfo de la primera. Las ideas operan una extraña fascinación sobre los espíritus. A veces se apoderan de la voluntad y la maniatan, sugiriéndole el error de que todos los medios son honradamente aceptables para conseguir el triunfo.

Mayo 1º de 19**

La generosidad que consiste en ocuparse del bien de los demás, engendra muchos egoísmos. El hombre hace el bien, mediante un jornal de

aplausos. Encarando las cosas de otra suerte, podríamos decir que compra una cantidad determinada de aplausos, mediante una suma convenida de «bien». Los que no tienen talla de benefactores, no se resignan á renunciar á la gloria, y se la procuran mediante un puñado de moneda falsa. Así se forman las que podríamos llamar reputaciones de escalera de servicio, que gozan de las mismas ventajas que las de ley, pero que no se ven sacudidas por los mismos vuelcos.

Para los hombres hábiles, las multitudes son como el teclado de un piano: basta herirlas en un sitio convenido, para arrancarles la vibración deseada. Porque en la humanidad, como en el hombre, encontramos el cerebro que ordena, los nervios que transmiten y los miembros que ejecutan. Sustraerse á esa ley, es más difícil que cambiar el rumbo de los planetas. Las mayorías reciben el impulso de un pequeño grupo de seres más inteligentes, transmitido por un pequeño grupo de seres más decididos. El pueblo ha obedecido hasta ahora á esas fuerzas, y si ha llegado á libertarse de una, ha sido para caer bajo la dominación de otra. Solo cambiando las bases de la sociedad, será posible acabar con esa explotación del hombre por el hombre.

Dadas estas leyes, no es de extrañar que la influencia de los periódicos y de los hombres públicos sea decisiva. Cada uno de ellos almacena la cantidad de « pueblo » necesaria para dar lastre á su voz, y se hace gerente de un gran número de vidas, á las cuales se substituye. De manera que las luchas quedan circunscriptas á

una cantidad determinada de hombres que representan muchedumbres y que, como los generales de los ejércitos, asumen toda la gloria ó toda la vergüenza de la acción.

Para hacer la historia de un pueblo, quizá baste hacer la de sus directores intelectuales, puesto que aquel se divide siempre en grupos que visten el uniforme de ideas de éstos. Cada dirigente adopta una actitud que es el símbolo de los vicios ó cualidades que le dominan. El grupo de pueblo que se ha dejado sugestionar por su voz y que le sigue creyendo guiarle, solo exige que sea consecuente con su manera de obrar y que si se apercibe de su error, lejos de confesarlo, persista en él. De ahí que el hombre público sea en cierto modo el esclavo de sus esclavos, en el sentido de que la multitud á la cual emborrachó un día con un litro de ideas, exige que se le sirva siempre del mismo licor, amenazando, si así no se hace, con pasar á la taberna de enfrente. Y como no es posible que un hombre tenga invariablemente razón ó esté de acuerdo siempre consigo mismo, resultan esas situaciones falsas y contradictorias, á raíz de las cuales los dirigentes se ven arrastrados á persistir en el error, por imposición tiránica de aquellos á quienes dominan.

Así se comprende que durante el asunto Dreyfus, Drumont se viera obligado á exagerar su teoría para conservar su popularidad. De no haberlo hecho así, todos le hubieran abandonado, aplicándole el mote de traidor que él prodigó con tanta largueza. Cada hombre público tiene

una especialidad, como los médicos ; Drumont se ha dedicado á los odios. El programa de supartido se reduce á « destruír al adversario ». Se dirige á la parte carnicera de la población... Hay innumerable cantidad de gentes que tienen un odio y no saben contra quién dirigirlo. Drumont se ha encargado de acabar con esas vacilaciones, ofreciéndoles la raza judía como blanco favorable. Y ha sabido plantear su tesis con tanta habilidad, que no son pocos los que hoy creen que si el granizo destruye las sementeras, es porque el gran rabino predica la circuncisión. La actitud de Drumont en el asunto Dreyfus fué perfectamente normal, dentro de la vida anormal en que nos agotamos. Si el célebre polemista hubiere admitido que un judío puede ser inocente, la base fundamental de su sistema estaba rota. Drumont necesitaba que Dreyfus fuese culpable. Y aún en el caso de estar convencido de su inocencia, tenía que seguir proclamando lo contrario, porque de ello dependía su fortuna.

La actitud de Rochefort fué más compleja. La personalidad del fogoso polemista ha sido apreciada por Alphonse Daudet en una página inolvidable. Nadie ha sabido sacar mejor partido de las circunstancias, ni explotar con más éxito un destierro que el marqués de Rochefort. Cuando Blanqui murió, dejando como herencia un haz de revoluciones irrealizables, puso en juego toda su astucia para sucederle ; y cuando Boulanger, camino de la dictadura se hacía vocear emperador de mañana, hizo una hábil maniobra y cayó de pie sobre el partido que parecía desti-

nado á triunfar. En los comienzos del asunto Dreyfus, nada indicaba que los partidarios de la revisión llegarían á reunir fuerzas tan considerables, y Rochefort creyó prudente declararse contra ellos. Todo su pasado y toda su idiosincrasia le designaban para figurar entre los dreyfusistas. Su pluma, habituada á levantar polvaredas de escándalo, tenía allí un filón de explotación ruidosa. Pero no quiso aventurar su capital en una empresa que juzgó insensata. Y al servicio de la mala causa que abrazó, puso la intemperancia y la violencia que todos le conocen. Nadie ignora en París cómo se adereza un artículo de Rochefort. El « rey del epíteto », como le llaman algunos, no admite jamás que su enemigo pueda equivocarse. Todo ciudadano que no comparte sus ideas es un granuja, vendido, según los casos, á un banco, á un país ó á una gavilla de malhechores...

Los dos polemistas que trataron de equilibrar la influencia de Rochefort y de Drumont, fueron Clemenceau y Jaurés. El primero operaba sobre los hombres de razón, y su público no era por lo tanto numeroso. El segundo es colectivista, y su acción solo abarcaba el radio de un partido. Los dos se colocaron en posiciones muy definidas, que no fueron las más propias para aumentar el número de sus partidarios. La multitud adora el equívoco y lo premia, porque en un principio de dos caras ó en un territorio de doctrinas cuyos límites son tinieblas, caben todas las suposiciones y, especialmente, todos los odios. Clemenceau y Jaurés se sirvieron sin em-

bargo de todas esas pequeñas habilidades de polemista, que consisten en callar lo que puede poner en peligro nuestra argumentación, exagerar la importancia de lo que la sostiene, insinuar vagamente lo que sólo podría afirmarse faltando abiertamente á la verdad, y presentar los hechos tras un vidrio de aumento que agiganta á la vez los vicios de la doctrina adversa y los méritos de la propia. Pero como la opinión exige licores fuertes y estocadas decisivas, no es posible acantonarse en la verdad. La generalidad de los lectores no percibe más que la carne de las cosas y solo se asimila el rasgo hiriente. Si una palabra filosa, un calificativo mordaz ó una calumnia diestra tienen sobre ella más influencia que una argumentación irrefutable, parece casi lícito utilizar, para defender la justicia, las mismas artes que otros emplean para combatirla.

Pero, ¿por qué extraña obsesión resurgen hoy, en mí, estos recuerdos de aquellos días oleosos y memorables en que la multitud intentaba volcar el carruaje de Zola para arrojarle al Sena? Verdad es que en drama tan enorme, no cabe el olvido... En la tranquilidad del taller por donde pasan en un atropello las visiones tumultuosas de aquellas horas de fiebre, siento como una bocanada de aire fresco sobre la cara. Me parece que una época en que ha sido posible tan hondo debate, tiene que preparar tiempos de libertad y de clemencia, y que una aurora se levanta sobre los techos de la ciudad... Debemos confesarnos felices, porque veremos dos mundos: el que declina y el que asoma.

Mayo 2 de 19**

El shah de Persia está ahora en París.

Mouzaffer Eddin, rey de los reyes, como le llaman sus ministros, se hallaba ayer en su suntuoso departamento del Elysée-Palace, fumando su narghilé en gran pompa, rodeado del gran visir, los chambelanes, los médicos y los servidores que no le abandonan nunca. Según el protocolo de la corte persa, cuando Mouzaffer Eddin no habla, nadie puede atraverse á hablar. Y como se había levantado el shah harto lacónico, reinaba en el salón un silencio y una solemnidad desconcertantes.

El humo se desperezaba en volutas caprichosas en la gran pieza dorada donde solo se oían las respiraciones. Los cortesanos se miraban distraidamente, pensando cada uno por su lado, en una desafinación de monólogos interiores. Cada cual revolvía sus pequeñas ideas personales, en esa especie de letargo en que nos sume una larga espectativa. Y el shah los miraba apenas, hundido en su sillón, lleno de importancia, semejante á un Buddah viviente que se prestaba á la adoración con una altiva indiferencia.

De pronto un servidor pidió permiso para entrar. Después de largas genuflexiones, se acercó al primer secretario y le entregó una tarjeta.

Mr. Williams Wigthon, leyó éste en voz alta.

¿Quién era aquél extranjero que, sin pedir audiencia, se atrevía á presentarse ante el soberano? Todos los ojos se llenaron de inquietud

y de desconfianza. El secretario interrogó al servidor.

— Es un niño de ocho años, — explicó éste ; — vive en el mismo Elysée-Palace, según me ha dicho el dueño del hotel y es hijo de Mr. Williams Wigthon, comerciante de Chicago.

Es difícil definir lo que pasó por el cerebro de cada uno. Un viejo chambelán, calvo, se ajustó tres veces los lentes sobre la nariz y paseó la vista como si buscase una opinión en los ojos de los demás. Un médico joven se quedó absorto en la contemplación de sus dos pulgares que comenzaron á girar vertiginosamente. El gran visir hinchó sus carrillos mofletudos como si fuera á soplar sobre una llama. Y todos se quedaron fríos ante la novedad de la aventura.

Que un extranjero ignorado hiciera pasar su tarjeta al Shah de Persia como á un simple particular, ya era un hecho extraordinario. Pero que ese atrevido mortal fuese un niño, estaba fuera de todas las previsiones humanas. Era una audacia increíble.

A haber dependido del médico, se hubiera devuelto la tarjeta con una palabra irónica ; si del chambelán, se hubiera arrestado al dueño del hotel ; y si del gran visir, se hubiera ordenado echar doble llave á todas las puertas.

Pero Mouzaffer Eddin, como buen emperador, se aburría, y aquella visita extravagante le interesó. Sin mover los labios, con un gesto, ordenó que se hiciera entrar á Mr. Williams Wigthon.

Si un curioso hubiera observado las diversas manifestaciones del asombro en las fisonomías,

hubiera visto que al gran visir se le encandilaron los ojos, que al chambelán se le entreabrió la boca y que los dos pulgares del médico se detuvieron bruscamente, como si hallaran un obstáculo.

El niño apareció en la puerta del salón.

Era uno de esos muchachos bien desarrollados que abundan en New-York ó en Chicago, en los parques en que se juega al *tennis*. Vestía un sencillo traje de paño obscuro. Era casi albino. Y tenía esa mirada cortante de la raza.

Mouzaffer Eddin le vió venir con una vaga sonrisa afable. La sonrisa del Shah bastó naturalmente para metamorfosear la actitud de los cortesanos. El médico, de pie, saludó ceremoniosamente ; el chambelán ensayó una frase amable ; y el gran visir sonrió complacido.

Pero la pompa y la solemnidad del lugar, no parecieron intimidar al chicuelo, que se acercó resueltamente á Mouzaffer Eddin y le ofreció una rosa que tenía en la mano.

El gesto fué tan brusco, tan familiar, que todos se miraron con sorpresa. No había articulado una palabra, no había hecho un saludo. Frío y grave, se había acercado al soberano y le había entregado la flor.

Mouzaffer Eddin comprendió la situación y miró fijamente al rapaz, pensando desconcertarlo. Pero como éste se mantuviera impasible, cambió de procedimiento. A falta de gesto imperial, por hacer algo, le pegó amistosamente con los dedos en la mejilla y le dió un paquete de dátiles que estaba sobre una mesa, junto á su sillón.

El niño trató de meter el paquete en su bolsillo, pero como no cabía, se lo colocó resueltamente bajo el brazo.

Entonces ocurrió una cosa inaudita que consternó al chambelán, al médico, al gran visir y á todos los cortesanos esclavos del protocolo.

— Gracias señor, — dijo sencillamente Williams Wigthon, extendiendo su mano al Shah de Persia.

Y, en medio del asombro general, salió del salón con paso firme.

Demás está decir el efecto que produjeron estas palabras. Pareció que se había hundido un mundo. Tan increíble familiaridad indignó á todos. El Shah se hizo conducir, malhumorado, á su gabinete particular. Y los dignatarios se retiraron en grupos cautelosos, comentando el acontecimiento.

Al salir, el niño ofreció un dátil al *maître d'hôtel* que encontró en la escalera.

— Se los ha regalado á Ud. Su Excelencia el Shah de Persia, — dijo el *larbin* con un respeto profundo.

Y el niño que notó esa actitud :

— ¡ Qué tonto eres ! — exclamó. — El Shah de Persia es un hombre como nosotros. ¿ Le tienes miedo ? En mi país no hay reyes, y en la escuela me han enseñado que todos los hombres tienen el mismo origen.

La frase corrió de boca en boca, y todo el mundo supo lo ocurrido. Williams Wigthon fué el héroe del día. Aquel niño de ocho años, representante de la vida moderna y del mundo

nuevo, se había reído del aparato y la vetustez de todas las cortes.

Mayo 3 de 19**

Un crítico escandinavo dió anoche una conferencia docta y amable sobre uno de los sofismas más perniciosos de este comienzo de siglo: la pretendida incompatibilidad entre el talento y la democracia. Nietzsche fué el primero en poner en circulación esa idea, que tantos escritores egoístas aceptan y repiten hoy porque ven en ella una circunstancia que les da en cierto modo un título nobiliario, les pone por encima del nivel común, les exime de los deberes generales, y les coloca, por así decirlo, al margen de la sociedad. Olvidan que un hombre, por alto que sea su talento, por benéfico que sea su empuje, por universal que sea su acción, no puede considerarse con más derechos y menos obligaciones que cualquier otro ejemplar de la especie. El orador de anoche cayó en la tentación de improvisarse un abolengo de ideas, y admitir el aristocratismo de los pensadores, cediendo así á ese pobre orgullo humano que prueba y constata la pequeñez de los más grandes.

El intelectual tiene más deberes aún que los demás hombres, porque lejos de ser una excusa, la intelectualidad es una circunstancia que le hace doblemente responsable. Los artistas, los hombres de pensamiento, no pueden ser los niños mimados de la sociedad; tienen que ser los padres.

Detrás de la tiranía del dinero que hoy com-

batimos y que está destinada á desaparecer, parece comenzar á formarse la nebulosa de una nueva tiranía, de una nueva casta, lo que podríamos llamar la burguesía de los pensadores. Y hay que combatirla en su primer núcleo. Porque, ¿ de qué serviría á los pueblos la derrota del capital, si ésta solo significase la sustitución de una clase dominante por otra ?

La naturaleza, la educación, ó las circunstancias de la vida, han podido favorecer el desarrollo intelectual de ciertos hombres y retardar el de otros. Pero ello no autoriza á los primeros para atribuírse un derecho superior sobre los segundos. Sería caer en la torpe injusticia de aquellos señores feudales que redimían pueblos con el fin preconcebido de someterlos después á su dominación.

Lo curioso, es que casi todos los que proclaman la incompatibilidad del talento y la democracia son al propio tiempo enemigos de la sociedad actual. Al atacar la igualdad, no defienden los privilegios de la burguesía ; forman una tendencia ó un partido á la vez aristocrático y ultra-revolucionario que abomina el régimen de hoy y combate desde ahora el de mañana, proyectando para el futuro no se que nueva revolución imposible, con el fin de establecer la supremacía brutal de una casta de pensadores que serían en la tierra lo que aquellos grandes cerebros que supone Wells en la luna. Ese parece ser hoy el último refugio de los individualismos ásperos que sobreviven.

Pero la inmensa mayoría de los intelectuales

no entiende destruír la tiranía de otros para imponer la suya, y rechaza toda idea de hegemonía en la nueva sociedad. Persigue un estado de fraternidad y de altruísmo, de igualdad y concordia. Su primera cualidad tiene que ser el desinterés. Se ha aliado á la democracia para servirla, y no para servirse de ella.

Mayo 8 de 19**

Hay días en que siento deseos de huír de la ciudad y refugiarme en alguna aldea lejana, en medio de la naturaleza amiga. Me sorprendo inclinaciones de *hobereau*. La vida serena del campo corresponde quizá á mi temperamento y á mis gustos. El ideal sería una casita pequeña en la falda de una montaña, en un sitio agreste y poco frecuentado, donde pudiera sentirme libre de todas las imposiciones de la ciudad y de todas las exigencias de la vida; un rincón de meditación y de trabajo, de reposo y de gloria íntima, donde me pudiera abandonar á las hosquedades de mi carácter y dar libre rienda á mi deseo enfermizo de soledad. La ciudad nos invade, nos obsesiona y nos envenena con el vaho de su error. Aunque huyamos de sus agitaciones y evitemos su vértigo, se nos entra por los poros de la piel y nos separa de la verdadera vida... Ante los paisajes primitivos y ante la existencia simple de los campos, resurge en nosotros la visión de lo perfecto, — la imagen de lo que el mundo debiera ser, — y de lo que será...

Mayo 14 de 19**

Solo concibo al escritor como un ser de selección, casi inmaterial, en quien se han borrado los últimos atavismos animales. No solo debe tratar de ser puro y probo en sus actos, si no también de parecerlo. Para que la palabra sea escuchada, no basta que quien la dice sea privadamente irreprochable ; es necesario también, y sobretodo, que tenga la reputación de serlo.

Pero de ello no se deduce que si el odio de los que no comprenden llega á arrollarle alguna vez, si el instinto malvado de ciertos hombres le llena injustamente de oprobio, si le cubre una de esas pasajeras rachas de ignominia que son como el polvo y se sacuden como él, el escritor deba romper los lazos que le atan á los suyos, resignarse á la fatalidad de su destino, perdonar á los que le hicieron daño, y morir...

Vivimos en épocas de combate, y fuera ruín volver la grupa al peligro y escaparse de la vida como un soldado temeroso de la acción. Muy fácil sería la victoria de los malos, si desde el primer encuentro volvieran los defensores de la verdad sus propias armas contra sí mismos... Lo que corresponde es luchar, blandir la palabra, probar el vigor del carácter, afrontar la tempestad... Los hombres de cierto temple se alzan más inflexibles y más altos cuanto mayor es la hostilidad que los cerca.

Mayo 17 de 19**

Hoy he tenido el placer de una reconciliación. Nada es más saludable que olvidar mutuos agravios y reanudar con alguien la buena armonía en que todos debiéramos vivir siempre. No concibo al hombre como animal de combate, sino como alma de paz y de concordia. Miserables insectos como somos, ¿de qué nos vale imponernos jerarquías y trepar sobre los demás, si nuestra altura ha de ser siempre tan menguada que la rueda del tiempo nos nivelará al aplastarnos? Con nuestros odios y nuestros orgullos, solo conseguimos envenenar y devastar las vidas... Por eso he escrito en respuesta á un generoso avance la siguiente carta, que hubiera querido hacer aún más amistosa y más fraternal:

Estrecho con gusto la mano que me tiende. Era natural que los pequeños antagonismos de amor propio que en otro tiempo nos separaron se desvanecieran y cambiaran, como se han desvanecido y han cambiado tantas cosas dentro y en torno de nosotros. A medida que trepamos intelectualmente más alto, nuestros ojos abarcan mayor extensión y las asperezas y los detalles se borran y se confunden en la serena y grandiosa perspectiva. El arte, que en los primeros tiempos se nos aparece como una infantil satisfacción de la vanidad, se transforma luego en un goce puro. A medida que estudiamos y vivimos, nos habituamos á ver la pequeñez del hombre ante las cosas, y la desproporción entre el individuo y la idea. Interesados por la vasta

y movible diversidad del mundo, no nos fascinan como antes las querellas y los roces de la vida diaria. En los primeros tiempos de orgullosa ingenuidad, creíamos que el universo dependía de nosotros ; hoy vemos que nosotros dependemos del universo, y que apenas contamos dentro de él como gérmenes de cosas confusas que quizá florecerán mañana. De ahí que nos venga cierto renunciamiento tranquilo, y solo nos consideremos como transmisores de belleza ó vehículos de verdad, cuyo fin no es brillar más que los otros, sino realizar mejor la obra que se han impuesto. Cuando hemos llegado ahí, como es seguramente su caso y es el mío, no caben añejos rencores, ni persistencias en el odio. Cada flecha envenenada trae un contraveneno de perdón. Y de las luchas de antaño, sólo nos queda un pesar : el tiempo que hemos perdido.

Mayo 24 de 19**

Al salir de una reunión electoral, en un barrio gris, de casas chatas, donde anida una población medrosa y hambrienta, topé anoche con un hombre elegante que distribuía prospectos revolucionarios. Vestía de negro, llevaba sombrero de copa, y tenía una extraña sonrisa. Entre el atropello de los grupos que borboteaban y se escurrían por las calles adyacentes, un camarada me contó la historia...

En 1870 vivía en las cercanías de Méziéres un rico propietario rural llamado Kest. Era viudo, y tenía un hijo de veinte años.

Después de la declaración de guerra, el aspecto de la comarca cambió. Las caravanas de paisanos fugitivos pasaban á escape por las carreteras, huyendo del ejército invasor. Casi todos los habitantes salieron de la provincia. Solo quedaron los que no se resignaban á abandonar su heredad, ó los que, alemanes de origen y franceses según la ley, se encontraban perplejos entre dos patrias. Kest fué uno de estos últimos. Su hijo era miope y estaba exceptuado del servicio. Resolvió aguardar. Era un hombre cachazudo, que vivía en medio del campo, sin mezclarse á las agitaciones de la ciudad. Si otros experimentaban el deseo de perseguirse y matarse, tanto peor para ellos. Enrique Kest seguiría fumando su pipa.

Las avanzadas del ejército francés llegaron á cinco kilómetros de la casa. Grandes grupos de soldados alegres se dispersaron por la aldea, chanceando con los vecinos y jactándose de derrotar á los alemanes sin mover los brazos. Kest los regaló con tabaco y víveres. Su hijo sintió no poder empuñar un fusil. Lo que pocos días antes le era indiferente, acabó por llenarle de entusiasmo. Pero el viejo Kest permaneció insensible. Si regalaba á los soldados franceses, era para que le dejaran vivir en paz. Con los alemanes haría lo mismo. No tenía odio contra ningún país.

La guerra les rodeó y les sitió en aquella casa. Cuando las operaciones comenzaron, los soldados se hicieron más exigentes. Llegaban noticias entrecortadas y confusas de combates par-

ciales y tiroteos rápidos... Los alemanes debían estar cerca... Las tropas cambiaban de posición diariamente... Y la casa acabó por ser un puesto de avanzada.

Lejos de la vigilancia de los jefes superiores, los soldados se dejaron llevar á los peores excesos. Como hacía frío y no había bosque en las cercanías, destrozaron los muebles para hacer lumbre. Las mesas, los sillones y los armarios huyeron por las chimeneas... El viejo Kest se guardó de protestar. Cuando todo el mobiliario se trocó en ceniza, le obligaron á abandonar la cama. Y la cama ardió como las otras cosas.

Una noche corrió la voz de que los alemanes estaban á tres kilómetros. Los soldados se precipitaron sobre las armas. Los oficiales dieron grandes voces. Se oyó un fogueo lejano... Y el combate se empeñó gradualmente... Los obuses comenzaron á caer sobre el jardín... Luego cayeron sobre la casa... Algunos muros se desplomaron... Y Kest se refugió en una de las últimas piezas, con su hijo.

Era una escaramuza seria. Se oyeron las descargas, el ruido de las bayonetas que se ajustaban á los fusiles y el clamor de una lucha cuerpo á cuerpo. El fragor de las armas, el toque del clarín y los gritos, hacían adivinar la refriega. Los combatientes debían estar en el patio mismo de la casa.

La puerta de la pieza donde se había refugiado Kest, cedió de pronto. Un olor acre de pólvora entró por la abertura. Y cuatro soldados de caras bestiales se precipitaron dentro, gri-

tando frases sajonas. Los tres primeros saltaron por la ventana como si persiguieran á alguien, pero el último descubrió en la sombra el cuerpo del viejo Kest y le hundió la bayoneta en el pecho. El hijo intentó parar el golpe y cayó herido... Todo esto en las tinieblas...

Cuando los soldados franceses recuperaron la posición al clarear la madrugada, encontraron el cadáver, que conservaba todavía la pipa entre los dientes. Junto á él lloraba el hijo, con las ropas teñidas en sangre.

Los soldados entraron tumultuosamente, ebrios de victoria, exclamando:

— ¡ Viva Francia !

Pero los veinte años del huérfano, se irguieron bajo el azote.

— ¿ Viva Francia ? — preguntó, mostrándoles los puños.

Sus ojos contemplaron el cadáver de su padre y la devastación de su casa... Una llamarada roja pareció pasarle por los ojos...

— ¡ Muera Francia ! — gritó, — ¡ Muera la guerra !

Y aquel hombre tranquilo, que no había tenido hasta entonces ninguna idea rebelde, se levantó de pronto. El desastre le arrancó á la somnolencia de la vida común y le despertó en la realidad...

Mayo 30 de 19**

Revolviendo viejos papeles, encuentro una página escrita hace dos años, durante un viaje á Norte-América. Y esas cuartillas grises, acribi-

lladas de correcciones, que borronée en un bar de Broadway en una tarde de estío, me hacen revivir las sensaciones de un primer día de asombro y de estupor al borde del Hudson.

No es posible olvidar aquella primera impresión desagradable... En las calles interminables y blancas bajo el sol, en una atmósfera de horno, se entrechocaba una multitud abigarrada de comerciantes y empleados, que desbordaban las aceras, corriendo á sus negocios, mientras á las puertas de los hoteles elegantes estacionaban extraños seres vacíos, que vigilaban el pliegue del pantalón, bajo el humo de un cigarro.

Las mujeres pasaban á grandes zancadas, con sus sayas entrecortas y sus sombreros masculinos, sin un relámpago de coquetería, solas...

En la altura, sobre una armazón de hierro, huían los ferrocarriles, raspando casi las ventanas y escupiendo cuajarones de humo sobre los vidrios. Y por las calles, á lo largo de los muros multicolores, se prolongaba un desfile de edificios desiguales, unos de veinte pisos y otros de dos, que corrían cogidos de la mano, como niños de diferente edad, en la extravagancia de una caricatura inglesa.

En un recodo, á la puerta de una barbería, había un grupo de gente alegre aplaudiendo la última ocurrencia de un periódico festivo. Eran cuatro rasgos de lápiz : un hombre flaco, de pantalón á grandes rayas y sombrero de copa florecido de estrellas, que sonreía, metiéndose el mundo en el bolsillo...

Los periódicos de Cuba me dieron la sensación de un pueblo invadido y borrado. Era una atmósfera de derrota y de miedo, donde todo se hacía en voz baja: las frases se miraban desconfiadamente entre sí, bajo la amenaza de un conquistador que exigía de los hechos lo que los hechos no querían darle. Cada línea mostraba al usurpador maniobrando como un nuevo propietario que hace reparaciones en una casa y la transforma á su antojo. Y todo triste, todo gris, todo en una atmósfera de humo, pasaba el ensueño cubano, en una lágrima...

El barrio chino que, agazapado en el centro y limitado por tres calles, deslumbra con sus casas acribilladas de farolillos de colores, el hormigueo de sus hombres amarillos vestidos con trajes amplios de percal obscuro, y sus cafés y sus teatros, perfumados de opio y atronados de timbales, me causó una impresión profunda. Admiré la cohesión de esos expatriados que reconstruían el medio en que nacieron y se prestaban calor, desafiando las burlas con una sonrisa orgullosa al negarse á vestir otras costumbres. Y en la alegre fiesta veneciana de aquel mundo de colores alhajado como un juguete de niño, los hombres plácidos que se paseaban en grupos hablando una lengua indescifrable, fueron para mí filósofos rebeldes, que ambulaban con su desdén entre los labios, abstraídos en una vida interior, en medio de una Babel edificada con quimeras.

En un teatro, asistí á un baile mágico que glorificaba los triunfos y hacía desfilar los pue-

blos conquistados, con sonrisas de mujer, al compás de la música. Puerto Rico con trajes tejidos de corales, en un ritmo lánguido de trópico ; Hawai, en cascadas de cabelleras negras que se ofrecían á la caricia ; Filipinas, desnudándose en la danza de su túnica de flores ; y Cuba, riendo panderetas y guitarras, con toda su muelle lujuria que la denuncia española... Pero fué un sueño interrumpido. En medio de la cadencia de la música, sobre la escena constelada de mujeres de carne rosa, disonó de pronto la aparición brutal de un soldado que entró como un domador en una jaula, blandiendo el látigo y disparando tiros. Era la confesión de un pueblo...

Junio 9 de 19**

Más de una vez me han hecho sonreir los rapaces que se reunen los domingos en las plazas, se toman de la mano, y se precipitan en una ronda alegre, formando una corona de cabecitas rubias... Son niños de diez años, pero se me antoja que solo se diferencian de los esqueletos en que todavía están recubiertos de carne. Basta una simple visión del porvenir para ahondar las cuencas de sus ojos, desnudar sus quijadas y convertirlos en armazones de huesos coronadas por calaveras que aprietan los dientes como si tuvieran frío.

Así de las literaturas... Solo resiste al análisis lo que no nos pertenece : el hueso. Todo lo demás se pudre. El escritor es un artífice que pone la carne del estilo sobre maniquís de ideas. Por

eso es que cuando los pensamientos giran en torno de la página blanca y se toman de la mano y se precipitan en una ronda...

— ¿Qué queréis, — murmuro, — amables aparecidos? ¿Cuántas carnes os han recubierto ya? ¿Venís á buscar un nuevo sastre que os acicale para poder seguir haciendo daño por el mundo?...

Junio 14 de 19**

Nuestra alma es á menudo el espejo de los paisajes que la rodean.

Los truenos, los relámpagos y la lluvia de esta noche tempestuosa, han evocado en mí no sé que temerosas visiones y me han hecho ver, entre las espirales de humo de la pipa, el fantasma espantoso de la guerra.

Tenía dos cuencas hondas como tumbas vacías, empuñaba una hoz, y se alzaba sobre una montaña de cadáveres, á la sombra indecisa de un crepúsculo. A veces se echaba la hoz á manera de carabina sobre la espalda, y se sentaba á meditar, con la cabeza caída y las manos crispadas entre los cabellos blancos...

A lo lejos, ardía el horizonte... Y el monstruo contemplaba el espantoso drama de matanza que se extendía hasta el límite. Ni un temblor, ni un lamento... Parecía que en la pavorosa solemnidad de aquel espectáculo, respiraba como en una atmósfera habitual. A sus pies ardían las ciudades, sollozaban los huérfanos, agonizaban naciones enteras... Y en medio de la desolación

universal, la Guerra erguía su silencio, como si ella misma fuera un cadáver...

¿ Por qué no intentar con este asunto un cuadro á la manera de ese poderoso pintor De Groux, en cuyas telas llenas de catástrofes parece que la trompeta del juicio final hace temblar el mundo ?

Junio 16 de 19**

En mis correrías por el Museo del Louvre, en las horas muertas de sol, cuando el alma se entrega á ignotos vagabundajes, me he dejado caer más de una vez sobre una banqueta, ante un cuadro de Pedro Pablo Rubens. Los que no aceptan las reputaciones por la reputación misma y niegan vasallaje á la opinión de « todo el mundo », son indudablemente los locos menos felices que haya engendrado la cordura. Rubens es para mí un artista ampuloso y desbordante que no merece el altar en el templo, un dios menor con engreimientos de Júpiter, un talento desmelenado y un mal observador de la naturaleza. Tiene el empuje y la audacia, pero nada más... Las colonias de extranjeros resignados que abordan el Louvre dirigidos por un guía que les señala las telas que deben asombrarles, se consternan por disciplina ante la historia de María de Médicis, como los « arrojados turistas » que suben al Monte Blanco articulan sin convicción el « ¡ Oh ! » tradicional, ante el mismo panorama de tinieblas...

Una reina insignificante, que no tuvo ni el trágico fin de la esposa de Luis XVI, ni las dra-

máticas aventuras de Teresa de Austria, ni la ferocidad de María Estuardo, ni la gloria de la Semíramis del Norte, compra las buenas gracias de un pintor y le impone la misión de compararla á los héroes de la mitología. Esto basta para que un rincón de un museo que encierra obras mucho más importantes, se convierta á la vez, en la Meca y el Puente de Asnos de todos los pobres de espíritu. La *Virgen*, el *Torneo*, la *Fuga de Loth*, los *Retratos* y los *Paisajes* nos hablan del mismo artista contrahecho y vanidoso que desviaba la vida de su cauce real y plebeyo.

Dos salas más adelante, en un hueco perdido, entre una alegoría de Le Sueur y dos caras sobredoradas por Vinci, hay un cuadro exquisito de un pintor casi ignorado, Gleyre : *Las ilusiones perdidas*. Y los visitantes pasan ante él indiferentes, ceñidos á la opinión de sus catálogos... Pocos se atreven á detenerse ante una tela que no es obra maestra oficial. Hay un notable pintor italiano del siglo XVI, Amerighi Caravaggio, en el que se encuentran todos los elementos de todos los pintores modernos ; hay un noble pintor alemán, Hemsius, que honra al siglo XVIII ; hay un retrato de Delacroix, que es un tesoro de belleza ; hay paisajes encantadores de Corot, soberbias visiones de Vouet,... pero el público prefiere estacionar ante la verdad mentida de Pousin, la enorme exageración de Lebrun, ó el alegre idealismo de Boucher, ese Rubens sin audacia. Los pueblos están disciplinados de tal suerte, que solo reconocen el mé-

rito de un artista cuando este ha sido consagrado por las palabrerías de un crítico, el discurso de un delegado del gobierno, ó cualquier otra de las fórmulas que emplea la mediocridad triunfante para *recompensar* el talento.

Junio 19 de 19**

Hay momentos en que me devora una llamarada de soberbia... Mis proyectos, mis estudios, mis cuadros, todo lo que ha nacido ó puede nacer de mí, se me presenta atropelladamente ante los ojos... Entonces salgo de la tristeza á la confianza, como de un cuarto obscuro á un jardín... Pero muy pronto vuelve la noche... Y no es posible evadirse... Cualquier hombre es libre, el artista no. Ha venido á decir una palabra que debe ser pronunciada, y aunque sienta deseos de huír no puede, porque hay algo que le obliga á cumplir su contrato...

Desde que Elena partió, vivo en un sonambulismo que me desangra... Mi fuerza moral se agota y veo llegar el instante en que no podré luchar... Pero si debo caer, ¿por qué me siento estas fuerzas creadoras? El presente me oprime y me tortura con la áspera monotonía de sus odios, pero el porvenir tiene horizontes infinitos que son como desdoblamientos de la eternidad. Y todas las estrellas que brillan en el confín hallan reflejos en mi alma...

Junio 21 de 19**

Se hace necesario transigir con las enfermedades morales de ciertos hombres. Es peligroso atacarles en su « núcleo », en su « fondo de vida ». Sus conchas de ideas vulgares son la caparazón de sus vidas de moluscos. Para estar de acuerdo con ellos, es necesario no solamente no tratar de convencerles, sino también parecer dejarse convencer. Se han hecho con cuatro convicciones atávicas las cuatro paredes de su vida, y no comprenden que pueda haber algo más allá. Son muertos para quienes el mundo solo tiene las proporciones de su ataúd.

Junio 23 de 19**

El Pasado es un desastre conocido, y el Futuro uno probable. Pero sigamos, á pesar de todo, poniendo nuestra esperanza en el porvenir, como los náufragos en el barco salvador que rara vez los apercibe...

Junio 26 de 19**

Esa pasión moderna de examinar sin cesar las propias sensaciones, es en algunos casos contraproducente. El corazón es como los gatos. Cuando se cree solo, se libra á las fantasías más ingenuas ; pero así que se siente vigilado, pierde su candorosa agilidad. Y resulta á veces que cuando creemos observar el verdadero mundo interior, solo vemos las últimas fachadas...

Junio 27 de 19**

En cuestiones artísticas parece imperar hoy la originalidad *à outrance*. Los pintores no se preocupan de buscar lo que debe hacerse, sino lo que no se ha hecho todavía. Todos persiguen el éxito inmediato. Pocos sueñan en la belleza inmortal que flota sobre las escuelas y sobre los tiempos. Es verdad que están aprisionados por una humanidad pequeña que solo vive para la murmuración, el teatro, la moda... Y al ver que los hombres se entretienen con tales menudencias y hacen de ellas la carne de su vida, es casi lógico que el artista no pueda defenderse de la mezquindad reinante. De ahí el arte *snob*.

Junio 28 de 19**

El escritor y el pintor más originales, serían aquellos que no hubiesen leído, ni visto las obras de ningún otro. Tendrían la ventaja de haberse acumulado en progresión simple, multiplicándose por sí mismos. Pero coincidirían muy á menudo con predecesores que no habrían aprendido á evitar. Además, se verían obligados á recorrer solos, sin punto de apoyo, una jornada de treinta siglos, hasta salvar el límite. Vale quizá más que el espíritu, cuando se lanza á descubrir países nuevos, parta de la última etapa conocida, aunque corra riesgo de caer en el vértice intelectual de uno de los últimos exploradores. Solo será en ese caso una mariposa más que se quemará en la llama.

Junio 30 de 19**

Hay artistas que nos aplastan con su grandeza, nos roban nuestro espíritu y nos imponen el suyo. Son los Césares del pensamiento. La habilidad elemental del neófito consiste en asimilarse todo lo bueno de los demás, sin abdicar su autonomía, y en saber descubrir su temperamento bajo las reminiscencias. El genio de los demás solo es un punto de partida, y no debemos demorarnos en él más que el tiempo necesário para robustecer el nuestro.

Julio 2 de 19**

Uno de los grandes defectos de la literatura de estos últimos años, fué el exclusivismo egoísta que la alejaba de la acción. Los escritores se aislaban del contacto del mundo y dormitaban una vida de cisnes sobre un lago de palabras muertas. La justicia y la verdad no hallaban eco en esos corazones Luis XV que se negaban á la vida y languidecían disertando sobre alegorías de abanico. Hoy se ha desencadenado una poderosa reacción contra esa enfermedad bizantina. Pero tampoco hay que exagerar en este sentido. El poeta no puede ser un *commis-voyageur* de la política.

Julio 3 de 19**

El verso y el diletantismo de la belleza en sí, no pueden perdurar en nuestro siglo de combate. No es que la poesía tienda á desaparecer, es que

se eleva hasta la vida. Solo se puede ser hoy poeta, á condición de ser poeta en acción. Porque poesía es una página de Darwin, un gesto de Marx... Y André Chenier escribió con su sangre su mejor estrofa en la guillotina. Todo lo demás es juego de palabras de colores. Solo quedará lo que sea jugo de la vida, lo que pueda aplicarse á ella, lo que en el porvenir como en el presente, palpite en el alma inmensa de la multitud.

Julio 4 de 19**

No soy materialista. Creo que mucho de lo que vemos está en nosotros, que buena parte de lo que hallamos en nosotros solo es reflejo, y que lo real y lo ideal se coordinan y se amalgaman en lo que podríamos llamar el sonambulismo de la vida.

Julio 8 de 19**

Los jueces de Z** habrán condenado ó absuelto mañana á un hombre que acapara la atención del país. Unos le consideran inocente, otros culpable. Y el crimen es tan atroz, que la razón naufraga. Quizá se trata de un loco; quizá de una de esas fieras extraviadas entre el rebaño humano; quizá de una víctima del odio de algunos. Solo caben suposiciones...

X**, agricultor de Z**, viudo y padre de seis hijos, es un enigma. Desde el primer momento, no ha cesado de gritar su inocencia en frases que tienen á veces un vigor raro.

Asiste á los debates con una tranquilidad de

espíritu que pasma. Y es un hombre frío, obstinado, calculador, que evita los lazos que le tiende el juez, y no comete un solo error de táctica en los terribles debates en que se juega la cabeza.

Los detalles del crimen son siniestros. Los habitantes de Z** se despertaron una mañana consternados. Misteriosos asesinos, venidos de quien sabe donde, habían entrado á la granja de X**, habían dado muerte á cinco de los niños, y habían herido al padre, después de una lucha que se imaginaba terrible por el desorden de las habitaciones. Se supuso que el móvil había sido el robo, porque faltaba una suma de dinero. El perro de guardia había perecido también. Y parecía que una racha de exterminio había pasado sobre aquella casa...

Tras un corto momento de estupor y hechas las primeras averiguaciones, se descubrió una serie de detalles que hicieron sospechar una cosa monstruosa. El dinero que X** decía haberle sido robado, estaba escondido en la pared del jardín, entre dos ladrillos... En el establo se encontraron algunas ropas de X** manchadas de sangre... Esto hizo suponer á las autoridades que bien pudiera tratarse de una « pretendida agresión ». Pero la hipótesis era tan inverosímil, que nadie se atrevió á formularla.

Algunos datos parecieron confirmarla después. Las heridas de X** eran insignificantes. Las huellas que se notaban cerca de la puerta de entrada coincidian con las de sus zapatos. El perro, que era fuerte y salvaje, no se había de-

fendido. Las persianas habían sido cerradas contrariamente á la costumbre. Toda una trabazón de detalles contribuían á hacer inadmisible la suposición primera. Entonces se detuvo á X** y empezó el drama.

Hay diarios que sostienen la culpabilidad y otros que proclaman la inocencia del acusado. En el público hay dos partidos. Unos hablan de Tropmann y otros de Dreyfus.

Pero, para un cerebro sano, acostumbrado al culto de la sensibilidad, es muy difícil admitir que un padre sea capaz de matar á sus cinco hijos. Sobre todo en el caso presente, en el que nadie puede atribuír un fin al crimen horrendo. Todos los testigos, á pesar de los odios de aldea y las rivalidades naturales, convienen en declarar que X** era un padre bueno y condescendiente. No castigaba nunca á sus hijos. Estos tenían por él una verdadera adoración. Para convencerse de ello, basta leer las cartas que escribe á X** el único que sobrevive. A todas las ternuras del cariño filial, añade una confianza completa en la inocencia de su padre. ¿Qué interés poderoso habría podido endurecer el alma de ese hombre y dominarla hasta el punto de destruír en un minuto la lógica de una vida?

Los que suponen á X** la intención de desembarazarse de sus pequeños para contraer nuevo matrimonio con una vecina de fortuna, dan á un atentado enorme una explicación infantil. ¿Cómo suponer que un hombre rompa sus lazos más tiernos de afección, se decida á cometer el atentado más infame y se exponga á

morir en la guillotina, con el solo fin de alcanzar una dote de cinco mil francos?

Y además, admitiendo la idea del proyectado casamiento, ¿eran los hijos un obstáculo tan radical? La situación pecuniaria de X** estaba lejos de ser apurada, puesto que en esos mismos días había hecho varios préstamos á sus amigos. Una hora antes de la tragedia, conversaba tranquilamente en el café con algunos parroquianos. Cuando el comisario entró á la casa y le levantó del sitio donde había caído desmayado, su primer palabra fué para pedir que no despertaran á los niños que debían dormir en la pieza contigua. Solo una perversidad increíble podría haberle dado la sangre fría, el tacto y la disimulación necesarias para representar así su horrible papel y hablar con ternura de las víctimas al lado mismo de la pieza donde las había ultimado. Hay monstruosidades que la razón se resiste á admitir.

Julio 9 de 19**

Los debates del proceso han removido el pantano habitual de las querellas entre vecinos, las malquerencias y los choques de la vida diaria, las envidias y los rencores, todo lo que borbolla bajo la superficie tranquila de los saludos ceremoniosos y las sonrisas amables...

Es lo que ocurre en casi todos los procesos. Los que ayer estrechaban la mano del acusado y comían con él, le descubren, desde que la justicia interviene, instintos malvados y tendencias criminales. Todos parecen haberse puesto de

acuerdo para perderle... Y sin embargo, el día anterior buscaban su compañía.

Es que subsiste en el hombre la marca de su origen. La civilización no ha sido más que el hierro candente que ha dominado los instintos y ha impedido por el miedo que los seres se devoren entre sí. Pero en seguida que desaparece el equilibrio y hay uno que cae, justa ó injustamente, puesto en tela de juicio por la opinión ó por la ley, la jauría aprovecha el momento, reintegra su natural y se precipita sobre la presa.

Alrededor del encausado se forma una atmósfera hostil que muy pocos tienen la audacia de desafiar. Los que se atreven á defenderle, se ven heridos también y envueltos casi en la acusación. Por eso es que la mayoría timorata prefiere ceder á la corriente y hacer coro, más por precaución que por malquerencia, con ese acatamiento resignado que es el fondo de nuestra manera de vivir. De ahí esas unanimidades que aplastan al reo durante los debates, y esos clamores feroces del público que, prevenido de antemano, impide que la luz se haga libre y completamente.

Cuando las cosas llegan ahí, el presunto criminal está condenado. Los mismos jueces sufren la influencia de la hostilidad reinante y, para hacerse simpáticos, abruman al reo con suposiciones que éste, acosado por todos, no puede refutar, ni desmentir.

En vano se levanta el abogado y protesta contra ese sistema de intimidación, en vano caen los testigos en contradicciones flagantes que prueban la poca consistencia de sus cargos...,

La opinión pública de la aldea ha decretado la culpabilidad y nada puede disuadirla. Si el tribunal se mantiene imparcial, pierde su prestigio ante la multitud. Es necesario que ese hombre muera... La población lo quiere así... Y ¡ ay ! de los jueces compasivos ó concienzudos !

Nadie quiere recordar los cien casos parecidos, algunos de ellos recientes, en que después de una ejecución capital reclamada por todos, se ha venido á descubrir, por confesión á veces del mismo culpable, la suprema injusticia de la justicia humana. Desgraciadamente, abundan las ocasiones en que, á pesar de las protestas del acusado, á pesar de sus lágrimas, se le ha arrastrado al patíbulo envuelto en las maldiciones de una muchedumbre que dos años después se convencía de su inocencia... Y parece inverosímil que, á pesar de tantos errores sangrientos, persistan aún los hombres en condenar sin pruebas y en exigir sanciones irreparables que dejan más tarde en las manos del juez y en la conciencia pública las marcas y los remordimientos de un crimen...

Julio 11 de 19**

X** ha sido condenado á la última pena. De nada le han valido sus gritos de indignación, la elocuencia de su abogado, y el testimonio conmovedor del único de sus hijos que sobrevive...

Pero esta sentencia, servirá para fortificar la propaganda contra la pena de muerte. Además de las razones de humanidad, de los argumentos

filosóficos, de las doctrinas religiosas, y de todo lo que concurre á hacer inadmisible el monstruoso derecho de vengar un crimen con otro, existe una causa inmediata y palpable que debiera convencer á todos: la frecuencia del error judicial. ¿Cómo continuar, después de tantas experiencias lamentables, atribuyendo á un grupo de hombres falibles, el privilegio inverosímil de disponer de la vida de sus semejantes? Un ser humano cualquiera, el más honrado de todos, está á la merced de un cúmulo de circunstancias engañosas y de testimonios interesados, que pueden llevarle al patíbulo y cubrir su nombre de infamia por un atentado que nunca soñó cometer. Si el error se descubre, queda el recurso de rehabilitar su memoria. Pero ese cadáver pesa sobre la sociedad. Es un crimen colectivo que cae sobre la cabeza de todos, un asesinato que no se castiga porque es obra de los mismos jueces. La justicia ha condenado esta vez librándose á la casualidad, por que no existe ninguna prueba decisiva. Quizá ha acertado, quizá no. Y es inadmisible que Temis se libre á juegos de azar. La vida de un hombre no debe resolverse por cara ó escudo. Dada la confusión del proceso, dada la espantosa inverosimilitud del delito, y dada, sobre todo, la falta de pruebas, lo indicado era la prisión. El tiempo se encargaría de hacer la luz. Se dice que la opinión pública exigía un castigo, que la muchedumbre reclamaba una expiación.... pero si la justicia está á la merced de la asonada, valiera más quemar el código y proclamar la ley de Lynch.

Las autoridades tienen el deber de resistirse y defender al reo. Si es culpable, merece el manicomio, porque tanta perversidad solo puede explicarse por la locura. Si es inocente, ha necesitado un valor inmenso para vivir y nunca alcanzarán á expiar sus acusadores el mal que le han hecho. En los dos casos, valdría más aguardar y abstenerse de cortar el nudo con decisiones bruscas y apasionadas que se lamentarán quizá después...

Porque en caso de que el verdadero criminal resulte ser otro, X** es una de las grandes víctimas del siglo. Nada igualaría la tortura de ese hombre que, herido y destrozado por una catástrofe que le arranca de pronto sus afecciones más queridas, se vé todavía acusado de ser él el autor del crimen horrendo. Si fuera así, estaríamos en plena tragedia antigua. El horror de esa situación sería superior al de todas las ficciones del teatro griego. Y no solo sería X** digno de las mayores simpatías, sino de la más grande admiración, porque solo un gran carácter ha podido soportar sin protesta tan espantoso cataclismo.

Julio 14 de 19**

Nada más pintoresco que la gran ciudad latina en esta semana de regocijo que es el mejor paréntesis del año. Las fechas nacionales se conmemoran aquí con una alegría incomparable. En otros países habrá más solemnidad, más vigor, más esplendidez, pero en ninguno hay risas más francas. Francia tiene la especialidad del

esprit, de la decoración, del baile al aire libre, y de la fiesta cadenciosa y fácil que nos envuelve y nos marea. Por eso es que el aniversario de la toma de la Bastilla es, más que un acto de partido, una colosal *kermesse* que transforma á la ciudad y la viste de colores y de luces. Las casas se cubren de banderas. Las calles, donde hormiguea la multitud, cobran un aspecto babilónico y deforme. Al anochecer se iluminan las plazas, los monumentos, los cafés. Y en todas las encrucijadas hay bailes populares y gratuitos donde las clases fraternizan al compás de los violines, bajo millares de farolillos encarnados.

Un extranjero que llegara por primera vez á París un 14 de Julio, se creería transportado á una ciudad de ensueño. A lo largo de los bulevares, al borde de la acera, se instalan en barracas curiosas los vendedores de muñecos, de dulces, de estatuas, todos los *déclassés* que aprovechan la libertad de la « semana patriótica » para improvisarse un comercio y vender sus baratijas á la sombra de la república. Los almacenes, adornados con estandartes y flores de luz, ponen al ras de las casas una línea multicolor que deslumbra. Casi no hay ventana que no tenga su bandera. La alianza asoma por todos los balcones simbolizada por la tela amarilla que adorna un águila obscura. La feria está en todas partes, con sus caballos, sus montañas siberianas, sus domadores y sus *clowns*. Desde la imperial de los ómnibus se vé el río de sombreros y sombrillas que desembocan de las callejuelas y van á fundirse en el bulevar que des-

borda. Grandes grupos compactos y alegres se abren paso, cantando, entre la muchedumbre. En los balcones de las fondas elegantes hay racimos de caras regocijadas que ven pasar la ola. Delante de los cafés vocean los *camelòts* sus novedades de París ante los ojos atónitos de los provincianos. La circulación se interrumpe. Hay niños que gritan, ancianos que protestan, parejas que ríen á carcajadas. Los trajes y los sombreros claros de las mujeres, atàviadas de primavera, se destacan sobre el gris obscuro de las vestimentas de los hombres. Los transeúntes se hablan sin conocerse. A la puerta de los cafés arengan gentes ingenuas que se abandonan á su sinceridad. Y nada es más simpático que esa alegría que brota de todas partes y se comunica á todos.

El pueblo francés no tiene seguramente la solidez inglesa, ni el esplendor alemán, ni el entusiasmo español, ni el apasionamiento sud-americano, pero tiene ese « algo » indefinible que bajo el nombre de « buen gusto » dió luz al alma de la Grecia. Los Franceses se divierten como escriben, sin violencia, sin gestos, sin palabras ruidosas, de suerte que la calle no es una calle sino un salón, así como su literatura no es una tragedia, sino una *causerie* de buen tono. Y no es que tenga el francés un alma superficial ó femenina ; es que ha limado muchas de las asperezas del origen, ha afinado su sentido crítico y concibe las ideas y los actos con todas las objeciones que pueden hacérseles. De ahí que no traigan nunca sus alegrías un arrebato grosero.

Las gentes de aquí se observan á sí mismas con una severidad infatigable. Es el punto débil del parisiense. Cada cual teme ser ridículo ó extravagante... De ahí la uniformidad que se nota en las palabras y en los caracteres. No existe el supremo *sans-gêne* anglo-sajón. Pero esas mismas timideces elegantes hacen del francés el hombre más equilibrado y más cortés del mundo...

El 14 de Julio tiene naturalmente su gran nota guerrera en la clásica revista del hipódromo de Longchamp. Y bajo el sol de fuego de estos días caniculares, resulta hermoso á pesar de todo, ver brillar los cascos de cobre de la caballería y presenciar la carga final que se desencadena, como una avalancha de muerte y de luz, sobre las tribunas atestadas de curiosos que han desafiado los rigores de la temperatura estival para emborracharse de esperanza y de gloria asistiendo al desfile de los regimientos en la llanura verde que se extiende al borde del río desde Saint-Cloud hasta la isla de la Folie.

Después del desfile militar, los caminos y las avenidas que conducen á la ciudad hormiguean de gentes fatigadas y sudorosas que se avalanzan sobre los ómnibus y los carruajes, ofreciendo precios increibles. Otros se resignan á volver á pie y echan á andar, cortando campo, á través del bosque, los hombres en mangas de camisa, las mujeres con la falda remangada. Algunos se sientan á merendar sobre el césped. Y al caer la tarde, por la avenida del Bosque y la de la Grande-Armée, baja, entre nubes de polvo, una avalancha confusa de ómnibus, de carruajes, de

bicicletas, de automóviles de toda forma y color, que se atropellan como un río impetuoso, entre las dos aceras por donde viene pesadamente á pie el público humilde.

Pero la revista no basta á la inquietud de la ciudad y, en todas las calles, en todos los barrios, hay, durante el día, reuniones, fiestas de caridad, distribuciones de socorros, bailes de niños, ceremonias patrióticas que difunden el movimiento y la alegría hasta los límites de la población.

Las calles toman al anochecer un aspecto majestuoso. Todo rebosa de gente. En los bulevares exteriores las fondas ponen sobre la acera una triple fila de mesas dobles, donde una multitud abigarrada come glotonamente, al compás de los organillos. El crepúsculo da á la ciudad un aspecto febril. En el límite de las avenidas, donde parecen juntarse las dos filas de árboles que las bordean, flota una neblina gris, hecha de polvo y de respiraciones. Se diría que falta aire para tanta gente. Es la hora en que comienzan á encenderse las luces de adorno. Primero una ventana, después otra, la calle se llena de lamparillas. A las nueve redobla la animación. Y al volver las esquinas topamos con multitudes alegres que avanzan en tropel, detrás de las bandas de música, bajo techos movibles de farolillos de colores.

Con la noche, vuelve naturalmente el baile, porque el baile es la obsesión del 14 de Julio, En cada esquina hay un estrado donde falsea una murga. Las parejas se atan y se desatan al

azar de los encuentros. Una franqueza comunicativa las envuelve. Los bailarines, fatigados, se sientan en la terraza de los cafés y apuran grandes vasos de cerveza. Las muchachas se abandonan á la felicidad del ambiente. La música, el ejemplo, el roce enervante de la multitud, deciden la orientación de muchas vidas. Y todo se pierde en el gentío turbulento y multicolor que inunda lás calles. La animación se trueca en delirio. Unos arbolan escarapelas tricolores, otros ostentan extraños sombreros de papel, aquellos soplan en cornetas, estos se cogen de la mano y giran en círculo alrededor de un compañero. Desde el anochecer no hay ómnibus, ni tranvías. La calle está librada al remolino que la obstruye. Y recién cuando el alba asoma se nota el cansancio. Pero la ciudad vuelve á reanudar á la mañana siguiente sus festejos, con la misma fe extraña en la felicidad. Hasta que al fin del tercer día todo concluye.

No falta quienes huyan del tumulto y salgan de París para poner entre la fiesta y ellos doscientos kilómetros de ferrocarril, pero esos *blasés* que ya lo han visto, lo han sentido y lo han desdeñado todo, son felizmente una minoría. Los parisienses adoran estas fiestas alegres en que todo es franco, en que las manos se estrechan solas, y en que domina una buena democracia, hecha de concesiones mutuas y de deseos aliados. Hasta el solitario las aplaude, porque en ellas puede pasear su silencio como una mancha negra entre la alegría de todos.

Julio 18 de 19**

Como Francia es un pequeño jardín y las playas están á poca distancia de la capital, es considerable el número de gentes que, así que arrecia el verano toman el tren y van á pasar una semana al borde del mar azul. Basta un billete á precio reducido y tres horas de viaje para realizar el deseo de respirar la brisa salada. Nada más corriente que ir á pescar crabes á Trouville ó á Dieppe. Y esa facilidad que pone el placer al alcance de todos, hace que las costas de Francia estén ahora hormigueando de hombres, niños ó mujeres caldeados por el sol que juegan con las olas, hacen castillos de arena, ó descansan sobre los guijarrales, entreleyendo las páginas de un libro.

Hay estaciones de toda categoría. Para la gente seria, Biarritz, con su vida elegante, sus costumbres de sociedad, y la proximidad tentadora de Bayona y San Sebastián, donde las aparatosas corridas de toros atraen con su exotismo á los *snobs* en *villégiature*. Para los aficionados á las regatas y á la pesca, Arcachón, en cuyo pequeño golfo abundan las embarcaciones. Para los ingleses y la gente de negocios, Dieppe, á dos horas y media de París y tres de la costa de Inglaterra. Para otros Treport, para otros Cabourg, según la sociedad que prefieren ó el género de excursiones que mejor aprecian. No falta tampoco quienes traspasen las fronteras y vayan á Ostende, cuyo *tripot* atrae á los tanteadores de la suerte, ó á Brighton, el balneario

inglés, cuyos dos muelles de hierro que avanzan hacia el mar terminan en dos casinos. Pero entre todas las playas, la más parisiense es la de Trouville. Está tan cerca de París como Dieppe y es más hermosa que ésta. Todos los que se divierten en la capital, los que llenan los bulevares, el bosque, los teatros y las fondas á la moda, se dan cita en verano en esa población que se alza en la desembocadura del Sena, frente al Havre, en un sitio pintoresco. De Trouville se puede ir á París en automóvil. Y la gente elegante, que á pesar de los accidentes cada día más desconsoladores, sigue apasionándose por la velocidad de los monstruos de cuatro ruedas, adora ese pretexto que le permite disputar kilómetros al ferrocarril. Trouville es además una verdadera capital de verano, donde hay teatros y fiestas, y donde no falta nada de lo que hace para algunos el encanto de la gran ciudad.

Sin embargo, no todos se dejan seducir por los balnearios célebres. Fuera de las playas conocidas donde la vida es necesariamente cara, hay, lejos de los ferrocarriles y los sitios elegantes, mil rincones modestos como Moulleau, Villerville, Onival, Yport, Carolles, Dielette, Tregastel y tantos otros donde se alquila un *chalet* por pocos francos y se disfruta de la proximidad del mar, sin afrontar los inconvenientes de una estación á la moda. Nada más pintoresco que esas minúsculas aldeas de pescadores que solo cobran vida al comenzar el verano. Las gentes rudas y primitivas del lugar, hacen cuanto pueden por agradar á los forasteros. Las sonrisas

son francas, el ambiente es puro. Cada cual se viste como mejor lo entiende, sin levantar críticas. Y parece que la sinceridad, desterrada durante tanto tiempo de la tierra, vuelve á ocupar su sitio de honor entre los hombres.

Pero, grandes ó chicos, todos los balnearios se parecen en el aspecto pintoresco que toman al sol cuando la superficie inclinada que baja hasta el mar se cubre de grupos que gesticulan ante el Oceano sin límites. Las gentes visten de blanco, de azul ó de rojo, como si cada cual hubiera dejado en la ciudad, con sus preocupaciones, su ropa obscura. En las playas famosas, se cubre la arena de grandes paraguas alistados, bajo los cuales conversan animadamente los grupos. Las mujeres prosiguen perezosamente una labor, leen la última novela editada por Charpentier, ó murmuran en corrillos, comentado las noticias frescas de ese inmenso hotel que es una ciudad balnearia. Los hombres sonrien bajo el ala caída de su sombrero panamá, saboreando grandes cigarros, fotografiando los grupos, cortejando á las amigas ó preparando una partida de *tennis*, en esa existencia diminuta y artificial de los mundanos. Los niños, con los pies entre la espuma, gritan, corren y se acaloran, construyendo pequeños fuertes de arena ó canales microscópicos que el mar travieso cubre de rato en rato, provocando una algazara. Junto al camino por donde descienden los que van á bañarse, se amontona una multitud inquieta, de la cual surgen las sombrillas multicolores y los sombreros de paja flexible. Se respira una at-

mósfera pesada. El sol cae en lluvia de oro sobre las cabezas y sobre el mar, que tiene reflejos de vidrio en la cresta puntiaguda de las olas. Y los bañistas, que dejan su peinador sobre las últimas piedras, avanzan gozosamente hacia el horizonte, hundiéndose primero hasta las rodillas, después hasta el pecho, hasta nadar al fin en la superficie líquida. Bajo la malla se dibujan los cuerpos, cuando un reflujo del agua los descubre ó cuando flotan abandonados sobre el oleaje. Algunos los siguen desde la playa con los anteojos. Y al encontrarse en el Casino, todos se conocen los defectos y las bellezas que los trajes tratan de ocultar inútilmente.

De noche, en el deslumbramiento de las luces, mientras algunos toman el café sentados ante las mesas verdes de las terrazas, se llena el salón de conversación, se llena el teatro y se llena la sala de juego donde los caballitos giran infatigablemente, absorbiendo el dinero que cae sobre las carpetas. Las mujeres, vestidas de claro, con grandes sombreros llenos de plumas y los hombres de *smoking* y bigote altivo, arrojan al pasar un puñado de moneda y siguen hacia el espectáculo ó hacia el baile, constelado de parejas que giran atolondradamente al compás de la música de los *tziganos*.

Todos los días hay excursiones. Entre dos postres, en la mesa redonda de los hoteles, se organizan las caravanas bulliciosas que atraviesan vertiginosamente los caminos en bicicletas y en automóviles, haciendo ladrar á los perros y amedrentando á los gañanes de los villorios.

Van á almorzar á X..., ó á comer á Z..., que distan diez ó veinte kilómetros del punto de partida ; entran en tropel á la mezquina fonda del caserío y encargan una comida abundante y agreste que todos devoran, excitados como están por la carrera, el aire puro y la novedad de la aventura. Después regresan quemando distancias, hacen alto un instante á la sombra de los árboles en un bosquecillo, y vuelven á entrar á la ciudad entre una nube de polvo, provocando la admiración de los bañistas que se pasean por las calles.

El domingo, las carreras monopolizan la atención de todos. Desde las tribunas hormigueantes se abarca la gran pista dardeada por el sol. El público se apiña alrededor de los ventanillos donde se expenden los billetes. Las gentes ensayan los anteojos, recorriendo el gran espacio vacío donde pasean los caballos llevados de la brida por los cuidadores. Y cuando, después de un laborioso alineamiento, suena la campana que anuncia la partida, es siempre el mismo bullicio, la misma confusión, los mismos gritos y apuestas últimas, que se cambian en ansiedad así que los caballos van llegando al límite y se desencadenan de nuevo cuando, conocido el triunfo, se quiere premiar al vencedor. En el fondo, la prueba solo interesa á algunos empecinados del *sport*. Lo que la mayoría de las gentes ha buscado es la atmósfera mundana, os encuentros imprevistos y el terreno favorable para las suposiciones. En los corrillos que se forman entre dos carreras, junto al *buffet*, se comenta el

escandaloso traje de baño de la condesa de A..., las asiduidades del D[r] B..., la llegada de C..., la desaparición de F..., la enfermedad de G... y toda la gacetilla de la murmuración.

A esta efervescencia de deseos y vanidades asisten los habitantes de la localidad sin entender jota. Para ellos el parisiense no es más que una renta. Basta soportarle durante tres meses para poder comer el año entero. Lo que él gasta para su placer, enriquece á las gentes del terruño. De suerte que todo se concilia. Los pescadores de Paimpol ó de Cayeux, que pasan inviernos crudos en sus aldeas pequeñas y viven en contínua lucha con el mar que se eriza de Diciembre á Febrero y se traga su ración de barcas, se regocijan de la moda que les trae un poco de bienestar en forma de visitantes ricos que hacen prosperar la región y mejoran la suerte de los habitantes. De ahí que no haya un rincón á lo largo de las costas que no presuma de balneario y no pugne por atraer á los forasteros.

Unos son majestuosos y solemnes con su *falaise* escarpada y sus rocallosos altibajos, otros son hospitalarios y amables con sus llanuras cubiertas de musgo verde, aquellos son espléndidos y populosos, estos son miserables y diminutos, pero todos ofrecen el espectáculo del mismo mar azul donde el sol se hunde por las tardes á la misma hora como una moneda de fuego. Boulogne con sus mujeres de cofias blancas ó Arcachón con sus cuidadores de ostras, producen la misma sensación pintoresca y original. Parece

que el viajero respira vida al entrar á esas poblaciones donde las casas chatas le dejan al fin ver el cielo. Y es que las gentes se ahogan en las inmensas ciudades en forma de colmena. El cuerpo, como el espíritu, necesita vastos horizontes donde poder accionar libremente.

Julio 20 de 19**

Está ocurriendo una incongruencia digna de esos buenos *vaudevilles* que hacen en el Palais-Royal las delicias del público alegre. La capital del mundo, viene siendo terrorizada desde hace algún tiempo por una colosal gavilla de malhechores que recuerda, por sus recursos ingeniosos y su audacia romántica, algunos de los mejores capítulos de Dumas padre. Nada más inverosímil que lo que los diarios hacen saber regularmente todas las mañanas.

Se trata de un poderoso sindicato de bandidos que obedecen á sus jefes con rara disciplina, emplean artes nuevas, dan prueba de un valor delirante y operan simultáneamente todas las noches en ocho ó diez barrios de la ciudad.

Aquí asesinan á un transeúnte retardado, allá saquean una casa, más lejos se vengan de un presunto delator, y en todas partes dejan una leyenda salvaje que hace enmudecer á la gente timorata.

Lo curioso es, que estos sombríos delincuentes están divididos en bandos que se hacen una guerra feroz ó se prestan ayuda, según mantengan buenas ó malas relaciones sus respectivos

capitanes. Hay un dejo de arcaísmo en sus procedimientos y en sus ideas. Hace algunos meses, tuvieron encuentros mortales y llegaron hasta atacarse en plena calle á las doce del dia por unos bellos ojos que se disputaban los jefes. Ahora parece que se han reconciliado y hacen causa común contra los « terroristas de Menilmontant », con quienes pretendieron tener noches pasadas un decisivo combate cerca del Luxemburgo. Según afirman, cada uno de los bandos se componía de un centenar de hombres, y la policía tuvo que movilizar grandes masas de agentes para tratar de cercarlos y reducirlos.

Mientras limitaran su ardor á despedazarse entre ellos, nada tendríamos que objetar. Lo malo es que se empeñan en suprimir á sus semejantes por medios más ó menos nuevos en París, como el del lazo criollo que emplearon noches pasadas. Porque estos fabulosos bandidos del siglo XX conocen las costumbres de todos los países y estan versados hasta en historia.

Uno de los grupos más temibles se ha bautizado á sí mismo con el nombre de una de aquellas famosas tribus indias de México que asolaron el estado de Chihuahua, burlándose de la guardia rural y teniendo á raya á las tropas del gobierno durante más de cincuenta años. Pero una ciudad no ofrece siempre los recursos de un vasto territorio desierto, y los célebres bandidos tendrán que caer en manos de los polizontes. Solo que tras ellos vendrán otros. Porque será así, mientras subsista esa causa inicial del crimen que se llama : la miseria.

Julio 21 de 19**

Si como juntamos diez pensamientos nobles en el haz de una ambición insensata, pudiéramos reunir en un grupo de mármol á los iluminados del Bien, *alguien* vendría por las noches y se sentaría al pie del pedestal, para llorar sus derrotas. ¡Cuántas generosidades abatidas, cuántos impetus doblados, cuántas noblezas muertas! La naturaleza engendra redentores y recoge mártires. Para cada salvador hay un Calvario. Y la ola, enorme, indomable, hincha cada vez más el lomo azul para insultar á las víctimas...

Si pudiéramos modelar esa epopeya de los buenos, el bloque no sería jamás bastante grande. En el mármol se amontonarían grandezas sobre grandezas, justicias sobre justicias... Y la mejor apoteósis, sería colocar el grupo monstruoso sobre un peñón para que aquellos clarovidentes se perpetuaran en la piedra mirando hacia el mar, como vivieron.

No es posible olvidar las tempestades que soportaron aquellos marineros de la gloria. La envidia, el odio, la calumnia y el silencio, — los cuatro vientos del mal, — estuvieron mil veces á punto de hacer zozobrar sus naves. Pero ellos eran más fuertes que la fuerza, y avanzaron entre las olas, como colosos que apartan las montañas para abrirse paso. Algo les quedó del lodo que les arrojaron sus detractores. Pero el hombre grande tiene tantos enemigos que vencer dentro de sí mismo que no puede ocuparse á menudo de los de afuera. Y además, no debe. ¿Cómo

intentar un parangón entre las enfermizas plantas de invierno que se alimentan de ajena savia, y esos talentos robustos, que muestran sus carnes frescas y sus músculos fuertes, al sol, sobre la tribuna, arengando á la multitud, en medio de los motines de la idea?

Julio 22 de 19**

Era más de media noche. Las calles estaban solas. Apenas si en las sombrías encrucijadas se destacaban las luces de una taberna, donde dos ebrios apuraban el último trago y encendían la última pipa... Tras mucho andar, me recosté contra el muro, ante una vieja casa adornada de arabescos y columnatas usadas y rotas por el tiempo.

Si fuera poeta — murmuré — dialogaría con la noche y me dejaría arrebatar en el galope de los vértigos. Los vetustos guerreros de los bajorelieves se animarían ante mí, hasta destacarse del muro; tomarían contornos humanos; se pasearían lentamente por las cornisas, con los brazos extendidos hacia la luna... y, en una evocación rápida de los tiempos, en un remolino de siglos, me contarían, con sus posturas simbólicas toda la historia de Francia, desde Clovis hasta Napoléon.

La imaginación es traviesa como los niños: ama las sombras chinescas y las fantasías de Barba Azul; prefiere Quimera á Realidad y se complace en deslizarse por las noches bajo los párpados del solitario para divertirle con sus

cuentos, siempre nuevos y siempre viejos. Sonreí á Imaginación y le dí un beso en la frente. Es la salvadora. Luego recordé aquellos tiempos de colegial en que me recetaban cuatro páginas de Duruy todos los días; aquellos cachetes dados al sentido común cuando pretendía atribuír falsas hazañas á un rey, por ignorar las verdaderas; y aquel Luis XVI, chiquito y regordete, que me gustaba ver guillotinar porque era feo. Yo tenía entonces diez años: á esa edad se admira más á Pulgarcillo que á Enrique IV y se lee más á Perrault que á Spencer. Recordé que, más tarde, cuando tuve quince, me apasioné por los libros *in-folio* y hurgué en todas las páginas á dos columnas para aprender mentiras consagradas. Pero de todas las naciones cuyas hazañas aprendí en aquellos años de fiebre, solo Francia me dominó y se impuso á mis asombros. Quizá por eso es que al encontrarme en París, en la ciudad soñada en todas las juventudes y entrevista en todos los insomnios, en una calle desierta y en el silencio de la noche, sentí renacer todas mis quimeras de niño.

Si fuera poeta, — pensé — los viejos reyes que se pasean por las cornisas me saludarían antes de volver á ocupar su sitio en los bajorelieves del pórtico. Y cuando las primeras luces del alba comenzaran á invadir la ciudad, me alejaría sonriendo, después de haber asistido á toda la historia de Francia y á toda mi juventud en dos horas, ante los muros de una casa vieja...

Julio 23 de 19**

Carta de un pintor amigo á quien no veo hace mucho tiempo:

Estoy asombrado de la maldad humana. Como mi cuadro ha tenido algún éxito y ciertos periódicos han hablado de triunfos, porvenir, etc., se ha levantado contra mí una polvareda de ataques y de calumnias. Los envidiosos y los malos han tratado de dañarme, sin comprender que todo eso me da más fuerza para trabajar, más rabia de triunfo, y más probabilidades de alcanzarlo. Pero lo que me asombra es que el mal encuentre una puerta abierta en todos los corazones. Parece que la condición humana es creer siempre lo peor sobre los semejantes, ó que hay una cobardía ingénita que nos lleva á aceptar la mala versión por temor de comprometernos si la rechazamos. Cuando se vé la vida así, se sienten deseos de poner la proa hacia la muerte. En vez de sentimientos nobles y generosos, solo se encuentra perversidad y traición. Ya hablaremos de todo esto cuando nos veamos. Y te asombrarás como yo de que pueda haber tanto lodo en las almas.

Julio 24 de 19**

Desde hace algunos días se viene hablando mucho de la crónica. Unos le reprochan su aridez, otros su superficialidad. Olvidan que, á igual distancia de la didáctica y del palabreo, hay un terreno matizado que es el que conviene á la gaceta. El artículo de periódico ha de ser al

propio tiempo ilustrativo y ameno, de savia nutritiva y de lectura fácil, sin profundidades de revista técnica y sin balbuceos de poeta juvenil, fresco, sobrio, entretenido, como cosa que tiene que estar en todas las manos y penetrar en todas las inteligencias. Pero esa tarea de vulgarización no importa, como algunos suponen, una concesión al mal gusto de las mayorías; es por el contrario una hábil manera de levantar insensiblemente el nivel intelectual y acostumbrar á la mayoría á buscar en los libros lo que el periódico le deja sospechar. Porque en la información, en la noticia del día, están á menudo los gérmenes de la vida toda; y en una rápida digresión cabe á veces la esencia de un volumen. Tal fué el sistema de Henry Fouquier, el educador y el maestro de la prensa parisiense, cuyos artículos primaverales y sabrosos, eran como árboles que daban al propio tiempo los frutos y las flores. Y nadie extrañaba que, siendo uno de los más hábiles cronistas, Henry Fouquier encontrara medio de continuar siendo escritor, porque si una mala literatura es fatalmente un mal periodismo, un buen periodismo es casi siempre una buena literatura.

Julio 25 de 19**

Los generales que lucharon durante algún tiempo en el Sur de Africa con tan ruidosa fortuna contra la injusta arremetida del imperialismo inglés, están paseando ahora por todas las capitales sus siluetas adustas de guerrilleros. Hoy

en Bruselas, mañana en París, más tarde en los condados de Alemania, no queda ciudad importante que no los haya recibido en triunfo y no haya premiado la audacia y el valor que desplegaron. La Prensa ha hablado tanto del Transvaal, de la sangrienta guerra, del injusto atropello, de la resistencia heroica, que no queda ser viviente que ignore el nombre y las hazañas de los caudillos holandeses. Esa masa casi impenetrable de los pueblos que es tan difícil remover, que es tan raro atar á algún propósito, se ha entusiasmado con los tres nobles insurrectos de la leyenda y aclama los nombres de Botha, Delarey y Dewey como un símbolo obscuro de cosas que no alcanza á definir.

Nada es más respetable y más simpático que los vencidos, que los débiles, que los que se han visto obligados á doblarse ante una fuerza más poderosa. Para ellos debemos reservar en nuestro corazón, como se hacía en ciertos templos antiguos, un pedestal de preferencia. Pero si recordamos los orígenes de la dominación en Sur-Africa, nos vemos obligados á confesar que las virtudes mitológicas que hoy atribuímos á esos generales derrotados, quedan reducidas considerablemente. No sería generoso enumerar ahora los yerros iniciales del boer, ni repetir que él á su vez fué un usurpador cuando se posesionó de la comarca que ha perdido, pero no es posible ver sin ensayar un comentario, la bulliciosa y delirante continuidad de tantas recepciones.

Ahogado entre la multitud, en una plaza de Bruselas, entre cohetes, antorchas y farolillos, he

asistido una noche á la formidable aclamación de una muchedumbre fabulosa venida de quién sabe donde, que desbordaba sobre las calles adyacentes, pendía en racimos de las ventanas, y cubría como un mar toda la extensión visible. En parpadeos de sombra y de luz, desde un balcón adornado con banderas, rodeados del alcalde y las autoridades civiles de la ciudad, los robustos buscadores de oro arengaban y gesticulaban, interrumpidos por huracanes de aplausos. Las palabras se ahogaban en el viento y muy pocos oían el discurso vacilante y penoso de los recién venidos, pero la superstición, la idea preconcebida, les hacía suponer frases de acero y elocuentes párrafos invencibles. El ser humano encadenado por atavismos místicos y heroicos, simplista en sus concepciones, apasionado en sus simpatías, no tiene aún, en su conjunto, la serenidad y la flexibilidad de juicio para percibir el matiz de las cosas, y someter los hechos á la razón. Se libra desesperadamente á una idea ó la ataca con delirante injusticia en sus entusiamos, tiene atavismos de siervo, en sus cóleras tiene reminiscencias de fiera ; y es excesivo en todo, como un mar que ora se retira hasta el confín dejando al descubierto inmensos arenales, ora arremete con furia y se traga una población. Por eso es que el clamoreo y el entusiasmo de esa muchedumbre era para el observador frío un espectáculo doloroso. Los pueblos se debaten todavía en la sombra como los niños que aún no han abierto los ojos. Y esa aglomeración se dejaba llevar por una nervosidad injustificada,

irreflexiva. Si hubiéramos detenido en mitad de la plaza á uno de los manifestantes para preguntarle por qué aclamaba á los boers, no hubiera sabido qué responder. Cedía al reclamo de lo que flotaba en la atmósfera, y sufría las consecuencias de ese fenómeno curioso é inexplicable que se produce cuando se revoluciona una colectividad por la simple virtud de una idea mal definida.

Julio 26 de 19**

Toda religión es una sociedad dentro de la sociedad, un estado aparte con sus magnates, sus leyes, sus contradicciones y sus víctimas. En Holanda, donde las diversas sectas han encontrado hogar, se asiste al espectáculo curioso de un organismo dividido en quince organismos distintos, cada uno de los cuales se cree un centro. Son quince atmósferas, quince mundos, que lejos de mezclarse al formar la suma total, conservan su absolutismo, consintiendo apenas en los acercamientos que les impone el instinto de conservación. Y como esos grupos apoyan su programa sobre una identidad de ideas y no de situaciones, sus adherentes, que acuden de todas las clases sociales, estos con andrajos, aquellos con oropel, renuevan dentro de la sub-sociedad el mismo problema que agita á la sociedad madre.

Dos cristianos de diferente clase social, podrán estar de acuerdo sobre la infalibilidad del Papa y la santidad de su credo, pero no sobre la excelencia del régimen capitalista. El problema del hambre es el más urgente. Un proletario ca-

tólico estrecha con más gusto la mano de un proletario judío, que la de un usurero de su propia religión. Y como todo dolor es padre de una rebeldía, porque no se dobla la voluntad sin protesta, resulta que dentro de la pequeña nación se reproducen los antagonismos de la nación común que la contiene.

Porque toda doctrina religiosa reune un número considerable de proletarios, no solo entre los que adhieren á ella, sino también y especialmente entre los que se ponen á su servicio. El clero está dividido en castas, y hay cien escalones de miseria desde los que obedecen hasta los que pontifican. Para salvar esa altura, no basta el talento ; son indispensables cualidades y vicios, no muy diferentes de los vicios y cualidades necesarios para triunfar en la vida láica puesto que todas las sociedades están formadas por hombres y todos los hombres se parecen.

La iglesia es una « carrera », como la literatura ó el derecho. Y en aquella como en estas, son pocos los que se singularizan. De ahí que resulte un excedente de náufragos, — náufragos que no son, muchas veces, ni los que menos merecieron el triunfo, ni los que menos hicieron por conseguirlo. — *Ratés* ó « inhubicados », forman lo que podríamos llamar la bohemia de las religiones.

El catolicismo, que conserva una organización muy poco republicana, encierra naturalmente gran número de proletarios. Basta pasar por Madrid ó por Roma, para convencerse de que la sotana esconde á menudo tantas

miserias como la blusa. En Francia, donde el clero ha conservado sus antiguas costumbres de despreocupación y galantería, las necesidades de la existencia son menos graves y á veces se salva una situación poniendo un aviso en los periódicos para reconocer á un bastardo rico. Pero en Italia ó en España, donde los recursos son más escasos y donde las costumbres un tanto primitivas no permiten esos atrevimientos, es incalculable el número de eclesiásticos que viven de la casualidad... Son hombres de regular ilustración, que hacen una vida muy semejante á la de los artistas pobres en los grandes centros de Europa... La verdadera víctima de la sociedad dentro de la iglesia, es ese clero libre, que no ha llegado á tener clientela de misas y que hormiguea en las ciudades, arrastrando sus sotanas verdosas y sus sombreros deshilachados.

En los viejos callejones que reviven las historias de otros tiempos, en el portal de los antiguos palacios, ó en el atrio mismo de las iglesias de arrabal, vemos á menudo en Europa la silueta escuálida de esos atenaceados del hambre. Y en la media sombra de los crepúsculos, en las catedrales donde arden millares de cirios inútiles, se topa á veces al entrar con el cuerpo flaco de los que descansan, después de haber pasado una noche sin asilo. En todas las grandes ciudades hay una colonia de clérigos que trasnochan á pesar suyo y van á aguardar á la puerta de los conventos con la esperanza de poder dormitar durante las primeras misas... Hasta en los hospicios, donde se reunen por las noches todas

las mondaduras de miseria de una ciudad feliz, se puede ver la sotana de un fraile que se desliza avergonzado.

De ahí el socialismo católico, que no ha nacido de un empuje generoso del clero hacia las masas, sino de un legítimo movimiento de defensa propia. El sacerdote anónimo que ha sufrido injusticias y ha servido de escalón, comprende que se encuentra más cerca del intelectual ateo y del obrero revolucionario, que del obispo de su diócesis. ¿ Qué puede tener él de común con los potentados de la mitra que poseen palacios y ofrecen festines opíparos, donde se gastan fortunas ?

Todo se disgrega, y no es de extrañar que, en su trabajo lento, las ideas del siglo acaben por horadar los muros que parecían más sólidos. No sería difícil que en las grandes conmociones que se preparan, se renovase el fenómeno de la Revolución Francesa. En 1789, una buena parte del clero, encabezado por el abate Gouttes, por Sieyes, y por Camus, hizo causa común con los partidos más avanzados. ¿ Por qué no había de ocurrir lo mismo en el siglo XX ? Hay grandes fermentos de rebelión entre los proletarios del catolicismo.

Agosto 2 de 19**

Así como hay proletarios en el catolicismo, hay anarquistas en la aristocracia y conservadores en el proletariado. Estos últimos son un elemento dócil, poco dado al vicio de pensar. Soportan las dominaciones como soportan el granizo, el rayo y la langosta, — ignorando que

tienen fuerzas para defenderse. Y aunque á veces entrevean la posibilidad de ser libres, se niegan á hacer la flexión necesaria para conseguirlo. Prefieren dejar las cosas como las encontraron. Les amedrentan las evoluciones. Están ligados por la misma cadena de ignorancia á cincuenta siglos de esclavitud.

Todo es suceptible de ser ennoblecido, hasta la servidumbre. En la Edad Media se juraba fidelidad al señor del feudo, no por prudente sumisión de una fuerza débil que cede á su pesar ante una fuerza incontrarrestable, sino con el convencimiento de llenar un deber sagrado... Era un punto de honor... Los poderosos han tenido siempre la felicidad de convertir en dogma todo lo que no resiste á la discusión. No se explicaba al pueblo *por qué*, pero se decretaba que debía obedecer. El clero, el gobierno y la prudencia se lo aconsejaban. La costumbre hacía lo demás. El corcel se encabrita cuando siente por primera vez la fusta ; — al cabo de algún tiempo, se contenta con acelerar el paso.

La vida de los agricultores es tan sencilla y tan simple, que no tiene fuerza para engendrar pensamientos. Las generaciones no marcan dentro de ella etapas de civilización, sino rebaños de individuos que pasan agotándose en un mismo esfuerzo. Los recién llegados adoptan las costumbres de los predecesores y las perpetúan. Los prejuicios son como los árboles, más grandes y más robustos cuanto más viejos. Cada nueva cosecha de hombres les añade el prestigio de su sumisión. Las ideas son hereditarias, como las

profesiones. Se tiene la religión del pasado. Y nada alcanza en ese medio tanta fuerza como el argumento fatal de « siempre se ha hecho así ».

Por eso es que los menesterosos de la campaña son los conservadores del proletariado. La vida de los labradores no es menos dura que la de los obreros de las grandes ciudades. Sin embargo, es difícil arrastrarlos á hacer causa común con estos. Oponen una resistencia que ni argumenta ni razona. Entre la libertad y el yugo, se encogen de hombros y extienden el cuello.

Agosto 9 de 19**

Nada interesa tanto al parisiense, como los actores, las piezas nuevas y las querellas de teatro. En los salones donde se elabora el *esprit* y en los cafés donde se vulgariza, las indiscreciones y los *potins* sobre la pieza nueva ó la actriz á la moda monopolizan la conversación y se transforman en asuntos de interés trascendental. La parte desocupada de la población adora el manejo de los entretelones y se solaza repitiendo ó adulterando las críticas ó los enconos, las rivalidades ó los éxitos que forman la trabazón y la intriga siempre animada del mundo multicolor de los camarines y los ensayos generales. La celebridad más ruidosa se halla detrás de las bambalinas. Quizá es por eso que todos los grandes escritores han recurrido en Francia desde tiempo inmemorial al seguro reclamo del teatro. Ninguna idea ó forma de pen-

samiento ha conseguido encontrar arraigo en la opinión, si no ha sido sancionada é impuesta por el prestigio incontrarrestable de la comedia ó del drama. Y ningún autor ha logrado un renombre seguro, si no se ha visto envuelto en alguna de esas revoluciones de *foyer* que ocupan durante una semana la curiosidad de doscientos mil ociosos y acaban á veces en un proceso que abre en pleno tribunal un brillante torneo de ironía.

Los altercados de Víctor Hugo con algunos de los intérpretes de sus dramas, las demandas de ciertas actrices que se creyeron con derecho á representar un papel en los *Burgraves* ó en *Lucrèce* y las barrabasadas de la censura que prohibió *Le Roi s'amuse* pretextando inmoralidad, afirmaron en cierto modo la popularidad del poeta mucho más que sus obras mismas. Alguien contaba ayer en un periódico la historia de algunos de esos embrollos que revolucionaron en su tiempo al teatro de la Comedia Francesa y fueron la ruidosa preocupación de una semana de comentarios. Y lo contaba apropósito de las querellas actuales, que amenazan disolver la que se sigue llamando « Casa de Molière ».

El histórico Teatro Francés está atravesando una crisis peligrosa. Y los incidentes diarios de esa guerra de mano enguantada en la que no se sabe ni donde empieza la realidad ni donde acaba el teatro, son hoy la fábula y el comento que circula de boca en boca y forma la substancia y la médula de las conversaciones de *five o'clock*.

El superficial *dilettantismo* de la *élite* elegante

y la fría incredulidad del mundo de los salones, encuentran en los pequeños conflictos del escenario un terreno neutro donde la murmuración se escuda en el interés por el arte, y el interés por el arte se enciende en la murmuración. No siempre se puede criticar el *flirt* de las amigas, ponderar los trajes de Worth, ó decir enormidades sobre la última novela ruidosa. El « teatro » es en cierta sociedad lo que el « tiempo » en otra : un medio fácil de hilvanar palabras hasta encontrar qué decir.

Agosto 11 de 19**

Para los espíritus serios que abarcan la universalidad de las cosas y ven en la vida algo más que un juego de vanidades y palabras, la fútil preocupación de los detalles del teatro solo aparece como un desequilibrio de preciosos Luis XV que se entretienen con miniaturas, sin ver el grandioso conjunto de la naturaleza. En medio de la vasta diversidad del mundo, rodeados de montañas de ideas, solicitados por corrientes formidables, sitiados por todo lo que trabaja y vibra, no han alcanzado á distinguir más que las menudencias y los *bibelots* de un mundo tan inútil como frágil, que solo vive en la retina de los ciegos. El París que piensa y que trabaja, está lejos de prestar atención á esas nimiedades. Pero en ellas encuentran distracción y pretexto de vida los doscientos mil ociosos que componen el París que suena, el París que se ve desde lejos, la torre de cartón de París.

La espuma dorada que acapara el nombre de

la ciudad y parece sintetizarla ante el extranjero, se conmueve con la aparición de Liane de Pougy en el Folies-Bergère, se revoluciona con el estreno de la *Revue de la Scala*, ó se pasma con el anuncio de la *Pucelle de Mexico*. Y no es porque piense, según la frase de Alphonse Karr, que « el teatro nos distrae de la vida », sino porque cree en la paradoja de Rousseau de que « si el teatro puede poco para corregir las costumbres, puede mucho para pervertirlas ». De ahí la boga de los tablados que se dedican al « género parisiense » y el abandono en que se ven los autores y los actores que persiguen un arte sereno y noble.

Quizá es para reaccionar contra esta tendencia que un grupo de escritores bien intencionados proyecta la creación de un Teatro del Pueblo donde se representarian obras robustas, capaces de difundir ideas elevadas y sentimientos generosos. La buena voluntad de los iniciadores tendrá que luchar contra obstáculos duros de vencer. Pero si el proyecto se lleva á cabo, y si el público sabe premiar la tentativa, no será difícil ensanchar el movimiento y precipitar la benéfica reacción que acabará con los teatros desmoralizadores y venales, y cimentará otros más vigorosos, que serán para la democracia como una escuela. Entre las reformas que se imponen, la del teatro es una de las que tienen más importancia para el porvenir. La Verdad, el Bien, la Filosofía, las ideas generosas que hoy se propagan, tienen que apoderarse de ese valioso medio de vulgarización que está ahora al servicio de pasiones censurables. Y en

los tiempos futuros, en ciudades de armonía y de paz, el arte dramático volvera á ser quizá como en las épocas antiguas una diversión y una enseñanza á la que asistirán en común todas las clases de la sociedad y de la que ningún hombre estará excluido.

Agosto 26 de 19**

Una revista francesa acaba de suspender su publicación porque las ideas de los editores no coincidían con las del director. Y ese detalle insignificante de una jornada, pone de manifiesto el antagonismo entre dos energías: el dinero y la idea. Aquel exige casi siempre, como condición para que ésta pueda manifestarse, que se ponga á su servicio. La utiliza como una palanca para defender y consolidar su hegemonía, pero así que la Idea se niega á continuar su papel de guardián y pretende hacer vida libre de investigación y de análisis, el Dinero inventa cuanto puede para sofocarla. Y como el Dinero ocupa todos los puntos estratégicos de la vida, la Idea se vé obligada á someterse ó á enmudecer. Es una lucha que ha retardado en varios siglos la inevitable evolución del hombre.

En tiempo de la monarquía ó la teocracia, la existencia del pensamiento se hacía imposible. Solo se podía pensar y decir lo que convenía al príncipe ó al obispo. Los cerebros, como el pie de ciertos orientales, estaban deformados bajo un corsé de prohibiciones. Después vino la filosofía y la tolerancia... El mundo se transformó completamente. Todas las libertades se consa-

graron en teoría. Pero la Idea no hizo más que cambiar de cadena. Para manifestarse por escrito, tuvo que recurrir al editor, al gerente de periódico, al empresario de teatro, que solo consienten — con honrosas excepciones — en ponerla en circulación cuando se limita á repetir lo que estamos acostumbrados á escuchar diariamente.

Pero todo pensamiento avanzado, toda doctrina original, toda forma literaria nueva, están condenadas al silencio. Retenidos por el miedo ó por la rutina, los vulgarizadores indicados le cierran implacablemente las puertas. De ahí que la libertad del pensamiento sea hoy una de tantas libertades teóricas, que el código acuerda pero que las circunstancias dificultan. ¿Cómo creer en la independencia de una fuerza que, para manifestarse, tiene que solicitar el auxilio de otra? El Dinero niega ó concede su protección. Y todo su esfuerzo tiende á domesticar la Idea, sustituyendo á sus ímpetus ingenuos, un ancho uniforme gris de mediocridad resignada.

Naturalmente, la nueva tiranía caerá, como todas las tiranías. Pero ciertas formas y costumbres están atornilladas de tal modo, que solo irán desapareciendo por desgaste. Difícil será que pase el hombre sin transición del encerramiento actual á los grandes horizontes que se le ofrecen. Y durante muchos años asistiremos aún á ese duelo formidable entre dos colosos: el Dinero y la Idea, Diógenes y Creso.

Septiembre 2 de 19**

Hoy me han contado la historia de un matrimonio anglo-sajón que, empujado por el deseo de medrar, emprendió un viaje á Cuba, llevando consigo á un niño de pocos años que perpetuaba el gesto de la raza. Como lo exigía la industria, se instalaron en el país por largo tiempo. Allí tuvieron otro hijo, que tomó del aire y de la savia de la región otro carácter y otra fisonomía...

Los dos hermanos crecieron indiferentes y hostiles. El niño de cabellos amarillos, que era trabajador y duro, odiaba al de cabellos castaños, que era perezoso y muelle. Los padres reconocían su sangre en el primero y agobiaban al segundo con su desdén... Pasaron quince años... El « cubano » continuaba siendo un extranjero para la familia. Hasta que, en un día de exasperación, le reprocharon duramente su carácter... Entonces el hijo repudiado dejó escapar lo que le ahogaba desde hacía tiempo.

— No tengo nada de común contigo, — había dicho el padre.

El contestó :

— Déjame en el Trópico ; vuelve á tus hielos...

Y en las dos miradas que se cruzaron, había la constatación de un imposible.

Septiembre 3 de 19**

Día llegará en que los procedimientos estarán tan generalizados y las pequeñas artes del escri-

tor tan difundidas, que cualquier curioso podrá reconstruír la labor y la gestación de la frase, descoyuntándola y haciendo el proceso de cada uno de sus componentes. Tomando como punto de partida las condiciones morales y el temperamento del autor, se alcanzará á desentrañar y precisar las fluctuaciones y las perplejidades que han detenido al pensamiento durante su actividad, las reformas y correcciones que lo han modificado y lo que ha quedado por decir, letra por letra, con todos los matices. Será algo así como un cinematógrafo, donde aparecerán todas las raspaduras que han precedido á la versión definitiva, y donde se superpondrán todos los bocetos y todas las rectificaciones, poniendo á descubierto las hipocresías, las generosidades ó los sacrificios que han detenido ó empujado la pluma, en esa batalla decisiva que libra el escritor brazo á brazo con cada frase.

Septiembre 14 de 19**

Los fanáticos que se niegan obstinadamente á reconocer el esplendor de la civilización pagana, olvidan que el catolicismo se ha apresurado á enriquecer sus museos con las antiguas obras de arte. En las salas inmensas del Vaticano, se amontonan los mármoles viejos como un botín de guerra en el palacio de un conquistador...

Catón, Bruto, Augusto, César, y cien romanos más, obseden al extranjero. Y en el silencio de las galerías largas, diríase que murmuran, se conciertan y conspiran, como prisioneros que

preparan una evasión. Algunos parecen acechar al visitante, tratando de descubrir en él un cómplice... (Quizá es él también un prisionero que ambula...) Y le siguen con los ojos, esperando la palabra que debe protestar por ellos que no pueden abrir la boca...

Puede que la Roma antigua se haga más grande á medida que nos alejamos de ella, como el gigante tradicional. Puede que le prestemos nosotros mucho de su esplendor, colocando en ella todas las maravillas de nuestros sueños. Pero, ¿no es acaso razonable emplear los entreactos de la acción en componernos un hueco de ideal para acurrucarnos en él, lastimados como estamos por la aridez del presente?...

Septiembre 20 de 19**

La vida es el flujo y reflujo de muchas muertes. Si alguien preside la lucha entre el día y la noche, entre las tinieblas y el sol, es el eterno Sísifo de la Naturaleza... El alma tiene también, como el mundo, sus guerras de luz y de sombra, de esperanza y de desaliento. Es más, tiene paisajes y estaciones que se suceden, en un eterno ir y volver de sonrisas y de lágrimas. ¿Quién, al refugiarse dentro de sí mismo, no se ha comparado á veces con esos árboles podados que, en el fondo de todas las decoraciones del otoño, se agobian y extienden los troncos gruesos, en una crispadura de impotencia, mientras ven deslizar sobre la superficie del río las hojas amarillas, secas y rotas, que van, — van, — flotando sin

rumbo, en una peregrinación sin fin? ¿Y quién no ha visto reverdecer los troncos añosos, que sacuden al viento las cabelleras desordenadas, — en una tregua — aguardando la nueva cosecha de angustias? Si las ambiciones son rocas sombrías desde las cuales arenga un temperamento, las esperanzas son rosales, donde nacen y mueren las flores fatalmente; — en lucha con su destino. Y este borbotar de sentimientos é ilusiones, se prolonga y se perpetúa hasta que el corazón, desfalleciente, cae en el hondo desamparo de esos cementerios de provincia, dormidos en su soledad, á la sombra de recuerdos fríos, que huyen á medida que el tiempo pasa...

Septiembre 22 de 19**

Durante una rápida excursion á Méjico, tuve hace años una ocasión de comparar las dos Américas. Después de cuatro meses de estancia en New-York y en Chicago, ensordecido por el fragor de las fábricas y anemiado por el egoísmo de un pueblo de mercaderes, me vino la humorada de pisar tierra latina... Y entré como en un jardín de ingenuidades. Todavía me parece sentir la sensación de frescura que me sobrecogió así que, pasada la frontera, me interné en esas comarcas privilegiadas que suben de Zacatecas á Méjico y descienden de Méjico á Vera-Cruz en una apoteósis de maravillas virginales... Mientras el tren corría por escalones de montañas, bordeando precipicios cubiertos de maleza salvaje, pensaba yo en las diversas concepciones

de la vida que empujan á unos pueblos á devorar savia, en una actividad vertiginosa, y reserva para otros el secreto de la existencia fácil en un clima cálido, donde la naturaleza ofrece todos sus frutos, sin que nadie la violente, como una bacante que se entrega. En las ciudades no era ya el salir tumultuoso de los empleados de oficina, ni el estrépido de los ferrocarriles que pasan silbando á la altura de las casas, sino la muelle y lujuriosa vida española con todo su encanto y su placidez... Largos paseos por las calles llenas de sol, conversaciones bajo el techo verde de los árboles en las plazas floridas, y excursiones á la montaña más próxima por caminos irregulares y tortuosos, donde todo es bello porque la naturaleza ha sido respetada... Y á la hora del crepúsculo, cuando los almacenes se incendiaban de luz y los carruajes volvían del Bosque por las calles estrechas de la vieja ciudad colonial, reflorecía el encanto del aperitivo absorbido á pequeños sorbos en el café ahogado de sombra, desde el cual se veía pasar el lujo de los pobres de espíritu...

Septiembre 26 de 19**

Nada más grotesco que esos moralistas intratables que declaman y se encrespan porque en un libro hay personajes criminales, olvidando que los criminales solo son víctimas del estado social presente. Gorki sería, según ellos, el escritor más inmoral entre los que existen... ¿Porqué? Porque no aplaude la hipócrita habilidad

de los mercaderes que especulan sobre la miseria; porque no ensalza la coalición de los fuertes contra los débiles; porque no desprecia á la mujer caída, al que robó un pan, al bastardo, al mendigo; porque no disculpa los cohechos de la comunidad... Todo escritor honrado tendrá que ser un escritor inmoral, mientras la moralidad consista en disimular y esconder los crímenes colectivos.

Septiembre 27 de 19**

Hay hombres que son en la vida como pirámides que el tiempo pone de largo en largo para marcar la ruta intelectual de la humanidad. As como en los continentes hay montañas desde los cuales se abarca una gran extensión, hay en la historia cerebros desde los cuales se domina una época. Dante, Shakespeare, Hugo... Zola.

Por sobre la chata uniformidad de las mayorías que repiten y sancionan con atraso el estado mental del gran hombre que desapareció, surgen atrevidas cúspides nuevas contra las cuales blasfema á veces la muchedumbre, pero que al cabo de los años resultan ser la base de una transformación, el elemento de una modalidad, el origen de un ciclo.

Navegantes del porvenir, guías de la horda, dominan con su estatura y con su voz el hormigueo de diez generaciones y, cubiertos de sol y de lodo, avanzan resueltamente por el llano mientras gesticulan, amedrentados ó soeces, en el límite obscuro, los pequeños.

Son fuerzas de la creación, elementos de la vida, brazos de lo desconocido que abren paso al tropel maravillado y atónito.

Sus grandes siluetas macizas se recortan sobre la claridad del horizonte azul. Sus pies tocan la tierra, pero sus frentes se rozan con el cielo. Sus grandes espaldas cuadradas de constructores de ideal abarcan la mitad del mediodía. Y vistos de lejos, desde la mediocridad que borbolla, causan asombro y pavor porque son monstruos devoradores de infinito que llevan á remolque una época, un pensamiento, una humanidad retardarias.

La hostilidad y las prevenciones con que les ciñe el medio, la atmósfera de desconfianza y de insulto que les cerca, solo prueban la desproporción entre el cerebro del siglo y los miembros torpes é irresolutos que se consternan ante la fuerza intelectual, sin acertar á saber si deben resistirse ú obedecerle.

Las fluctuaciones de la opinión, sus desfallecimientos y sus entusiasmos, sus cóleras y sus desvíos, demuestran ora la fatiga de los débiles, cuyo cerebro se aturde y pierde rumbo en la vertiginosa carrera hacia los límites, ora la intermitente y desesperada energía de esos mismos rezagados que se levantan y espolean su voluntad para acercarse al héroe.

Pero á pesar de cuanto haga el coloso para ajustar su paso al paso de la prole, y á pesar de cuanto esfuerce la muchedumbre para alcanzar al guía, siempre habrá entre ellos el hueco de un siglo, que parec ser la distancia invariable

que separa á la humanidad de los exploradores que la conducen.

¡ Triste condición la del águila y la del genio ! La misma ley que les permite subir muy alto, les condena á vivir en la soledad. La embriaguez de la atmósfera, la fiebre de la audacia, no les impide medir á veces el espacio que les aisla del resto de la creación. Y ambos son reyes hastiados que cumplen resignadamente su papel, sujetos á una fatalidad que ignoran.

Mientras viven, son las víctimas, los atormentados del medio. Sus vastas concepciones, sus gestos anchos, desentonan en la monotonía gris de la vulgaridad que les rodea. Sus actitudes levantan remolinos de susceptibilidades y odios. La masa se siente molestada por la fuerza de aquel gigante, humillada por la robustez de aquel atleta. Y el « hombre normal », el lamentable producto de la impotencia y la cobardía, se encrespa, ataca y persigue al pensador ciclópeo que rompe al andar la bóveda de tradición bajo la cual dormita la tentativa frustrada de humanidad que cubre la redondez de la tierra.

La vida del hombre de genio es un calvario. Cada página suya es una lágrima. Su sensibilidad refinada y suprema le hace sentir con incomparable intensidad todas las ofensas y los golpes. La pesadez de los gestos que vé en torno suyo, la aspereza de las palabras que oye, y sobre todo la triste aridez que encuentra en los corazones, le sumen en un desconsuelo mortal que le amarga la existencia. Porque el hombre de genio es fatalmente generoso y altruísta. Su

deseo sería desparramar sobre todos el tesoro de sensibilidad que le ahoga, su ensueño sería levantar el nivel moral de las gentes para poder discurrir con ellas, mirándolas en los ojos. Y al comprender que es imposible, que hay abismos mentales entre él y los demás, al verse desgarrado y torturado por la envidia, la mezquindad y la calumnia, acaba por aislarse para dialogar tristemente con el pájaro azul que lleva en el corazón.

Ese aislamiento que la muchedumbre ha hecho fatal con sus palabras y sus actos, le es reprochado después como un crimen. Le acusan de orgullo, porque no se resigna á ser bajo y trivial, porque no se pone al diapasón de lo que le rodea. Primero le reprochan su originalidad, después su suficiencia, después sus costumbres, y por fin su acción. En el fondo, lo que á todos trae descontentos, es su genio. La pobre y deficiente mentalidad de los que le miran desde abajo, su retuerce y se tortura buscando pretextos para traducir de una manera confesable su odio contra la montaña que á cada instante le recuerda su pequeñez. La suposición y el comentario acaban de ponerle al margen de la sociedad. Y resulta al fin para la mayoría un ser intermedio entre el cantor ambulante y el acróbata, un individuo deforme que todos miran desde lejos con una curiosidad despreciativa, llenos de la suficiencia, llenos del orgullo de su mediocridad. El que debió ser salvador y profeta, el que debió guiar á los hombres como un padre para llevarlos al porvenir, solo ocupa

un lugar subalterno donde vegeta aislado, en un monólogo que dura lo que una vida. Es la historia de todos los grandes hombres. Ninguno ha pasado por el mundo sin que le hiera el dolor en alguna de sus formas. Son al propio tiempo las víctimas y los benefactores de la humanidad. Por cada flor que siembran, recogen una espina. Y pasan por el tiempo, agobiados bajo su ideal, entre el clamoreo hostil de los que se llaman « la opinión ».

Cuando mueren, parece que la ciudad, la nación en que vivieron, deja escapar como un suspiro de alivio al sentirse otra vez « en familia », lejos de la vigilancia y la censura del ojo clarovidente que los aquilataba. Hay seres que son demasiado voluminosos para su época. Gravitan sobre las espaldas de sus contemporáneos como un mundo. Pesan con la admiración que provocan, pesan con el disimulo que imponen á los que fingen despreciarlos. Pero de todos modos reinan sobre la conciencia contemporánea, dominan en las conversaciones, aparecen en cada encrucijada de la vida, se filtran por las rendijas del desdén y acaban por ser los reyes intelectuales de su tiempo. Cuando ese autócrata moral, que ha cimentado su poderío á pesar de todos los ataques cae el fin, vencido por las cosas ó por la vida, la mediocridad humillada se despereza y sonrie... Ya no queda más que la memoria, es decir, algo incorpóreo que se puede respetar, sin susceptibilidad, sin molestia para el amor propio. El hombre se resigna fácilmente á convenir en que alguien *tuvo* un enorme ta-

lento, pero nunca á confesar que alguien lo *tiene*. Parece que, colocando el fenómeno en el pasado, cree poner á cubierto su orgullo personal. ¡ Miserias inherentes á la obscuridad en que nos arrastramos !

Sin embargo, el odio ó la desconfianza persisten en algunos, aún después de la tumba. Hay murciélagos de las reputaciones que se encarnizan sobre el cadáver y lo destrozan con tanta más saña cuanto que la acción es más impune. Sus almas feroces de animales de rapiña gozan oyendo crujir la carne fresca entre los dientes. Arrojan sobre el muerto la infamia de que tienen el alma llena. Se creen sus iguales porque le insultan. Se imaginan sus émulos porque le desprecian. ¡ Triste manera de acortar las distancias, tratando de nivelar en la ignominia !

¡ Y es ley inevitable ! Los prestigiosos héroes que plantan su nombre en un siglo como una bandera de conquista, tienen que avanzar entre el tumulto de imprecaciones de la muchedumbre asombrada. Y el mismo dolor, la misma angustia que les oprime ante la injusta hostilidad de los pueblos, es quizá el acicate poderoso que necesitan para construír sus vastas catedrales de ideas y labrar al propio tiempo su pedestal.

Septiembre 28 de 19**

Cuando me llegó la noticia de la muerte de Emilio Zola, me resistí á aceptar su autenticidad. Me parecía imposible que el coloso hubiera sido derribado por la muerte. Hay personalidades que

forman parte integrante de la ciudad y de la vida, como un monumento, como una montaña. Nos hemos acostumbrado de tal suerte á la idea de que existen, estamos tan penetrados de su espíritu, de su fuerza, de su irradiación, que nos parece imposible que desaparezcan. Si nos dicen un día que *Notre-Dame* ó el Panteón han sido destrozados por un cataclismo, nuestro primer movimiento es para negar la posibilidad de la catástrofe. ¿Cómo ha podido morir lo principal de la ciudad, sin que sintamos la sacudida? Y de tal suerte se solidariza el hombre con lo que le rodea, con lo que atrae sus miradas, que le parece que si aquello sucumbe debe desmoronarse todo.

Pasado el estupor de aquel primer minuto, me lancé á las calles, creyendo que la ciudad toda debía estar revolucionada por la espantosa nueva.

Era una tarde lluviosa de otoño. Los árboles escuetos levantaban en las avenidas sus troncos sin hojas. El cielo parecía una gran bocanada de humo. Los transeúntes atravesaban apresuradamente las encrucijadas con un gesto friolento... Pero nada indicaba en las fisonomías los rastros de un duelo nacional, de una emoción común. Las gentes hormigueaban en las calles como de costumbre, removiendo sus pequeños intereses particulares, empujando sus negocios, renovando la monótona ebullición de las vidas pequeñas. Primero se me ocurrió que nadie sabía la noticia. No era posible que la ciudad continuara funcionando, si se había detenido ese re-

sorte gigantesco. Pero muy pronto comprendí mi error. Por las conversaciones sorprendidas al vuelo, al pasar, entre el oleaje de los grupos, caí en la cuenta de que se comentaba indiferentemente la noticia. Entonces me vino una cólera poderosa y brusca contra la población, contra el tiempo, contra el ser humano, que, fríos, inmóviles, huecos, asistían á la extinción de la fuerza formidable que preparó el « mañana ».

Los diarios nacionalistas anunciaban el suceso de una manera salvaje y absurda : « *Un fait-divers naturaliste : Zola asphyxié* ». Un *camelot* vendía en la esquina « el testamento de Zola, traidor á la patria, que lega los millones que recibió del extranjero al capitán Dreyfus.... » Y un olor de vergüenza me hizo volver la cara. Eso era la humanidad, eso era el mundo, eso era la vida. Luchar hasta el sacrificio, traer la palabra de redención, exprimirse el cerebro en favor de los demás, para que la turba ignorante escupa inconscientemente sobre el cadáver el odioso insulto que le enseñaron los malvados. ¿ Y ante esa inmensa injusticia cometida contra un hombre que lo había sacrificado todo por el bien común, el mundo seguía rodando, la creación permanecía muda, continuaba impasible el cielo ? ¿ Estamos condenados á agonizar eternamente en el error ? ¿ No hay regeneración posible ? Menguada y torpe prole, ¿ merecerás acaso tu destino ?

Septiembre 29 de 19**

Fué Zola el ariete más formidable de su época. Cada uno de sus macizos volúmenes era una mole monstruosa que rodaba desde la montaña hasta el valle difundiendo la confusión entre los malos. Cada página suya abría en la tradición grandes grietas por donde se filtraba después el bálsamo de la regeneración anunciada. Tenía su prosa reflejos de sable corvo que lo mismo sirve para el combate que para la labor benéfica de los campos. Y resonaba su voz con tan augusta serenidad sobre las tierras, que parecía brotar de la garganta de un ser extraño á nuestra vida.

Los *Rougon-Macquart* son el requisitorio más implacable y más severo contra la sociedad corrompida y venal que preparó la derrota de 1870. Todas esas páginas, que algunos han tachado de inmorales, porque presentan, con la cruda sinceridad de un hombre honrado, el cuadro lastimoso de las últimas palpitaciones de un régimen, encierran una lección moral decisiva que todos acabarán por comprender. No se complace Zola en exhibir las llagas y las podredumbres de un universo en descomposición con el fin de solazarse al removerlas y especular con la avidez malsana de ciertos lectores, sino con el propósito preconcebido y calculado de provocar un estremecimiento de horror y curar de ellas á los hombres mostrando la horrorosa profundidad de esos abismos. Las más bruscas escenas, los capítulos más rudos, tienen siempre como

epílogo ó moral de la romancesca fábula una enseñanza inapreciable para el que vé por encima de los detalles anecdóticos el encadenamiento y el origen de las cosas, la fuente del mal y el cauce del remedio. Solo haciendo prueba de un empecinamiento inexplicable, se puede sostener después de haber releído los más osados volúmenes del enorme poema, que Emilio Zola fué un escritor inmoral. Por sobre las torpezas y los crímenes de los degenerados y los enfermos que su pluma ciclópea hace brotar del tronco de una familia, en la autopsia de una época y de una sociedad, flota un soplo tan poderoso de altruísmo, de justicia, de verdad, de transformación deseada, que parece que junto al cieno de la realidad presente, se alza la realidad futura que el novelista construye en su deseo.

Y ese propósito se afirma, se robustece y estalla en las grandes obras posteriores que como « Las tres ciudades » ó « Los cuatro evangelios » se acercan más al presente ó avanzan más hacia el porvenir. De la cloaca de los Rougon, que sintetizan la bajeza y el oprobio de una colectividad enferma, comienza á surgir con los Froment la semilla de la transformación que debe convertir el pantano en un jardín lleno de flores. De la abyección presente sale la flecha luminosa hacia el porvenir. En *Lourdes*, en *Roma*, en *París*, fermenta el deseo y la ansiedad de una reforma vasta que ponga un poco más de azul en la vida. Y el hosco pintor de humanas podredumbres, el dantesco evocador de *L'Assommoir* y de *La Terre*, es también el alegre y sano

constructor de las ciudades ideales de mañana que en *Fécondité* y en *Travail* levantan hasta las nubes sus delicados minaretes de ensueño. Después de haber hurgado en la espantosa realidad de lo que nos rodea, sus ojos se vuelven hacia el punto del horizonte por donde debe salir el sol. Y sus páginas son explosiones de justicia, de mansedumbre, de sano amor. Desde los altos andamios de sus capítulos, nos sonríe la cara gozosa del constructor, reconciliado con la vida en el porvenir. Y su prosa es como un repiqueteo de campanas de usina nueva donde se cantan las glorias del trabajo redentor, y el encanto de la buena felicidad, en noble comunión con la naturaleza.

¿Cuál es el fondo filosófico de la obra de Zola? ¿Es pesimista? De ningún modo. Todo habla en sus libros de fuerza y de esperanza. Para convencerse, basta esta frase en que el genial novelista condensa su pensamiento: « La felicidad no está en la mentira y en la ignorancia. Está fuera de la ilusión, del ensueño vacío que enerva y desespera. La felicidad está en la aceptación valiente de la vida, que merece ser vivida por ella misma, y que debemos creer buena á pesar de todo. Está en la satisfacción del deber cumplido, en el trabajo bienhechor supremo que todo lo crea, que da la salud, que ordena y pacifica el universo, que es el gran consolador. ¡Qué importan las miserias y las abominaciones! » Zola ha sido el poeta épico del esfuerzo, de la labor tenaz, de la sana y vivificante acción. Y en estos tiempos de cobardía

universal y de universal mentira, en que cada cual se encierra en su egoísmo y se aisla en su cueva para rellenarse el corazón con páginas de Nietzsche, es más admirable y más asombrosa aún la figura de ese atleta que pasa sembrando altruísmo por el desierto arenoso de la vida.

Y no es que el apóstol ahogara en él al escritor. Su prosa matizada y audaz, llena de medias tintas y de ímpetus vigorosos, llena de descripciones deslumbrantes y de atrevidas síntesis, es un río caudaloso donde se refleja el cielo. Todas sus verdades nos las da envueltas en bellezas. Nadie ha manipulado como él las situaciones y los hechos, los personajes y las cosas, creando familias, dramas y catástrofes, levantando torres de ensueño, removiendo lo que existe, adivinando lo que puede existir, y dando vida á todo como Jove con el contacto de su mano. En párrafos de una potencia inverosímil, que son bloques de mármol cubiertos de rosas, ha analizado y ha expuesto el espíritu fundamental de dos épocas. En los *Rougon Macquart* el espanto del mundo en que vivimos, en los « Cuatro Evangelios » la religión del porvenir, la esperanza de regeneración. Y su gigantesca enciclopedia donde bulle toda la humanidad y todo el universo, quedará en la historia como un documento genial y probo que mostrará á las generaciones venideras lo que ha sido nuestra época de transición.

El estilo de Zola, á pesar de sus crudezas, á pesar de sus audacias de detalle, es un maravilloso kaleidoscopio por donde pasan todas las acti-

tudes y todos los matices de la vida, sin destruír la suprema unidad poética del libro. Porque el autor de las epopeyas célebres que han sido traducidas á todas las lenguas, era, aún en medio de sus más crudos arrebatos realistas, un poeta romántico enamorado de las nubes, un alma de niño sensible junto á un cerebro de forjador de humanidades. Sin adjetivos y sin galas superfluas, con el gesto solemne de un dios, abordaba los capítulos más enrevesados de su complicada tesis, y de su pluma brotaban las palabras y los pensamientos con una claridad de manantial. Nada más donoso que sus ágiles y conceptuosos párrafos que saltan como cabras ante los ojos del lector, á pesar del peso de ideas que llevan en los flancos. Y nada más grandioso que los horizontes que evocan en el espíritu esos capítulos babilónicos y tormentosos que juntan al acre olor de la vida y á la áspera realidad de las cosas, no sé que penacho quimérico de caballeros andantes del ideal.

La obra del sólido constructor que acaba de morir quedará en los tiempos como una grandiosa síntesis de la vida contemporánea. Los años le añadirán prestigio. Las nuevas generaciones irán á beber en ella enseñanza y vigor para las luchas próximas. Y el clarovidente espíritu de Zola será un guía seguro para todos los navegantes.

Junto al escritor, se alza el ciudadano. No es posible olvidar la actitud del héroe del asunto Dreyfus. Cuando toda la coalición de las fuerzas del pasado se ensañaba contra una víctima,

cuando el rigor de los prejuicios y las supersticiones caía de lleno sobre la cabeza de un inocente que gemía en una lejana cárcel purgando un crimen que no había cometido, Zola fué el osado y majestuoso Quijote que se abrió paso entre jauría, interpeló á los verdugos, fulminó á los déspotas y cubrió con su cuerpo el cuerpo del acusado. Su silueta inmensa dominó el entrevero del formidable debate que agitó tantas pasiones y retuvo la atención del mundo... Pero ¿ para qué recordar lo que nadie ha olvidado lo que está presente y vibrante aún en la memoria de todos? El proceso Dreyfus, la batalla pavorosa á que dió lugar una imperdonable injusticia inicial mal reparada después por una ley de perdón que nada resuelve, no ha terminado aún, á pesar de cuanto afirmen los conciliadores de la política. Todo el limo que removió Zola con su poderoso remo, no ha sido sacado del estanque, y el agua no volverá á ser clara mientras duerma esa podredumbre en el fondo.

Cuando la razón se abra definitivamente paso y se reanude la inevitable lucha por la verdad, la figura del gran ciudadano se alzará en todas las conciencias. Porque ese ejemplo es inolvidable. Pocos hombres cubiertos como él de gloria, de riqueza y de consideración se resuelven á sacrificarlo todo en aras de una verdad, de una justicia, de un derecho que el egoísmo reinante y la indiferencia ambiente consideran casi como palabras. Esa nobleza de carácter, esa honradez fundamental que le hizo subordinar su

felicidad al bien ajeno, es el rasgo que mejor pinta á ese guerrero de las letras, cuya vida fué un combate incesante contra la mediocridad, la costumbre y el error.

Los diarios antisemitas y patrioteros han arrojado ahora sobre su cadáver un aluvión de injurias. Uno dice « que ha sido necesaria la muerte para recordar al público ese nombre de Zola que se hundía todos los días un poco más en las tinieblas del olvido ». Otro añade que : « parece que Zola se dió cuenta al fin del horror que inspiraba á todo el que tenía un corazón francés. Poco á poco se retiró de la batalla, y el público, que se alejó de él, no leía las elucubraciones fastidiosas, pretenciosas é interminables que publicaba bajo el título de novelas ».

Y otro corrobora que « debemos esperar que los odios que suscitó desaparecerán con él y que la tumba encerrará para siempre el cuerpo de Zola y los últimos vestigios del asunto Dreyfus : será el primer servicio que habrá prestado á su país ». ¡ Pequeñas miserias humanas ! Siempre encuentran los grandes hombres la principal resistencia en su propia nación. Parece que la tierra en que nacieron, lejos de agradecer la gloria que ese hijo le procura, rechaza el valioso presente y se ensaña contra el triunfador.

Pero si cierta categoría de franceses, una minoría apasionada, niega á Emilio Zola su pedestal y sus méritos, el conjunto del país y el mundo todo saludan en él al gran pensador que comparte con Hugo el imperio del siglo. Y ante ese

cadáver glorioso que atravesará mañana las calles de París entre el respeto y las lágrimas de millares de partidarios y de amigos, el universo se descubre, porque Zola fué el grito del porvenir, la primera claridad del alba de fraternidad social y de justicia.

Septiembre 30 de 19**

En la tristeza del crepúsculo, bajo la lluvia que cae en hilos delgados sobre las aceras, mientras vago por la ciudad febril que apura las últimas palpitaciones de su labor diaria, me parece que la silueta de Zola se alza por sobre los edificios y que se agranda indefinidamente, hasta abrigar toda la población bajo la cúpula de su cerebro. Los barrios que ha descrito, las casas en que vivió, guardan algo de su alma poderosa. Esa avenida de Clichy por donde ha bajado tantas veces, en sus primeros tiempos de celebridad, después de publicados los *Contes à Ninon*, se presenta hoy más populosa y más alegre que nunca, como si los habitantes del barrio en que concibió el gran hombre la primer idea de los *Rougon-Macquart*, ignorasen completamente la desaparición de aquel antiguo vecino. Pero ciertos hombres viven entre nosotros, aún después de su muerte. Su espíritu continúa bregando en todas las luchas. Y más tarde ó más temprano acaba por imponerse y triunfar. Son á veces los héroes que renacen de sus cenizas, después de largo tiempo, cuando florece el porvenir...

Septiembre, 30 de 19**

Como una enorme serpiente formada con hormigas, el cortejo de sabios, de escritores, de artesanos, de mujeres y de niños comenzó á subir la cuesta empinada, desde el centro de la ciudad hasta el arrabal lejano, escurriéndose entre las dos hileras de casas, cuyos balcones desbordaban de curiosos. Por sobre el mar de sombreros obscuros, surgían y resaltaban las coronas rojas que conducían los grupos revolucionarios. Un gran silencio envolvía á aquella multitud en marcha. Ni un grito, ni una voz... Solo de largo en largo, cuando un brusco remolino la crispaba, se levantaba de ella un rumor sordo, como el ruído de un mar... La policía la rodeaba y la ceñía como un anillo de voluntad en los límites estrechos del bulevar, amontonando á las gentes las unas sobre las otras para impedir que inundaran las calles adyacentes. ¿ Hacia donde se encaminaba esa columna de silencio y de dolor ? Se hubiera dicho que hacia la gloria, capitaneada por un cadáver. Era el entierro de Zola.

Octubre 1° de 19**

¿ Por qué curiosa serie de razonamientos me he acordado de Rodin, á propósito de ese pobre escultor que se llamó Germán Pilon ?... Pilon, artista oficial, autor de la tumba de tres reyes y del busto de cuatro duques, fué, en el siglo XVI, — porque los tiempos han cambiado sin dejar de ser los mismos, — lo que ha sido hasta

hace poco Falguière. Francisco I elegía á sus preferidos casi tan á tientas como los potentados del día: era un Mecenas de más corazón que buen gusto. Y el nombre de Falguière, evoca naturalmente el de Rodin, como antítesis. El *Balzac* intenta una revolución en la escultura; — una revolución un tanto reaccionaria. El arte macizo y simbólico de los egipcios, ese arte extraño que abre una nueva concepción de las cosas, agigantándolas con perfiles de misterio, asoma en la obra de Rodin, discretamente modernizado y corregido de sus antiguas asperezas. La solemne grandiosidad del sarcófago de Ramsès, el recorte de los ojos en las figuras de los bajo-relieves, y el empuje grandioso, la enormidad calculada de tantos bloques, prueban que los egipcios empujaban más allá del universo visible y trataban de dar forma al pensamiento.

Cuando se observa la naturaleza, no basta ver lo que se vé; es necesario ver lo que no se vé. Los admiradores de Goujon, Couton, Rude, Bernini y otros mediocres de la escuela florentina y sus similares, no conciben que un héroe oficial pueda dormir en el mármol su borrachera de inmortalidad, sin que un ángel, desnudo ó vestido, se apoye sobre sus espaldas agitando el clásico ramo de laurel. Exijen los símbolos consagrados (la columna tronchada, el libro abierto, la mujer que llora...) y no consienten que un escultor renuncie al rasgo exterior y convencional para abrir el pecho de su estatua y meterle un alma, como un manojo de estopa encendida. Rodin es el único heredero de Buona-

rroti. Esa manera de indicar vagamente los perfiles para hacerlos resaltar, sacrificando los detalles á la expresión del conjunto, simbolizando, y haciendo el *moulage* del « más allá », recuerda la maravillosa maestría de procedimiento del autor de *Los Esclavos*... Hay escultores que se encarnizan con una cabellera y dibujan los hilos uno á uno, haciéndose un mérito de la minuciosa exactitud ; — otros dominan el conjunto y en cuatro picotazos de cincel simbolizan el espanto de los infiernos interiores.

Octubre 4 de 19**

Las verdades que predican los apóstoles de hoy (verdades que son un medio de libertarse y substituír el hombre á la bestia), se habrán convertido quizá dentro de algunos siglos en superstición común, tan difícil de conmover como la que hoy domina. Las gentes dormirán á su sombra, para evitar la tarea de seguir pensando. En la mayoría de las conciencias, sólo se habrá conseguido substituír un dogma por otro... La verdad es inaccesible, porque el hombre, ó la supone á su imagen ó la construye con trozos de la mentira que derribó. De ahí la lentitud de las evoluciones. Las edades, amontonadas las unas sobre las otras, en un hacinamiento monstruoso, han formado con sus muertos la montaña de experiencia desde lo alto de la cual dominamos hoy el horizonte. Pero no hay que olvidar que á nuestra vez tendremos que caer para aumentar la altura y dejar que otros vean más lejos.

Octubre 7 de 19**

El sistema de malquerencias que separa á los grupos y á las personalidades artísticas, aislándolas, impidiéndoles desarrollar todo su esfuerzo, y comprometiendo el triunfo de muchas ideas avanzadas, es el palo enjabonado de las Bellas Artes. Nadie puede elevarse contra la autonomía individual ; es más, todos debemos tratar de desarrollarla en lo posible ; pero de ahí á levantar muros infranqueables entre talentos que tienden al mismo fin y á encerrar á los artistas en castillos almenados, hay una distancia inmensa. Aparte de las pequeñas excomuniones tan comunes en nuestras diminutas capillas seccionales, hay luchas sordas, odios invencibles, y enemistades profundas, que no pierden ocasión de morder. ¿ Cuándo conseguiremos sacrificar á la grandeza del arte, las pequeñas debilidades del amor propio ?

Octubre 17 de 19**

A veces, en mis correrías interiores, me pregunto por qué razón las articulaciones de las piernas de los volátiles juegan á la inversa de las nuestras. Si un hombre las tuviera así, ¿ hasta donde galoparían nuestras risas ?... Sin embargo, nos parecen naturales en la paloma ó el pavo real. Contradicción y misterio. El hombre no somete las cosas á la razón, sino á la costumbre. Rie de todo lo que no se ajusta á su idea preconcebida. Le parece lógico que el

elefante tenga una larga trompa, pero se maravilla de ver un perro con el hocico más largo que los demás. Su criterio enmohecido, le lleva á no admitir como posible nada que no esté comprendido en la noción mezquina y estrecha que se ha formado de la vida. Todo lo que no coincide con alguna de sus fotografías del pasado, es ridículo á no existe.

Octubre 26 de 19**

En la juventud, las ideas hechas no son más que un elemento de ideas futuras, y solo podrá ver de una manera particular una cosa, quien haya realizado el esfuerzo de comprender las ideas de todos sobre todo. En el fondo, la teoría de los reformadores de que se ocupan las últimas revistas, no tiene nada de sorprendente. Es una reacción sin retroceso. El retorno de una cosa que vuelve á caer, lógica y naturalmente, á su terreno de vida. El artista está condenado á servirse para sus creaciones de las cosas terrestres ó, mejor dicho, existentes; su talento solo consiste en combinarlas y en *verlas*. No hay más materiales de arte que los que nos brinda la creación. El poeta de fantasía más rica, no conseguirá crear nunca un elemento nuevo, un ser aún no conocido, ó una pasión inédita. Todo el fondo, toda la parte carnal, por decirlo así, de su obra, existe ya; él no hace más que vestir y combinar, añadiendo su concepción particular de la vida, sus empujes personales y su estilo. Es innegable que, siendo así, la forma y el alma de las obras, deben corresponder, para for-

mar un todo armónico, con la *sinceridad* de la materia que les sirve de base. La idea predominante de la nueva escuela es, torturando el sentido de una palabra porque no existe otra, una tentativa de *humanización* del arte. Es decir, un ensayo para refrenar un tanto la exageración de los que; deformando un detalle, bueno en sí, hasta hacerlo odioso, se fortifican, bajo el nombre de originalidad y extrañeza, en una isla inabordable. Sostienen los reformadores que, sin abandonar el estudio del ser humano, deben los artistas prestar atención al cuadro en que evolucionan y hacer, de lo que generalmente es un fondo borroso y sin importancia, un personaje que obre y palpite bajo el nombre de *Naturaleza*. Y es evidente que están en lo cierto, porque hay lazos tan misteriosos entre el hombre y el medio en que se agita, que no es difícil encontrar concordancias é influencias, que tienen por teatro la imaginación, pero que parecen existir vivas en las cosas inanimadas.

Octubre 29 de 19**

Nada más peligroso que ceder á la quimera de « hacer verdad » ó abandonarse al lugar común de « desdeñar al vulgo ». (El « vulgo » son los semi-intelectuales, que no tienen talento aunque tengan ilustración, como ciertos ríos no tienen agua aunque tienen puentes). El artista debe ver pasar la vida y callar, como un juez.

Sin embargo, los que viven más con el corazón que con la cabeza, se dejan llevar á menudo

por el entusiasmo... « Que otros duerman la muerte de los que no tienen opinión, dicen acercándose á la panoplia, la pluma solo debe esgrimirse para defender ó para herir, como la espada... »

Al hablar así, ignoran que solo repiten reminiscencias de viejos dramas españoles. Las grandes fuerzas vencen á menudo con la abstención.

Noviembre 2 de 19**

¿Qué queda de aquellos paisajes resplandecientes entrevistos al abordar la juventud?... Los colores se han desteñido, fundiéndose en un tono gris de melancolía, en un crepúsculo que debe prolongarse hasta la muerte... Si no hubiese un consuelo en la esperanza de lo que el mundo puede ser en el futuro, sería muy difícil vivir...

Noviembre 5 de 19**

Versos á una muñeca:

Si tienes mejor sentido
Que muchas otras mujeres,
¿Porqué llevas el vestido
Prendido con alfileres?

Y, siendo la más hermosa,
¿Porqué razón te imaginas
Que no podrías ser rosa
Si no tuvieras espinas?

Tus grandes ojos de engaño
Ya te han debido decir
Que tú, para hacernos daño,
No necesitas herir.

Y si sin herir nos hieres,
¿Por qué en envolver te obstinas
Tu cuerpo en los alfileres
Como una rosa en espinas?

¿Por qué nos vedas lo bello
Y erizas como un bastión
La cinta roja del cuello
Y el lazo del cinturón?

¿Por qué razón has querido
Que tu galante travieso
Contenga siempre un gemido
Después de robarte un beso?

¿Por ventura te se antoja
Que saben hablar mejor
Las gotas de sangre roja
Que nuestras frases de amor?

¿O acaso esos aguijones
Con que sueles arañar
Son centinelas que pones
Para impedirte pecar?

Ya que la sangre derramas,
Te buscaré una querella;
Si eres bella, ¿por qué no amas?
Si no amas, ¿por qué eres bella?

Cuando palpita el corpiño
Y está muy roja la boca,
Viene el amor que es un niño
Que embellece lo que toca...

Negarte al beso sería
Pecado tan indebido,
Que no te perdonaría,
Por más que hicieras, Cupido.

Y puesto que sabes que eres
Entre todas la mejor,
Arroja tus alfileres
Y empuña el cetro de amor.

Noviembre 9 de 19**

Las muñecas se van como vinieron... Y al día siguiente ya no nos acordamos de ellas... porque las muñecas no tienen alma...

« ... *Elles vont, vont, vont...*
Les petites marionnettes,
Font un tour, et puis s'en vont... »

Son cien, son mil y todas renuevan el mismo tipo... ¿Qué nos importa que huyan y se desvanezcan, si no trajeron ni se llevaron nada? En el sonambulismo de las vidas, se amontonan esas siluetas fugaces que nos deslumbran un minuto y se extinguen... Todas confirman la identidad del mismo perfil, á pesar de los nombres que disuenan... Y en el fondo del recuerdo, forman una multitud anónima y borrada que no evocamos nunca.

Noviembre 12 de 19**

Una niebla espesa y gris flota sobre la ciudad. Los fiacres, con sus linternas amarillas veladas por el vaho, se deslizan sin ruído, como sobre algodones, en una atmósfera de humo. Los guardias, cubiertos de nieve, levantan en las avenidas sus antorchas rojas. Y á la claridad de los mecheros de gas que ponen lenguas de luz opaca en la bruma, se enroscan y se desenroscan las siluetas de los transeúntes, como fantasmas de misterio, á lo largo de los muros mojados.

En la plaza de la Opera, al volver la esquina del bulevar, me encuentro con un personaje de

novela de quien he hablado alguna vez. Laviet fué el filósofo y el bohemio incorregible de cierta narración que corre impresa. Pero ha cambiado completamente... Cree seguir viviendo de la casualidad, y ha acabado por vivir de sus vicios. Sus amistades forman un lodazal de almas. De abandono en abandono, ha perdido toda su aureola de artista. Acepta comisiones desdorosas y pasa por ser el guía confidencial de los extranjeros que desean conocer París, y especialmente de las colonias de Sud-Americanos que acuden á la gran ciudad con el fin de derrochar una juventud y una fortuna.

Quizá ha sido la bruma, quizá esta pesadilla de sombra que dá á la población un aspecto vago de necrópolis, pero me ha parecido un espectro. Me habló del café donde nos encontramos media docena de veces, del barrio en que hizo célebre su locura, de la vida turbulenta y desigual del grupo de estudiantes que le reconocía por jefe, pero tenía los ojos tan opacos, los labios tan desteñidos, las mejillas tan pálidas y la voz tan sin color y tan muerta, que me pareció que no era el mismo. Comprendí que aquel hombre estaba en contradicción con la vida, con las cosas y con su propio deseo. Sobrevivía á su desastre... Su cadáver le pesaba sobre los hombros...

...La bruma seguía cayendo sobre la ciudad, como una obsesión... Los fiacres se deslizaban lentamente, con sus linternas amarillas veladas por el vaho... Le saludé sin encontrar nada que decir, y me alejé en seguida, con la sensación de que acababa de enterrar á un amigo...

Noviembre 17 de 19**

Divagaciones de arte:

Ribera es el pintor español más perfecto, Velázquez el más genial y Murillo el más brillante. El sistema de Murillo parece consistir en la prolongación de dos miradas que acaban por iluminar la tela; el de Velázquez en la oposición de las sombras; y el de Ribera en la « concavidad del fondo », de suerte que la mitad del personaje se vé y la otra se adivina. ¿ Por qué extraña fatalidad reunió Zurbarán los defectos de los tres, sin alcanzar ninguna de las cualidades?

Zurbarán me hace pensar en Boucher, que como su contemporáneo Notoire, preparó su desastre con su precipitación. El deseo de la vana gloria le hizo nacer antes de tiempo; y quedará en la historia del arte al lado de Lesueur, Poussin y Lebrun, los tres Góngoras de la Alegoría...

...Hay confusiones mortales en la pintura. En el palacio Durazzo, en Génova, está el retrato de un rey que sonríe vaga é indefiniblemente. A pocos metros de distancia, en el palacio Bianco, está el retrato del mismo monarca, con el mismo traje, fondo y colorido. Solo hay una diferencia entre los dos: el primero está firmado por Rubens y el segundo por Velázquez. ¿ Cómo han podido coincidir así dos temperamentos artísticos tan opuestos? Solo hay un epílogo posible: la sonrisa...

...Desconfiemos de la palabra « discípulo ».

Guido Reni fué maestro de Miguel Desubleo que compite con él y le aventaja á veces...

Noviembre 19 de 19**

Anoche oí un discurso de un gran orador... Cuando, arrebatado por la elocuencia, retorcía y prolongaba su mejor frase con una maestría maravillosa, algunos oyentes, conmovidos ó mortificados por el esfuerzo, le interrumpieron con aplausos y le cubrieron la voz. Me hicieron el efecto de los « sensibles » que gritan « ¡ basta ! » en los circos, cuando el atleta vigoroso se obstina en mantener la férrea exaltación de sus músculos.

Noviembre 25 de 19**

La noche comenzaba á caer sobre los campos. Un vaho gris flotaba sobre las cosas, vistiéndolas de vaguedad. La luna se dibujaba sin brillo sobre el cielo obscuro... Y el soñador, de espaldas sobre la hierba, la seguía con los ojos distraídos, mientras su alma se fundía en la tristeza de la noche. Pensaba en sus viajes, en su porvenir... Y sumido en ese confuso sonambulismo del recuerdo, tropezaba á cada instante con la figura de un hombre extraño que le seguía en su peregrinación por las ciudades, atado á sus movimientos, como un fantasma de lo desconocido. También estaba aquella vez allí, metido dentro de su larga levita negra de lacayo fúnebre. Le canturreaba desalientos al oído y le incitaba al ocio...

— « ¡ Luchar ! — le decía sarcásticamente,

— ¿ Quiéres danzar en la ronda de los arlequines ?... ¡ Vive en tu ensueño ! »

Y aquel cerebro abierto á las tempestades, se estremecía bajo las palabras heladas del enterrador... Hubo un instante en que no pudo refrenar sus cóleras... Quería vengarse... Se arrojó sobre él, le hundió los dedos en la garganta hasta hacerlos crugir... y, en el silencio vacío y terrible que reinaba en la soledad, le pareció oír el ruído de un cuerpo que se desplomaba...

Luego despertó, volvio á la vida, se encontró en el taller que la luna comenzaba á teñir de azul, se convenció de la vanidad de aquel sueño,... pero no pudo tranquilizarse. La escena era quizá un símbolo. Y un estremecimiento de pavor le acuchilleó la espalda.

Noviembre 28 de 19**

La filosofía vá degenerando en ocultismo, tal es la cantidad de términos bárbaros é indescifrables con que se viste ; — y la literatura en habilidad manual de juglar japonés, que baraja frases huecas, lejos del pensamiento. De continuar así, los tratados filosóficos serán dentro de pocos años un amasijo de charadas, y las novelas un juego de « preciosos » que solo tenderán á poner en evidencia fugaces galanuras de narrador.

Noviembre 30 de 19**

Palabras sin rumbo :

Sométete en lo posible al mundo en que vives, hasta que conquistes el derecho de vivir en un

mundo á parte. — Evita la esclavitud dorada que impone la popularidad. — No te empeñes en agradar á nadie, porque el mejor medio de no conseguirlo es desearlo demasiado ; si quieres conquistar la voluntad de alguien, no dejes entrever tu deseo : una indiferencia calculada atrae más que la mejor de las amabilidades. — Basta que no quieras dominar á un hombre, para que ese hombre pretenda dominarte ; tomará tu generosidad por flaqueza, y tratará de aprovechar esa pretendida flaqueza para ensanchar su orgullo. — La justicia, más que en juzgar, consiste en juzgarse. — Solo hay dos modos de triunfar : siendo feliz ó siendo justo. La felicidad está hecha de concesiones á la maldad y al crimen ; la justicia, de sacrificio y de dolor.

Diciembre 1º de 19**

Han pasado los tiempos en que el título de escritor se obtenía borroneando palabras en el café, entre el humo de las pipas. La belleza es casi siempre la hábil combinación de los elementos del arte. Es mentira que la inspiración dicte las obras de corrido. Solo revela un perfil, una silueta vaga y grandiosa, cuyos verdaderos contornos debe fijar y disponer después el artista en largas y laboriosas jornadas, hasta llegar á materializar en la forma, la visión entrevista en un instante de lucidez.

Diciembre 2 de 19**

La civilización tiende á reglamentarlo todo y la libertad á independizarse de horarios y pro-

gramas. ¿Están en pugna?... Los pueblos antiguos eran quizá más libres que los modernos, porque tenían menos antepasados. La experiencia es la cárcel de la voluntad. El verdadero hombre libre, sería aquel que no supiera nada de nada. Así que despertamos, nos componemos una vida y un carácter con retazos de la vida y carácter de los muertos. La fuerza de las generaciones parece ser una fuerza de exhumación. No están organizadas para vivir, sino para revivir... Somos prisioneros del pasado, y lo poco que tenemos de nosotros mismos, es lo que justamente nos vemos obligados á ahogar...

Diciembre 3 de 19**

Nada más ridículo que esas luchas de supremacía en que se empeñan algunos, sin pensar que obtener el triunfo en el presente, es casi renunciar á él para el porvenir. El afán de la gloria es la distintiva de los débiles. Los hombres que saben su destino, se entregan á él y callan, abandonando á otros la tarea de elaborar meticulosamente en un barrio la burbuja de su efímera celebridad. Se mide al hombre por la amplitud del gesto.

Diciembre 5 de 19**

En el confín de todos mis pensamientos de felicidad hay una sombra de amargura, como en el fondo de todos los dramas de Ibsen hay un *fiord*. Cada satisfacción moral, trae un contrapeso de meditaciones. Cada situación feliz, evoca ca-

tástrofes. Parece que el corazón se avergüenza de su momentánea holgura, y trata de excusar su sonrisa rememorando las lágrimas...

Diciembre 8 de 19**

Un poeta amigo ha emprendido una campaña contra la pena de muerte. Le he escrito esta carta:

Para los que asistimos á la vida como transeúntes, sin vestir sus errores y sus prejuicios, nada hay más radicalmente injusto que la mentira en nombre de la cual un número determinado de hombres se atribuye el derecho de juzgar á los demás. Y cuando esa pretendida justicia lleva su vanidad hasta el exceso de decidir la supresión de un ser que es incapaz de crear, no hay una conciencia noble que no se subleve, ni un corazón generoso que se encastille en el silencio. El caso regional de ese pobre X** que los tribunales de nuestro país (ni peores ni mejores que los de otras comarcas) han resuelto de una manera sumaria y expeditiva, debe ser agitado y rememorado sin descanso para tratar de atenuar, en lo posible, los rigores de esa preocupación medioeval que nos hace buscar todavía la expiación del culpable. La campaña que, con el gran soplo altruísta que te ha enaltecido siempre, has abierto á raíz de ese asesinato legal, será de excelentes resultados en esos países, donde la tradición no está tan arraigada como en Europa, y donde, de trecho en trecho, fulguran

ya en la noche grandes explosiones de luz que cundirán hasta iluminarnos.

A medida que la bestia va borrándose en el hombre y vamos alcanzando mayor perfeccionamiento moral, el asesinato y la matanza se realizan con menos salvajismo. En las guerras de hoy, hay siempre un cuerpo encargado de socorrer á los heridos ; en los duelos hay un médico ; y en las ejecuciones capitales, se trata de atenuar la brutalidad del acto, evitando las largas agonías y ahorrando á los reos las angustias de la espera. ¡ Cuán lejos estamos de aquellas espantosas hecatombes de la vida feudal ! ¡ Cuánto de la indiferencia con que los viajeros pasaban en otro tiempo por los caminos entre una doble fila de ajusticiados que se balanceaban en las horcas ! La evolución va dulcificando paulatinamente el espíritu carnívoro de la raza, en un empuje lento, pero seguro, hacia la perfección.

No debemos perder la esperanza de acabar con el instinto sanguinario. Las costumbres se dulcifican á medida que la instrucción pone los libros al alcance de todos los hombres ; la tolerancia gana terreno en proporción al empuje de la filosofía ; y es innegable que el porvenir tiene sonrisas de aurora. La mayor parte de los errores que se mantienen aún, solo están sostenidos por la costumbre y por el temor que todo cambio inspira á los pobres de espíritu. El día en que se haya probado con hechos que las cosas pueden ocurrir de otra suerte sin que la vida se detenga y la existencia se haga imposible ; el día en que se demuestre que las fórmulas que hoy se consi-

deran indispensables para la buena marcha de la sociedad sólo son enfermedades que nos debilitan, todos los obstinados que se niegan á aceptar el progreso moral, se precipitarán dentro de él con los brazos abiertos, libertados al fin del sordo reproche de sus conciencias, dispuestos á gesticular ampliamente, en la gloria de las vidas robustas...

Tolstoi, que con Karl Marx y Spencer es el eje de la vida futura, predica una enorme comunión de clemencia. Todas las manifestaciones de las vidas conscientes, tienden en los tiempos modernos á sembrar la concordia entre los hombres y á preparar el advenimiento de una época mejor, de la que estará desterrada la violencia. Los castigos son venganzas de muchos hombres contra uno. Desde mucho antes de Víctor Hugo (á quien no es posible tachar de anarquista) circulan argumentos irrefutables contra las penas. Esas razones van horadando la capa de egoísmo bajo la cual dormitan los cerebros. Han salido del dominio de la filosofía para entrar en el de la conversación corriente. Ganan terreno hora por hora. Las gentes se familiarizan con ellas. Y no está lejano el momento en que se convertirán en verdad colectiva y ocuparán un lugar en la mentalidad de cada uno. Son transformaciones graduales. Cuando todos comprendan que la abolición de la pena de muerte no tiene nada que ver con la demagogia, nadie se levantará en su favor. Todo los argumentos actuales de « proteger la sociedad » y « hacer un ejemplo », pasarán al almacén de accesorios. Bastan las cár-

celes para preservar á las gentes tranquilas; y más eficaces que ellas serían aún, en la opinión de muchos, la tolerancia y el perdón, porque, lejos de limitarse á castigar, enseñan.

X** no será indudablemente el último desgraciado que caerá bajo el hacha de la justicia. Pero no deben desanimarse los que luchan por la buena causa. Aparte de la satisfacción de haber cumplido con un deber, tienen otra mucho más grande: la esperanza de ver menos sangre en el porvenir...

Diciembre 10 de 19**

Aborrezco á los seres mediocres y mecánicos. En cambio simpatizo con los *déclassés*, con los vencidos, con los que la jauría ocasional rechaza. De ahí que haya vivido un minuto penoso oyendo las confidencias de un cantor ambulante. Hicimos amistad en pocas palabras, nos sentamos en la terraza de un café, y comenzamos á hablar sobre las vidas, mientras la multitud pasaba por la acera con gestos incongruentes y monótonos... Me contó sus decepciones. Pensamos juntos. También había sido él un artista soñador que llegó á la gran ciudad con la ilusión de dominarla. Y en veinte años de combate y de angustia, solo había conquistado la miseria. Cuando me habló de su primer viaje á París, tuvo ingenuidades de niño:

— Caminaba lentamente con rumbo á la ciudad por el camino que baja de la aldea. Abandonaba la calma de los campos, para emprender la vida, esa peregrinación entre los espec-

tros. Y mientras clavaba los ojos en las lejanas torres, el sol fijaba sobre mis espaldas su pupila roja que estimula... La inmensa metrópoli ensombrecida y humeante, abría ante mí sus puertas... Era un hacinamiento monstruoso de viviendas grises, donde el hambre, el dolor y el desenfreno envenenaban la atmósfera... Detuve el paso... Volví los ojos á la aldea que quedaba á mi espalda, en el fondo del camino, tras los esqueletos de los árboles desnudos, junto al arroyo claro, sonriéndome con sus pequeñas casas blancas y sus ventanas entreabiertas... Dos campanarios se destacaban sobre los techos, como dos brazos extendidos... Por la curva de la carretera avanzaba un carro cargado de mieses... Y mientras el sol se desvanecía en el horizonte, me senté al borde del camino, vacilando entre la aldea y la ciudad, como un desequilibrado entre dos vértigos. Desgraciadamente, venció la tentación del imposible. Entré á la Babel... Puse en juego mi voluntad, mi ilustración, mi constancia... Llamé á todas las puertas... Ensayé todos los recursos... Defendí mi esperanza como un náufrago... Hasta que al fin, sitiado por el hambre, befado por la ciudad, insultado por las gentes, me resigné á morir dentro de mí, de acuerdo con mi destino. Mis cincuenta años han sido cuesta arriba... He vivido una eternidad en medio siglo... Y si hoy canto en las encrucijadas y en los puentes, es porque la vida ha sido injusta con quien soñó embellecerla...

ovi

ado
ue
no
stan
ro
ueda
re
nólo
volu
eado
e re
ntido
a ir
el otr
io tie
u incl
alma.
nanten
. pelig
na adv
o ha c
de una
á la v
papel d
nterior
rsistira
ado á n
siones
ro nunc
idilio.
la visi



·e 14 de 19**

ían por las
ı curiosidad.
pies rosados
as... En las
es á la luz
manas de la
o? Son dos
ja deslealta-
· triunfos fá-
blar virtudes.
esgrimen sus
inda el goce
los viejas se-
· flores en los

la garganta
en crugir el
os. Sus pala-
che... Feliz-
ı traicionado
l suelo dialo-
e mí, cuando

el porvenir ».
s puños fuer-
iudad se abre
idad con más
za.

· 15 de 19**

idades es tan
ltibajos de la

Diciembre 12 de 19**

Hay días en que me despierto filósofo y otros en que me levanto bufón. Pero quien sabe si el bufón no es el mejor de los filósofos, y el filósofo el peor de los bufones... La vida es tan rara, tan incongruente, tan inexplicable, que autoriza todas las paradojas. Y además, los hombres parecen á menudo personajes de Mark Twain. Casi siempre son risibles. A veces son siniestros... Y no hay uno que no tenga un perfil de caricatura alemana. Todo esto, moralmente. En lo físico suelen presentar fisonomías plácidas, agradables, sugestivas, ó severas ; suelen parecer insinuantes, corteses, mesurados ó equitables ; pero todo ello es *trompe-l'œil* y superficie... La única vez que conseguí que un amigo aplaudiera uno de mis cuadros, fué por que lo atribuí á mi rival. Siempre que me he confesado autor, he encontrado en ellos el mismo semblante indiferente. Pero no hay que exagerar tampoco las tristes realidades de la vida... Un poco de indulgencia nos reconcilia con la humanidad. Si fuera un grave doctor, aconsejaría lo que sigue : — No creas siempre, porque te equivocarás á menudo, ni dudes de todo, porque te amargarás la existencia. Trata de mantenerte á igual distancia de la credulidad que hace tontos, y del escepticismo que hace suicidas...

Diciembre 14 de 19**

Dos mujeres-fantasmas me visitan por las noches y me queman los ojos con su curiosidad. Las veo acercarse con pavor... Sus pies rosados resaltan sobre las baldosas húmedas... En las carnes se recortan extrañas palideces á la luz azul del lamparín... ¿ Son dos melómanas de la carne, dos monomaníacas del beso ? Son dos abstracciones : Lasca, la que aconseja deslealtades al oído, y Múlia la que propone triunfos fáciles y espolea impaciencias para doblar virtudes. Conocen la ciencia de engañar y esgrimen sus seducciones de tres filos... Una brinda el goce carnal, otra la gloria efímera. Son dos viejas segadoras que han marchitado muchas flores en los huertos juveniles.

Cuando se acercan, me oprimen la garganta con sus manos brutales y me hacen crugir el pecho bajo el vigor de sus músculos. Sus palabras silban en el silencio de la noche... Felizmente tengo un amigo que me ha traicionado menos veces que los demás. Con él suelo dialogar de tiempo en tiempo, dentro de mí, cuando estamos solos.

« Adelante, me dice ; mira hacia el porvenir ». Y me empuja desde dentro con sus puños fuertes... Hasta que renace el día, la ciudad se abre á la luz, y me despierto en la realidad con más vigor y más resolución en mi tristeza.

Diciembre 15 de 19**

La uniformidad de las mediocridades es tan nociva para los pueblos como los altibajos de la

desigualdad. Con ella caen las naciones en una somnolencia que las agota. No hay motines, no hay bregas, no hay sangre ; pero no hay progreso, no hay empuje, no hay vida. La existencia de los pueblos debe ser una rebelión incesante y no una muerte animada. Nada más triste que una civilización enjuta basada sobre la inmovilidad, donde todo se hace con moldes, donde no hay vegetaciones salvajes, ni gritos sinceros. Por eso me desagrada Ginebra. Es una población con cuerda para tres mil años. Su minuciosa administración, metódica y moderada como una comida de enfermo, la hará perdurar, momificándola. Al volver todas las calles, de un lado y otro de la calzada, se ven hombres sombríos, encorvados sobre pequeñas ruedas y resortes. Son familias de relojeros que se suceden desde hace muchos años en el mismo cuchitril, obstinadas en su tarea de numerar las horas... En ciudades así, parece que nos falta el aire. Vale más la diversidad y la exuberancia de las grandes metrópolis como París, donde el individuo se ahoga en el conjunto, y la agrupación toma forma de colmena multicolor y atormentada.

Diciembre 17 de 19**

Se ha suicidado una actriz que tenía cierto renombre y ocupaba en los teatros del Bulevar una posición envidiable. Cuando el comisario de policía forzó la puerta del departamento y entró á la alcoba llena de flores donde yacía el cadáver, solo encontró, sobre el velador, una

especie de monólogo que la infortunada había emborronado durante su agonía.

« ...Vivir... ¿ Para qué ?... ¿ Cuál sería mi porvenir en esta galera de la vida ?... Seguir siendo Mesalina ó Fedora, Giacconda ó Manón... divertir al público de las butacas... ofrecerme todas las noches á la avidez de los deseos... escuchar la palabra que hiere... la galantería que insulta... ser la mujer que todo el mundo desnuda con los ojos... morisquetear mi dolor ante una sala alegre... encarnar la eterna mujer infiel que toma un amante,... ó la ingenua que compra un marido... ó la aventurera que lo pierde... llorar... reír... cantar,... sollozar,... mentir,... y desangrarme,... para verle á *él* en su palco, muy feliz, dentro de su frac, con los ojos triunfantes y la boca en beso, al lado de la chicuela orgullosa con quien se ha casado ?... Prefiero desaparecer como un transeúnte que se ahoga en la noche... »

He visto pasar el entierro y he buscado con los ojos al causante del drama. Quería saber si *él* habia llorado.

... Pero ha sido imposible. ¿ Cómo adivinarle entre la muchedumbre de hombres elegantes y alegres que asistían á la ceremonia por vanidad, conversando en voz alta, como si se tratara de una boda ?...

Diciembre 18 de 19**

Con el invierno han vuelto los paisajes dolorosos, las lluvias largas, y los llantos interiores. Estamos en plena desolación, engruñidos bajo la niebla, en la inmensa ciudad que cobra al

anochecer no se que misterioso aspecto de subterráneo. El cielo parece un techo obscuro puesto á ras de las casas... Y en las calles estrechas de los barrios populosos, tiene uno la sensación de andar por corredores complicados que se enredan y se prolongan indefinidamente, como fantásticas catacumbas. Los almacenes que se alinean de un lado y otro de la calle, son como sepulcros donde duermen muchedumbres de almas. Y parece que las gentes que circulan y vuelven precipitadamente las esquinas, anduvieran al azar, extraviadas y atónitas, buscando su propio sepulcro... ¡Qué triste está París, cuando tengo el alma triste!...

Mi espíritu se orienta hacia amargos países de desesperanza, y hay en mí la obsesión de las cosas perdidas. Todas las imágenes lúgubres y los pensamientos helados se reunen como para un gran conventículo...

Hoy comencé á escribir estos versos que son casi la oración de un suicida:

La muerte es una virgen inviolada
Que nadie sabe amar... Por un misterio
Que oculto quedará, fué condenada
Á tener como cámara sagrada,
Como torre y castel, un cementerio...

Pero bajo la horrible faz roída
Que asusta y llena de pavor, se esconde
Una belleza en flor que está dormida
Y que no puede recobrar la vida
Porque ninguno á su llamar responde...

...Y cuando me interrumpo y hago un esfuerzo para recobrar la vivacidad de otras horas, parece

que una mano férrea me lo impide. La melancolía tiene atractivos de mujer tísica... El gran patio gris donde bogan mis ojos como en un mar de sombra, ha acabado por ser el símbolo de mis decoraciones de alma. Y toda esa tristeza que me rodea y me sitia, todo el misterio tenebroso que me envuelve en estos crepúsculos apresurados de la estación mortal, son como una atmósfera que me parece indispensable.

Diciembre 20 de 19**

A veces me vienen deseos de entrar á las fábricas y á los vastos talleres que se amontonan en los arrabales, para hacerme propagandista oral y atacar por la acción nuestro fabuloso castillo de mentiras. La palabra impresa no parece bastar, y quizá lleve el gesto más enseñanza que los libros... Por otra parte, ¿ qué importan la hostilidad, el sarcasmo y la calumnia con que el mundo combate á los luchadores? En cambio del lodo con que les cubren, ellos arrojan puñados de bien, como los ricos arrojan puñados de cobres á los harapientos en las calles de Nápoles. Los « hombres prácticos » no les perdonan sus delicadezas de alma. Parece que el amor que los convencidos derraman en torno suyo, se convierte en odio al caer sobre algunas tierras... Pero aún siendo así, queda la felicidad de haber articulado un grito sincero en la monótona teatralidad del mundo. No es posible contener una sonrisa amarga ante la muchedumbre superficial que desfila ante nuestros ojos ; no es fácil refrenar un gesto impaciente ante la maldad que nos

cerca. Sin embargo, debemos persistir en el bien, en la tolerancia, en el sacrificio... El mejor medio de probar que tenemos razón, es constatar que la mayoría nos la niega.

Diciembre 21 de 19**

Me preocupa la opinión que tendrán de nosotros el caballo y el perro, iniciados en la vida del hombre sin compartirla. Somos naturales y normales dentro de la especie, pero para quien pudiera vernos sin la pre-razón del atavismo y la costumbre, ¡cuánta incoherencia y cuanto desequilibrio en nuestros gestos más naturales!

Por eso aborrezco la tradición, esa masa inerte de regresiones bárbaras que nos convierten en esclavos de lo que el tiempo sancionó.

La primera cualidad del hombre sensato es desconfiar de sí mismo, porque en la vida nos engañamos más á menudo de lo que nos engañan; pero así y todo, se puede afirmar que el estado actual no es una condición del hombre, sino un resultado de su capricho, que la costumbre solo es cosa extraordinaria que se repitió muchas veces, y que los dogmas que gobiernan nuestras acciones y nuestra vida, solo tienen el fundamento, la esencia y el valor de la antigua práctica, según la cual, los chinos se dejan crecer la trenza.

Diciembre 23 de 19**

En principio, el autor debe abandonar su libro á la crítica y dejar que la opinión se despache á

su antojo. Cada lector puede aplaudir ó silbar como en un teatro; cada espíritu mostrar su desacuerdo ó su conformidad con el fondo ó la forma de la página impresa. El volumen es como un árbol, como una casa, como un camino, y el transeúnte tiene el derecho de decir sobre él, al pasar, sus impresiones. La obra terminada se convierte en pedazo de naturaleza que pertenece á todos. Solo conserva sobre ella el autor el derecho de un padre sobre el hijo emancipado. Y es bueno que sea así, porque las ideas nos vienen de la comunidad y á ella deben volver.

Pero esta concepción no implica que tengamos que asistir sin protesta á la interpretación falsa de nuestros propósitos. En caso de que le presten tendencias que no son suyas, el autor no puede dejar de restablecer la verdad. Por modesta que sea la cosecha, merece ser respetada. Es verdad que la vida nos ha familiarizado con la hostilidad y la mala fe. La atmósfera está llena de flechas. Pero, así y todo, el silencio es culpable, porque hay palabras que si no es posible tomar en serio, tampoco es posible desdeñar. Quien escribe tiene el derecho de defender su pensamiento contra todas las falsificaciones.

Si este cuaderno de confidencias y de notas hubiera sido escrito para el público, mucho tendría que hacer para justificarme. La mayoría de los lectores reserva su indulgencia para las novelas libertinas que halagan su instinto. En cambio aborrece la realidad melancólica y áspera de la vida. Unos dirían que estas páginas son el fruto

de un cerebro enfermo ; otros, que hay en ellas un *parti-pris* de ataque contra lo que nos circunda ; y los más, que la obra deshilachada y sin unidad es el retrato vanidoso de un despechado. Para sincerarme y probar que el altruísmo no es locura, que razonar no es odiar, y que entre todas las vanidades la de ser bueno es la mejor, hubiera tenido que emborronar largas páginas é inutilizar muchas columnas de los periódicos amigos. Pero, felizmente, solo he escrito para mi satisfacción personal. Mi alma altiva de pintor enamorado de la sinceridad y de la naturaleza, no hubiera podido resignarse á hacer á la mayoría de los lectores las concesiones corrientes. Si he tomado la pluma, ha sido para dejar salir por ella toda mi inquietud.

La costumbre impone á los autores un derrotero invariable, y el gusto del público les obliga á tratar eternamente las mismas situaciones. Además, cuando se escribe para la imprenta, hay una multitud de sombras que se interponen entre la verdad y el autor. El novelista hace un esfuerzo imaginativo, y escribe leyendo sus propios capítulos con el alma ajena. Su frase es tortuosa, porque va evitando las objeciones que se le pueden hacer. Piensa más en la opinión común, que en la verdad. Y su obra, vacilante y ceñida, no tiene ni el arrebato, ni los ímpetus de lo que se entrega.

Por eso he emborronado mis confidencias para mí solo. Ya he dicho al comenzar que no me hubiera sido difícil hacer una ficción, y coordinarlas en libro segun el corte á la moda. Una

novela no puede ser desmigajada y sin unidad como estas impresiones; una novela requiere una tesis ó argumento, al cual queda subordinado el autor, los personajes, la verdad y la vida. Es indispensable una exposición, un nudo, un desenlace, algunas descripciones pintorescas para encabezar los capítulos, y, sobre todo, una aventura de amor que es algo así como el gran pilar que debe sostener las trescientas páginas. En este cuaderno no hay nada de eso.

La intriga no es una hábil combinación que se escalona para producir emociones hasta terminar, como los fuegos de artificio, con el *bouquet final*, sino la simple y llana vibración de una vida.

El autor es el único personaje, y la acción es todo lo que abarca su emoción ó su ensueño. De ahí que mis cuartillas estén aseguradas contra las indiscreciones de la imprenta. Ningún amigo, ningún editor, tendrá el atrevimiento de hacerlas imprimir, porque carecen de todos los elementos constitutivos de la novela y están en contradicción con las opiniones que dominan.

No escondo que, en mi opinión, á pesar de la aparente diversidad de los temas, á pesar de la falta de conflicto ó de intriga, ofrecerían más interés para el lector perspicaz que muchos de esos romances cuya acción y peripecias han sido combinadas y calculadas friamente, en el retiro de un gabinete de trabajo. La razón salta á los ojos. Aquellos son libros de

imaginación, éste lo es de realidad. Y el hombre nunca puede competir con la vida. Pero á pesar de todo, este cuaderno no se publicará. Quiero que la novela de este año quede entre el papel y yo, como un secreto...

Diciembre 25 de 19**

Los pintores daban anoche un baile *costumé* en Montmartre en honor de Gavarni ; un baile menos desmelenado que el de *Quatre-z'Arts*, pero más atrevido que los del Eliseo. Las actrices de París se dieron cita en él naturalmente. Y la sala fué un palacio de luz y de ensueño, donde se hacinó la juventud y la belleza. Una marquesita empolvada que me rozó al pasar, me deslumbró con su saludo. Toda mi melancolía se desvaneció con su mirada. Una bocanada de juventud me subió á los labios. No pude contenerme, y seguí tras ella.

— ¿ Quiere Ud. oírme ?

— No...

— ¿ Por qué ?

— Es Ud. curioso...

— Costumbre...

— Mala costumbre.

— Ud. puede corregirme.

— ¿ Cómo ?

— Escuchándome.

— Y si lo hiciera... ¿ que diría la dama que le acompañaba á Ud. hace un instante ?

— Ah ! ¿ Ud. ha visto ?...

— Sí...

— ...Es una amiga de circunstancia...
— ¿ Unión libre ?...
— ...Y la menos feliz de todas.
— ¿ Por qué la conserva Ud. ?
— La fortuna me ha sido adversa tantas veces, que es natural que hoy la elección me cause miedo
— ¿ Teme Ud. una *reprise* ?
— O agravación...
— ¿ De qué ?
— De incompatibilidades...
— ¿ Se cree Ud. una palabra sin rima ?
— ...Difícil de rimar...
Una pausa.
— Poeta... ¿ Verdad ?
— Poeta para amar ; pintor para traducir...
— Ya me parece que le conozco.
— ¿ Y Ud. ?
— Enamorada del teatro de mañana ; prisionera del de hoy : artista de entreacto.
Otra pausa.
— ¿ Por qué tiene Ud. los cabellos tan rubios ?
— Y Ud. ¿ por qué los tiene tan negros ?
— ¿ Es reproche ?
— No ; prefiero el ébano al oro.
— Yo por mi parte he adorado siempre esas cabecitas hechas con rayos de sol que he visto en la calle, en el bosque ó en mis sueños... pero ninguna me ha gustado tanto como la de Ud.
— ...Nos alejamos demasiado. No olvide Ud. que le aguardan...
— ¿ Y si lo olvidara ?
— Se lo recordaría yo.

— ¿ Por qué ?

— Porque no quisiera lastimar un derecho.

— ¿ Cuál

— El del primer ocupante.

— ¿ Es Ud. guardián de legalidades ?

— No ; pero respeto las instituciones que cada cual se ha dado libremente.

— ¿ Y si yo deseara cambiar la forma de gobierno y transformar mi estado ?

— Afrontaría Ud. los riesgos de una revuelta y se vería obligado á proceder á la nueva elección que le da miedo.

— La elección esta hecha.

— ¿ Ha aceptado la elegida ?

— Conteste Ud. por ella.

— Sería una usurpación.

— ¿ Y si la elegida fuese la cabecita rubia de que hablábamos ha poco ?

— Es una suposición imposible.

— ¿ Por qué ?

— Porque le esperan á Ud... Vaya Ud. á donde le esperan.

— Venga Ud. conmigo.

— ...¿ Para presentarme ?

— No, para salir del baile.

— ¿ Y adónde iríamos ?

— A nuestra casa.

— ¿ Y en qué casa es « nuestra casa » ?

— En la mía.

— Hace media hora que conversamos y no ha dicho Ud. aún una sola palabra razonable.

— Ensayemos. Mañana hay mercado de flores en la plaza de la Magdalena. ¿ Quiére Ud. que

nos encontremos por casualidad, á las diez, ante el kiosko de los claveles blancos ?

— ¿ Mañana ?

— Sí.

— Pero... ¿ está Ud. seguro de que no le aguardarán mañana ?

— Desde este instante me considero libre.

— ¿ Y si el actual gobernador se niega á dimitir.

— Vea Ud... Allá... Junto al estrado de la orquesta...

— ¿ Que hay ?

— Un gran sombrero rojo con plumas que se inclina al oído de un estudiante...

— ¿ Es ella ?

— Y el estudiante es « mi mejor amigo ».

— ¿ Cree Ud. que... ?

— Estoy seguro.

— Entonces... iré mañana á comprar los claveles blancos.

— Gracias. Me permite Ud. que la acompañe ahora hasta su casa.

— No.

— Razones...

— No estoy sola.

— ¿ Un amigo ?

— Un protector...

— ¿ Dónde ?

— En aquella mesa, al lado de la entrada del jardín...

— Muy respetable... ¿ Sesenta años ?

— Confiesa cincuenta y cinco...

— ¿ Comerciante ó juez ?

— Senador

— ¿ Reaccionario ?

— Naturalmente.

— Mil felicitaciones.

— Se equivoca Ud... pésames. Adiós. Mañana á las diez...

— ¿ No me dá Ud. nada antes de partir ?

— La mano.

— Es mucho y es poco...

— Búsqueme Ud. detrás del abanico...

— ...Gracias.

— ¿ Le gustan á Ud. los claveles blancos ?

— Mucho ; pero prefiero los rojos que acabo de besar.

Y en la sala de baile que ardía, me pareció ver girar las luces y bambolearse las gentes, tal fué la emoción en que me sumió el encuentro. Los grupos de máscaras me empujaban al pasar... De la multitud se levantaba un rumor de existencia fácil. La orquesta ejecutaba un vals vertiginoso, que ponía cascabeles en el alma... Se me ocurrió que acababa de entrar en la vida, que todo era nuevo y radioso, que el pasado era un sueño. Mil imágenes de felicidad pasaron en una cabalgata loca sobre los campos floridos del porvenir. Hubo en mi corazón un remolino de fragancias nuevas... Cambió mi estado interior ante una dulce perspectiva. Y fué mi sentir tan hondo, mi esperanza tan ancha, mi felicidad tan completa, que me sorprendí un deseo loco de correr y dar saltos, de reír y lanzar gritos, como una fuerza libertada ante los vastos horizontes.

Luego vino la reflexión, y traté de estudiar

mis sensaciones. Aquella mujer, cuyo nombre era un misterio, me había invadido en un instante y se había apoderado de mi ser de una manera brusca, como si fuera la « esperada ». Pero la emoción que sentía, ¿ estaba destinada á ser pasajera ó durable ?... ¿ Era pasión ó amorío ?... ¿ Cómo saberlo ?... Un amor es como un bosque inexplorado : al aventurarnos en él nunca sabemos lo que su misteriosa sombra nos reserva. Cada encuentro es una bifurcación de nuestra vida, un paso hacia la noche. De ahí las perplejidades que nos trabajan en esas encrucijadas del destino.

Pero recordando las aventuras de otras épocas, comparando la tranquila indiferencia de antes con la ansiedad de ahora, caí en la cuenta de que mi casa ardía. Y fué una sensación de pavor y de gozo, cuando me convencí de que aquello era irremediable. Mi vida desamparada se acercaba á una costa que podía ser un puerto ó un precipicio ; pero era preferible un desastre á la dolorosa monotonía de los últimos meses de abandono, durante los cuales mi alma había sido barca sin remos. El incidente me causaba pavor, porque me sentía desarmado ante el vértigo que comenzaba á arrebatarme. La desconocida se había hecho dueña de mi voluntad desde la primer sonrisa. Todo mi ser era suyo. Y nada más natural que mis temores, al saberme atado á un amor que podía hacer de mí un desgraciado ó un héroe. Sin embargo, la esperanza de dar un objeto á mi sensibilidad, de concretar mis vibraciones, de unificar mi alma dispersa de

soñador y de inquieto, me hizo saborear la primer felicidad. Comprendí al fin el objeto de la existencia. Me reconcilié con el mundo. Nada más hermoso que vivir, puesto que la vida dejaba de ser vida para trocarse en ensueño. Y en el entusiasmo y la fuga de mi primer deseo realizado, me pareció que el universo se transformaba ante mis ojos como una decoración de feria. Eran cascadas de luz, palacios de pedrería, cielos extraños, panoramas ideales, que se escalonaban y se perdían en horizontes de oro y de púrpura que resplandecían bajo el sol. Y la ciudad criminal, la ciudad gris, cuyo hálito enfermo me había envenenado durante un año de melancolía y de sombra, parecía resucitar y renovarse también al conjuro de los pájaros que cantaban dentro de mí.

Mientras estas imágenes se atropellaban en mi cerebro, del baile en brama se levantaba un rumor confuso de alegría... Las mujeres, cuyas caras de golosas de amor se purificaban al reflejarse en los espejos, sonreían en la sala dorada llena de luz, donde gemían los violines de los *tziganos*. La fiesta me rodeaba y me ceñía como un mar. Tuve que abrirme paso con los codos para llegar hasta el café. Allí me dejé caer sobre una silla, apoyé los codos en la mesa de mármol, y me quedé con los ojos fijos en el torbellino de las gentes, mirando sin ver, como si soñara...

Una voz armoniosa me despertó :

— Mañana compraré claveles blancos.

Era mi marquesita de ensueño. Pasaba junto á la mesa, cogida del brazo del grave sena-

dor. Sus ojos me buscaron y cambiamos una sonrisa.

Como se dirigían hacia la puerta, seguí tras ellos. Se detuvieron un instante en el guardarropa para sacar los abrigos. Después salieron por el largo corredor alfombrado de rojo. El carruaje esperaba al volver la esquina, y anduvieron algunos pasos por la acera que la lluvia acababa de humedecer. La silueta delicada y frágil de aquella mujercita rubia vestida de seda rosa, se destacaba de una manera extraña en la decoración obscura de la calle donde los transeúntes tiritaban de frío... Para subir al cupé se remangó la falda con un gesto elegante y se instaló de un salto en el fondo de la caja obscura. Su compañero desapareció tras ella. El cochero hizo arrancar los caballos... Y cuando yo creía que todo había concluido, ví que una manecita enguantada me decia « adiós » desde la ventanilla del carruaje.

Nada más melancólico que las calles de París, en invierno á las tres de la madrugada... Pero esta vez me han parecido encantadoras. Conversando con la imagen que traía dentro de mí, he venido por ellas lentamente, á pie, hasta mi barrio lejano. Y al entrar al taller, he sonreido como si no estuviera solo.

Diciembre 26 de 19**

Mis perspectivas morales me han parecido á menudo tristes y lluviosas, como paisajes de Holanda. Pero mi corazón es desde ayer un rincón de Andalucía.

— Tienes veinte y cinco años, — me he dicho hoy al levantarme, mientras me peinaba ante el espejo, — pero no has despertado aún. Pobre niño medroso, te has confinado en el ensimismamiento de una vida aislada. Has estado enfermo de sensibilidad, y has pretendido curártela escondiéndola dentro de ti. Has sido un iluso. Hay hombres que, fuera de la murmuración, el vino y la lujuria, no tiene otros resortes, y pasan por la vida como retratos, ajenos á todo lo que realmente existe. Hay otros, en cambio, que se enclaustran en el mundo de las ideas, se niegan á bajar al universo palpable, y acaban por llegar, de especulación en especulación, acumulando monólogos de alma, á un país brumoso y solitario donde se ahogan. Búscate entre estos últimos. Pero debes felicitarte de haber resucitado á tiempo. Has aspirado el veneno de París sin contaminarte... Sin embargo, has estado á punto de morir de asfixia. Te habías elevado á las regiones en que, á fuerza de ser pura, la atmósfera se hace irrespirable para los humanos. La soledad es un bien, porque ayuda á la percepción y nos sirve de pico elevado desde donde contemplamos friamente el hervidero de la vida. Pero también es un mal, porque nos arrincona en el pesimismo, y nos aleja tanto y tanto del propio ser material, que acabamos por no saber movernos en nuestro medio de cultura, que es el mundo. Todas esas gentes deficientes, incompletas, moralmente baldadas, que nos rodean y se creen erróneamente tipo perfecto de la humanidad, no deben causarnos tanto horror que nos

condenemos por ellas al destierro. Seamos indulgentes con los que viven un minuto de la vida, mientras nosotros la vivimos toda entera. Y sepamos unir la sonrisa y la meditación, la rosa y el roble, que en el matiz está el secreto de la naturaleza. Si no has sido un neurasténico, pobre amigo, has estado á punto de serlo. Sé que has tenido razón en tus tristezas y amarguras, sé que son exactos tus juicios sobre el mundo y sobre los hombres, pero te ha faltado la serenidad de los que conocen el anverso y el reverso de la vida. Desde hoy la tienes...

Y, reconfortado por este discurso, me vestí con una agilidad desconocida. Tan cierto es que todo está en nosotros y que basta una flexión de la voluntad, ó un salto de la esperanza, para transformarnos. Como nunca, anudé cuidadosamente el lazo de la corbata, cepillé mi mejor traje, dí buena forma al chambergo, y bajé las escaleras gozando la realidad de mi juventud.

El mercado de flores de la Magdalena, con sus dos filas de alegres puestos donde alterna el perfume de las violetas y las rosas, es una sala de conversación y un hueco de poesía. La elegante frivolidad de las mundanas se despereza en esa especie de invernáculo que forma un círculo de ensueño alrededor de la vetusta iglesia. Bajo los techos de lona se multiplica una maravillosa floración de colores matizados que van desde el blanco lilial, hasta el rojo ardiente, y desde el verde amarillo hasta el azul turquesa. Sobre el fondo obscuro formado por las grandes hojas verdes de las plantas exóticas, se destacan las

frescas flores húmedas que la brisa balancea sobre los tallos. Y aquí la margarita, allá el clavel, y más lejos las rosas, parece la plazuela un lugar donde hay torneo de belleza. De rato en rato una parisiense envuelta en pieles atraviesa el espacio libre, hace su provisión de geranios, y vuelve á acurrucarse en su carruaje, después de haber dejado las flores junto al asiento del cochero, mientras la griseta que sale de la casa de modas con la caja redonda colgada al brazo se detiene absorta, mirando á la dama y á las flores, sin saber por qué razón tienen unos tanta felicidad y otros ninguna.

Naturalmente, llegué mucho antes de las diez. Y al cabo de un instante empecé ya á sentir la ansiedad y la impaciencia de la espera. En vano consultaba el reloj y veía que faltaba aún mucho tiempo para la hora convenida. Se me antojaba que cada mujer joven que aparecía en el fondo de la calle venía hacia mí. Cien veces estuve á punto de correr al encuentro de una extraña. Cuando constataba mi error, caía en un abatimiento mortal, como si todo estuviera perdido. Al dar las diez, me pareció que mi corazón era un pájaro que aleteaba y quería salírseme del pecho. La última campanada resonó en mis oídos como un toque de agonía. Puesto que no ha llegado ya, — pensé — es que ha cambiado de idea, que ha sido distraída por otro amor, que ha olvidado quizá la cita y el encuentro, en ese mareo amable de la mujer feliz para quien todo es una sonrisa. De pronto se me antojó que había querido burlarse. La conversación pudo ser un

devaneo de mujer engreída que mata el tiempo jugando con el alma de los demás. ¿ Cómo podía reparar seriamente en mí aquella reina elegante que atravesó la fiesta como rayo de luz, dejando un resplandor en la mirada de todos los hombres ? ¿ Qué merito tengo ante ella ? Extranjero, pobre y desconocido, solo soy en París una de esas individualidades anónimas que obstruyen las calles y las plazas, como figurantes, como « fondo » en una tragedia donde otros representan los principales papeles. ¿ Había descubierto ella acaso lo que hay dentro de mí ? ¿ Me había adivinado en el porvenir ?... Era imposible... Las rápidas palabras cambiadas, solo pusieron en contacto nuestra superficie. Nos conocimos de labios afuera. ¿ Por qué razón me habría preferido entre tantos centenares de hombres vestidos de negro, que ambulaban como yo por los salones, buscando una aventura en los ojos ? Era evidente que el amorío sólo había sido una broma de baile, de fantasía... Entonces me vinieron ganas de echarme á llorar en mitad de la plaza, como un niño. Los sollozos me subieron á los labios. Pero me contuve y, para disimular mi debilidad, consulté el reloj... Eran las diez y cinco minutos... Un resplandor de esperanza se filtró... ¡ Las diez y cinco minutos !... Un guante olvidado, un encuentro imprevisto, un impedimento al atravesar una calle, podían haberla retenido cinco minutos más... Por otra parte, nunca se llega exactamente á una cita... Una mujer de mundo se hace esperar un cuarto de hora, porque sabe que cuanto más tarde llegue, más placer

causará con su llegada... Volví á interrogar las aceras, hasta donde alcanzaba la vista. Siempre me parecía distinguir á lo lejos, entre las cabezas le los transeúntes, un sombrero de buen gusto de tenía que ser el de ella. Se me antojaba verla en el fondo de todos los carruajes que pasaban... Una vez estuve á punto de hacer seña de parar á un cochero en cuyo cupé creí apercibir una silueta que me pareció la suya. A fuerza de mirar, se me encandilaron los ojos y acabé por no distinguir más que una confusión de formas que se entrecruzaban en una ciudad bamboleante... Para descansar, levanté la vista á la altura de los techos de las casas que un raro sol de invierno comenzaba á dorar á aquellas horas... Y cuando volví á mirar,... la « marquesita » saltaba de una victoria que se había detenido á dos pasos de donde yo estaba...

Toda la alegría de mi corazón se me subió á los ojos. Primero hice un movimiento brusco, como para precipitarme hacia el carruaje. Después me quedé inmóvil, retenido por no sé qué extraña cortedad. Pero ella me miró. Su tenue sonrisa me arrancó á mi embotamiento. Y me encontré á su lado, oprimiendo entre las mías una pequeña mano enguantada y nerviosa que me apretó también los dedos, como si quisiera trasmitirme un estado de alma. Entonces me sentí naufragar en el perfume adormecedor de aquella mujer hermosa que tenía un beso en los labios...

— ¿ Llego tarde ?

— Solo sé que ha llegado Ud. ; eso basta.

— ¿ Vió Ud. mi « adiós » de anoche ?

— Lo oí, porque me resonó en el corazón.

— Y ¿ qué hizo Ud. después ?

— Seguí por las calles, solo, conversando con el recuerdo, hasta mi casa...

— ¿ Sólo ?

— No ; con su imagen...

— Como yo con la de Ud...

— ¿ ...De veras... ? ¿ Las frases rápidas que cambiamos no se han desvanecido con el mareo de la fiesta ?... ¿ Vivo en Ud., como Ud. vive en mí ?... Me parece imposible lo que oigo... ¿ Me quiere Ud. como la quiero ?

Un brazo de seda se enlazó á mi brazo y me oprimió... Dos ojos se clavaron en los míos... Las palabras cayeron en el silencio como flores...

— ¿ No lo adivinas, poeta ?... Si no fuera verdad... ¿ estaría yo aquí ?...

Entonces me pareció escuchar las fanfarrias de triunfo de *Aida*. Un vigor nuevo invadió todo mi ser. Y echamos á andar entre las flores, conversando de ella, de mí, de todo, como si nuestra relación datara de mucho tiempo...

— Somos viejos amigos, — me dijo de pronto, interrumpiéndose una frase, — pero todavía no sabemos nuestros nombres.

— Es verdad — repuse, sin salir de mi ensueño, — parece que nos hubiésemos libertado de la vida. Nos hemos hallado en un sendero y hemos seguido caminando juntos, sin preguntarnos de dónde veníamos ni á qué lejana ciudad encaminábamos el paso. No nos hemos conocido, nos hemos reconocido. Ignoramos nuestros nom-

bres, pero sabemos nuestras almas. Para mí, Ud. es *ella*. ¿Cuál es el otro nombre?

— Luciana Lardot... ¿me ha oído nombrar Ud.?

— Mil veces. Es Ud. la primera actriz en la nueva comedia del Coliseo. La heroína es una ingenua ambiciosa que rompe dos matrimonios y desbarata una familia con el solo fin de hacerse una reputación de belleza. Sé el argumento por los periódicos. Todos hablan de Ud. ¡Luciana Lardot! He visto el nombre en letras de luz en las esquinas de las calles...

Sobre nosotros pasó como una nube de malestar.

— ¿No va Ud. á menudo al Coliseo? — preguntó en seguida Luciana para evitar el obstáculo.

— No.

— ¿Por qué?

— Porque aborrezco al público, casi tanto como adoro el teatro. Cuando entro á una de esas salas doradas, llenas de luz y atestadas de gentes vanidosas que abren estrepitosamente las puertas para marcar su aparición, me siento tan lejos del arte y de su bella solemnidad, que prefiero á menudo privarme del placer que me proporcionan los buenos dramas. Solo Wagner ha sabido organizar una escena digna de los artistas. Por lo demás, las obras que se representan son á menudo medianas. Los autores se ven en la necesidad de agradar al público, y escriben piezas vacías, como la que triunfa ahora en Coliseo. Mientras el teatro sea monopolio de la clase do-

minante, solo reflejará su bajeza y sus vicios.

— Ha dicho Ud. mi pensamiento; nadie desprecia más que yo el medio en que vivo y el estado actual del arte dramático.

— ¿Por qué se ha dedicado Ud. entonces á él?

— ¿Por qué pinta Ud. telas que los comerciantes de su barrio no comprenden? El antagonismo entre la vocación y el medio en que se realiza, no puede privarnos de consumar nuestro ensueño.

— Tiene Ud. razón, pero...

— ¿Lamenta Ud. acaso que yo me llame Luciana Lardot?

— No... y sí. El hombre célebre no halaga mi vanidad de hombre, porque el amor no es para exhibirlo, sino para guardarlo en el fondo del alma. Pero me encanta que tenga mi compañera una inteligencia superior, una sensibilidad vibrante, que, unidas á su belleza, hagan de ella un símbolo de la poesía. Desde ese punto, me entusiasma que se llame Ud. Luciana Lardot. Es grande honor para un artista desconocido merecer la confianza de la divina mujer sentimental cuya alma esparce tantas cosas bellas. Pero me contraría que sea Ud. la actriz famosa, porque para serlo ha tenido que frecuentar un mundo mezclado, poco digno de nosotros. Esas promiscuidades de la escena, esa fácil escalera de abandonos por donde baja la *théâtreuse*, favorecen la descomposición del alma. El ideal vive difícilmente entre las bambalinas. El *trompe-l'œil* de las decoraciones se contagia á los sentimientos.

Mil tentaciones y mil imposibilidades relegan á la actriz á un círculo de falsa felicidad, donde el corazón es un mueble inútil. Se habitúa á venenosas perezas de alma. Y cuando quiere reaccionar y poner en juego todo su espíritu, se encuentra á veces con que su corazón se ha helado para siempre.

Luciana me interrumpió con un gesto amargo...

— Algo hay de verdad en lo que Ud. dice... Pero no toda actriz es *théâtreuse*... Sepamos distinguir la que hace de la escena un escaparate de lujuria, de la que se eleva á más altas concepciones y vé en el teatro un instrumento para realizar belleza. El arte dramático me ha atraído desde mi primera juventud, y me he librado á él toda entera. Ha sido una vocación, no un expediente. He estudiado con entusiasmo, he trabajado con ahinco, he conquistado un nombre, y mi corazón, siempre sano, á pesar de las concesiones hechas á la vida, ha seguido siendo un rincón de la infancia. La moral burguesa, que es la prehistoria de la moral, quiere que toda actriz sea una aventurera de gestos libres y besos fáciles. Los atavismos lo decretan. Además, queda en las gentes primitivas un sentimiento rudo que les hace querer rescatar su admiración, insultando después á lo que admiraron. Sólo reconocen la superioridad intelectual de una persona, á condición de prestarle en su vida privada las peores torpezas. Con lo cual creen establecer un equilibrio que les permite reconocer el mérito del prójimo, sin dejar de considerarse superiores

á él. La especie humana parece haber nacido, más que para crear, para impedir. Su esfuerzo se reduce casi siempre á apagar lo que brilla, á desgajar lo que surge, á derribar lo que se alza. Cuando no puede conseguirlo, emplea todas las artes para envilecer á la persona, ya que no puede desprestigiar el nombre ... En el teatro, todas las glorias tienen para el público, además de la mancha original de ser glorias de teatro, otra mancha particular y caprichosa que nos arroja el despecho de los envidiosos. La palabra *actriz* significa para la mayoría : « ser amoral y bajo que autoriza todas las suposiciones ». No conciben que en la escena pueda existir una mujer como las demás, tierna y sentimental, apasionada y sensible. Para ellos la función de la actriz es el placer ; su fisonomía es la careta. Y no todas las que hacen vivir las heroínas de los dramas, son vendedoras de amor. Hay almas puras que han abrazado el arte dramático como un refugio de ideal, como un medio de expresión para exteriorizarse... Realizan una vida superior desde la escena. Son las mentoras del alma. Despiertan en el ser interno de cada espectador todos los grandes sentimientos que duermen en la vida. Y ¿ cómo han de ser siempre vulgares y chatas aventureras, esas vibrantes mujeres enternecidas que se apoderan de un público y le imponen el desahogo de las lágrimas, que distribuyen su riqueza de sentimiento, que hacen atmósfera de dolor y de angustia alrededor de tantas gentes satisfechas, y que, en el esplendor de su grandeza trágica, llegan á apo-

derarse con su emoción de un momento de la vida de todos? Confiese Ud. que no es posible guardar rencor á las actrices por las pocas libertades que se toman. La misma prevención con que las mira la opinion mojigata, las obliga á buscar sociedad y atmósfera favorable en otras regiones de moralidad menos ortodoxa. Pero lo que puede ser legítimo derecho de algunas, no es voluntad de todas. Y aún en el teatro, aún en esa cueva que la generalidad supone putrefacta, existen corazones simples y tiernos, enamorados del ideal. ¿No se arrepiente Ud. de haber hablado?...

— Sí... Tratemos de olvidar mi pesadilla...

Luciana me miró un minuto con sus ojos celestes llenos de madrigales, y después de un silencio en que pareció tratar de ver lo que pasaba en mí, me estrechó fuertemente la mano y me habló de las flores, de la mañana, de los libros últimos, como si quisiera distraer su imaginación y olvidar una idea penosa.

Ya habíamos recorrido el mercado dos veces, á pasos cortos, abstraidos en nuestra conversación, sin darnos cuenta de lo que pasaba. Las vendedoras se habían apercibido de ello y comenzaban á murmurar... El aspecto delicado y elegante de Luciana, la hacía notable á pesar suyo. Todo denunciaba en ella á una mujer excepcional... Su talle delgado y flexible, su traje lleno de distinción en la riqueza, sus movimientos aristocráticos, y sobre todo su delicada fisonomía de ángel rubio, la convertían en centro de atracción que hacía volver todas las cabe-

zas. Más de un transeúnte nos estudió detenidamente al pasar. Algunos nos miraban alternativamente, como si hallaran una contradicción, y se alejaban con una sonrisa insultante, pensando quizá que entre una mujer *chic* y un hombre mal vestido, no podía haber más lazo de unión que el del dinero. Luciana notó también ese detalle. Pero los dos nos encogimos de hombros. ¡ Estábamos tan lejos de lo humano !

Como dieran las once, Luciana interrumpió nuestra conversación con una sonrisa.

— Muy bien, — me dijo, deteniéndose entre dos puestos de flores, — lo que decimos es hermoso, pero debemos separarnos.

— ¡ Qué pronto acaban los sueños ! — murmuré, mirando la avenida gris que se extendía hasta el límite, con su doble fila de árboles escuetos, que parecían tiritar de frío...

Entonces Luciana quiso partir, pero yo la detuve con un gesto y compré un gran ramo de violetas dobles que le entregué después, sin mirarla, acompañándole hasta el coche.

— ¿ Cuando nos volveremos á ver ? — dije, reteniendo su mano entre las mías.

— Cuando Ud. haya olvidado á la actriz... — repuso, escapándose y subiendo de un salto á la victoria, que echó á andar velozmente.

La fuga fué tan brusca, que me fué imposible tratar de impedirla. Seguí á Luciana con los ojos, sin saber que hacer. El coche dobló la calle, y « la marquesita » no se volvió como yo esperaba para decirme « adiós ». La mano de nieve no me saludó como al salir del baile. En-

tonces me quedé absorto, con los ojos vacíos, como si acabara de desmoronarse mi universo.

Comprendí que mis dudas habían lastimado profundamente á Luciana, sentí el dolor de la herida que había hecho en aquella alma enferma de sensibilidad. Y empujado por una angustia desbordante, por un deseo loco de reparar mi error, me dí á correr en la dirección que había tomado el carruaje, sin pensar que ya debía estar muy lejos. Cuando me convencí de la inutilidad de mi intento, me detuve y me puse á mirar un escaparate, enjugándome la frente. Estaba inundado de sudor, á pesar del frío que hacía apretar el paso á los transeúntes. Después me arranqué de allí y seguí caminando á pasos lentos, sin saber á donde iba. Hallé un café á mi paso y entré, para descansar un instante y poner en orden mis ideas.

La sala estaba vacía y me acurruqué en un rincón donde no me podían ver desde la calle. Pedí un periódico para componerme una actitud. Traté de olvidar la emoción que me ahogaba. Y comencé á barajar una serie de ideas y suposiciones en la media luz de un monólogo cerebral que acabó por aturdirme.

Al cabo de media hora, cuando me levanté y salí á la calle por donde pasaban grupos tumultuosos de empleados que salían de los almaneces para ir á almorzar á las fondas de las cercanías, me sorprendí una extraña irritación contra mí mismo. Era evidente que yo era el único culpable de mi desgracia. Mi tem-

peramento caviloso y descontentadizo me hacía hurgar en todas las cosas para descubrir el daño. No tenía la cordura de gozar de la felicidad sin analizarla. Vivía espulgando los sentimientos, las gentes, las circunstancias y la vida, con una prolijidad meticulosa de maniático, empeñado en encontrar las manchas del armiño. Y mi tarea era tan estéril, tan nociva, tan contraproducente para mí mismo, que había llegado al punto de no poder ser feliz sin agriarme esa felicidad con una sospecha, con una prevención, con algo que me desgarrase el alma. Una mujer joven, hermosa y célebre había venido hacia mí, me había arrancado al sonambulismo de mi vida obscura, me había ofrecido un ideal, un amor, una amistad, todo lo que me faltaba, y con pretextos sofísticos y especiosos, yo encontraba medio de echar la llave á mi puerta cuando la felicidad venía á llamar.

— Decididamente, — me dije, — Juan Lapeña no ha nacido para vivir en el mundo...

Diciembre 27 de 19**

No me perdono ciertas delicadezas de alma. A veces me abandonan todas mis fuerzas y me vienen ganas de huír hacia países desconocidos de donde vine quizá...

El fracaso de ayer me ha sumido en una tristeza brumosa que me asfixia. Luciana sigue alzándose en mi recuerdo como una visión ideal que me rozó un instante y desapareció en seguida. Conservo de ella el retrato, el perfume y

la voz. Y cada vez que rememoro las palabras torpes con que la ofendí, me viene un deseo violento de arrodillarme, como si hubiera insultado á una Diosa.

He buscado sus señas en el Anuario del *Tout-Paris*.

Vive en la avenida del Bosque, en un palacete que he admirado, al pasar más de una vez.

Pero ¿de qué me sirve conocer su casa, si no puedo ir á verla? ¿Cómo presentarme ante sus ojos después de lo ocurrido? Mi dignidad y la suya nos lo impiden. La palabra fué terminante: « *Cuando olvide Ud. á la actriz...* » Es decir, nunca... ¡Si pudiera olvidarla!... Pero mi vida ha sido hasta este instante tan incolora, tan neutra, que la aparición de Luciana ha dejado una huella imborrable...

Mi cerebro ha sido todo el día un campo de maniobras, donde han luchado los proyectos y las resoluciones más inverosímiles. Mareado de tanto pensar, he salido al atardecer á la calle, sin rumbo, para distraerme. Siempre que me hiere un dolor, hay un instinto inexplicable que me lleva á buscar alivio en el roce de la multitud, en las calles llenas de gente, donde parece que perdemos nuestra personalidad, para confundirnos con los grupos y transformarnos en elemento...

Después de errar dos horas por los bulevares tumultuosos, me detuve sin saber por qué, ante un teatro. Un grupo de curiosos comentaban el

gran aviso que anunciaba la representación. Recién entonces desperté... El aviso decía así:

TEATRO DEL COLISEO

El 27 de Diciembre

13ª REPRESENTACIÓN

DE

LA INGENUA AMBICIOSA

comedia en cuatro actos, de Marcelo Lafargue

El papel de Adriana estará á cargo de la incomparable actriz

LUCIANA LARDOT

que ha creado esta obra de la manera magistral
que todos saben

Y seguía una larga enumeración de los títulos y méritos de la actriz, que el *barnum* exhibía como un animal raro. Me ofendió esa manera de explotar la sensibilidad y el arte...

Pero no pude resistir á la tentación de entrar. Los grupos se estrujaban ante la ventanilla del billetero. Había protestas, interjecciones, y remolinos. Cuando conseguí comprar mi asiento, me arrepentí de haber entrado. Pero ya estaba en el corredor que conduce á las butacas y era imposible volverse atrás. La *ouvreuse* se apoderó de mi abrigo y me condujo á un sillón de primera fila, junto á los palcos de la izquierda. La posición era excelente para ver á Luciana. La casualidad me ponía al alcance de sus ojos... Un resto de superstición atávica me hizo creer que *alguien* quería que nos volviésemos á encontrar.

La sala estaba atestada de gente. Se oía ese rumor de público ansioso que anuncia una predisposición al aplauso. De tiempo en tiempo resonaba acompasadamente el zapateo del gentío de las galerías, cansado de esperar. La obra era célebre. Todos los diarios habían hablado de ella con elogio. De ahí el entusiasmo y la curiosidad de los espectadores.

Por fin sonaron los tres golpes en la escena, y se descorrió la gran cortina de felpa granate.

¿Debo contar el asunto? Debo referir mi emoción cuando descubrí en medio de la decoración fastuosa, la deslumbrante silueta de Luciana? ¿Debo analizar las sensaciones de esos instantes divinos y terribles en que hubo en mi corazón como el pánico y el vértigo de un combate? Difícil sería dar una idea de lo que paso en mí. Me quedé con los ojos fijos en el grupo donde sonreía Luciana, llena de languidez, oyendo distraídamente las cortesías de una media docena de *snobs* que la asediaban. Era la escena del baile en casa del marqués de Normandy, cuya descripción había leído yo tantas veces en los periódicos. Los cronistas ensalzaban el lujo de la *mise en scène*, y sobre todo la belleza de Luciana, que resplandecía sobre aquel conjunto, vestida de naturalidad y de suprema distinción. Todo lo que recuerdo de la comedia, es ese primer cuadro. Después se me confunden las imágenes, y solo veo una sucesión de actitudes incongruentes, de gestos inexplicables, de personajes inútiles, alrededor de la belleza y la sensibilidad de una mujer que llora,

ríe, suplica, impera, en diferentes trajes, con diferente emoción, pero con la misma maestría. Inmóvil, desde mi sillón, seguí sus ademanes, sus entradas y salidas, sus ternuras y sus cóleras. Todo el primer acto pasó en un minuto, como un sueño. Y cuando se corrió la cortina, me quedé aturdido, como después de un vértigo.

La conversación de un matrimonio que estaba á mi lado, interrumpió mi desvarío. Comentaban la obra. Y los dos se excedían en elogios sobre la novedad del asunto y la belleza de las situaciones.

Recién entonces recordé el argumento de *La ingenua ambiciosa*. Nada más bajo y más torpe que aquellos cuatro actos del autor dramático del día. El asunto era de una indecencia inverosímil y lamentable. No había una gota de ideal, ni una palabra de justicia, ni un gesto digno del hombre. Las escenas se desarrollaban en una media luz de alcoba elegante, donde todo tenía un matiz frío é indiferente de encuentro ocasional. Era la apología del egoísmo, del engaño, de la lujuria; la verbosa y fácil comedia que agrada á los despreocupados y á los ahítos. Producto de una literatura artificial que tuvo un instante de boga, ese género sólo seduce hoy á los sobrevivientes del siglo muerto. Las nuevas generaciones, las que traen la sana y vigorosa visión de la humanidad de mañana, lo rechazan como nocivo y como espúreo...

...Cuando se descorrió otra vez la cortina, caí de nuevo en mi fascinación del primer momento. Pero Luciana me vió desde la escena...

Fué un relámpago... Sus ojos se encontraron con los míos y huyeron en seguida, solicitados por las exigencias de la acción dramática. Pero así que vino uno de esos remansos breves en que la protagonista escucha, las miradas se cruzaron otra vez. Me pareció que Luciana, sin salir del carácter de su personaje, había mostrado un poco más de vivacidad y de alegría. Quizá no la disgustaba verme en el teatro... Mi tristeza comenzó á desvanecerse... Volví á sentirme *renacer*, como el día anterior antes de la cita... Aquellos ojos que se volvían de largo en largo hacia mí, me daban calor y fuerza.

Cuando terminó el espectáculo y me encontré envuelto en el remolino de gentes apresuradas que se ponían los abrigos y obstruían los corredores empujándose hasta la calle, tuve un instante la idea de aguardar á Luciana junto á la puerta de los artistas... Pero me contuvo la idea de verla salir acompañada.

Entonces eché á andar lentamente calle abajo, volviendo la cabeza de tiempo en tiempo, sin saber por qué. Al llegar á una encrucijada me detuve... La idea de esperar á la puerta de los artistas volvió á relampaguear en mí... Después de un instante de vacilación, desandé lo andado... Al encontrarme otra vez frente al Coliseo, dudé todavía. Pero entre los carruajes que se alineaban al borde de la acera, creí reconocer el de Luciana y me decidí...

Ante la puertecilla pequeña y obscura, estacionaba un grupo de cocheros, una vieja mendiga, y dos elegantes que conversaban, con el

cuello del sobretodo levantado y un cigarro en la boca.

Primero vi salir un pelotón de coristas que bajaron precipitadamente por la calle hasta la estación de los ómnibus. Después, una pareja que se fué en uno de los coches. Después dos mujeres hermosas que se tomaron del brazo de los elegantes que las aguardaban.

La calle se quedó sola...

La mendiga, que había recibido algunos cobres, se puso á contarlos, sentada sobre el escalón de piedra...

— Déjeme Ud. que añada algo más, — le dije, dándole un franco.

Entonces me contó lo que sufría en aquellas noches heladas de diciembre, y de confidencia en confidencia, llevamos la conversación al teatro, en lo que ella podía observar desde ese sitio donde estacionaba desde hacía mucho tiempo.

— Sentada en este escalón — me confesó, — he visto pasar en un año, más bajezas y más mentiras que en medio siglo. Todas *ellas* son igualmente malvadas. Hace tres meses, se suicidó aquí, sobre esta piedra, un joven, un niño casi, que esperaba, como tantos otros,... y que vió salir á la dama con un rival.

— Pero... — interrumpí, sin atreverme á concluir.

La mujer, que pareció adivinar mi pensamiento, continuó.

— Solo hay una que se diferencia de las demás... Es caritativa y afable... No trae intrigas, ni misterios... Todos los domingos me dá

un luis, como si fuese una acción convenida... Así que acaba el espectáculo, sube á su carruaje y se vá... A veces, muy rara vez, la acompaña un hombre serio, condecorado... Por el cochero sé que es su único amante... Nadie le conoce más amistad que esa... Y es la más aplaudida de todas... Dicen que gana mucho dinero representando su papeles... Ud. ha oído quizá el nombre... Se llama Luciana Lardot.

Una mentira inútil se me escapo de los labios.

— Me dirá Ud. cual es, si sale ahora,... — dije, fingiendo no conocerla.

— Ha tiempo que escapó... — repuso la mendiga, haciendo con la mano un gesto incierto; — ...así que acaba su papel sale del teatro... No es como otras, que se desvisten perezosamente en los camarotes escuchando la charla de los amigos... No es como ésta, — continuó, designando á una que salía — cuyos amantes la invitan con champaña en la escena así que baja el telón...

Pero yo no oía ya sus palabras. Me ahogaban dos sensaciones diferentes: la contrariedad de no haber podido ver á Luciana y el gozo de saber que merecía mi cariño.

Con un pretexto vago me separé de la mendiga y me alejé en dirección á mi casa. Antes de acostarme, me quedé sentado largo tiempo, con los pies desnudos sobre la alfombra, pensando en mi amor por Luciana Lardot, en la amarga suerte de la mujer que mendigaba á la puerta del teatro, y en la incongruencia y la inverosi-

militud de la vida, hasta que mareado por la letanía de las horas, me desvanecí en el sueño.

Diciembre 29 de 19**

Demás está decir que hoy he ido también al teatro. Por una casualidad rara, me atribuyeron un asiento muy cerca del que ocupé anoche. Y cediendo quizá á un movimiento instintivo, Luciana me buscó con los ojos así que se descorrió el telón...

Fué una sonrisa inefable.

Antes de que acabara la pieza, me instalé junto á la salida de los artistas, abstraido en mis pensamientos... Pero una voz obscura me saludó desde un hueco de sombra. Era la pobre mujer que me habló anoche de Luciana...

Le estreché la mano y, para distraer mi ansiedad, comencé á pasearme á lo largo de la acera... ¿ Qué decir á Luciana ? ¿ Que perdonara mi locura,... que había cedido á un instante de sin razón,... que mi actitud de mañana haría olvidar mi actitud de ayer ? Todo eso era vulgar y frío... No expresaba mi angustia interior... No traducía el hervidero de mis fibras... Aquella situación debía ser sintetizada de un trazo, en una frase luminosa y brillante como una lágrima.

De pronto surgió « la marquesita » en el dintel de la puerta.

No estaba sola. El grave senador la acompañaba... No sé si me vió, porque yo traté de disimularme, recostándome contra el muro

lleno de sombra. Los vi subir al carruaje y partir... Después me alejé, con las manos en los bolsillos, sin saber qué pensar. Pero la mendiga me detuvo al paso.

— Quería Ud. hablar á Luciana Lardot, — me dijo con un extraño acento maternal que me dejó conmovido ; — ...y ha tenido Ud. poca suerte, porque rara vez la acompaña ese señor...

— Le hablaré mañana, — contesté, afectando indiferencia.

— Mañana no, — repuso vivamente la mendiga, — porque mañana no viene. Los sábados se hace reemplazar por otra actriz para tener un día de descanso.

Y después de un instante de silencio :

— Si quiere Ud. escribirle, — añadió,—le llevaré la carta...

No sé por qué, pero me inspiró aquella mujer una confianza sin límites. Me entregué á su iniciativa... Y quedó convenido que vendría al día siguiente á mi casa.

Diciembre 30 de 19**

Sobre un cuadrado de papel de copia, he escrito sencillamente estas palabras :

« He olvidado á la actriz, aunque la aplaudí anoche. Pero la he olvidado para acordarme mejor de la marquesita de los sueños. ¿ Quiére Ud. perdonarme y oirme ? »

...¿ Cuál será la respuesta de Luciana ?... Me pierdo en conjeturas... Lo único que me reconforta es la sonrisa tranquila de la buena mujer

que, al partir con su mensaje, parecía decirme: « Descansa en mí... »

Diciembre 31 de 19**

La respuesta no dice más que:

« Mañana le espero á Ud. de cuatro á cinco, con un clavel blanco en el pecho ».

Pero estoy mareado y atónito, como el reo á quien le notifican su gracia. Es la revelación de un mundo que se abre á mis ojos como un paisaje ideal. En mi corazón estallan extrañas y tumultuosas tempestades de vida. Parece que se abren las esclusas del futuro y que me inunda una claridad que nunca había sospechado. Mi primera juventud resurge en mí La sonrisa me vuelve á los labios. La esperanza retoña en mi corazón. Se diría que la ciudad se transforma y se alegra, que las gentes se desperezan y dan saltos, y que el año acaba con un himno á la belleza y al amor.

Sin embargo, la casa, el patio y el taller están húmedos y sombríos como desde el comienzo del invierno... En la calle todo tiene el mismo aspecto gris... Los miserables se encorvan bajo la lluvia, vestidos de harapos, con sus bolsas de desperdicios sobre la espalda... Por el cielo borroso y hostil pasan cabalgatas de nubes, que huyen quizá de un gesto... Todo repite en la ciudad la canción triste de la mala estación, en que al dolor y al llanto del hombre se añade el llanto y el dolor de la naturaleza...

. . . .

...En medio del taller donde arde la estufa, me asalta una idea mortal. Se me antoja que mi alegría me hace olvidar el dolor común, que desde que soy feliz siento menos ternura por los que sufren, que la vida se me aparece más fácil y menos empinada, que mi corazón cierra las puertas que le acercaban al mundo, y que para ser justo y ser bueno, es necesario sufrir y no salir de la desgracia... En vano me interpela el egoísmo y me pregunta si no tengo yo derecho á vivir también... Es la voz de los atavismos que quieren resurgir... ¿ De que me habría servido desmenuzar los resortes de orgullo que conducen á los hombres, si no he aprendido á juzgarme?... Pero, ¿ es incompatible mi felicidad con el bien ?... Mi primavera interior, ¿ no me dará más fuerza para combatir el dolor de los demás ?... Siendo dos, ¿ no podremos compadecer con mayor intensidad á los que sufren ? Es seguro que, desde el rincón caliente de nuestros besos, comprenderemos mejor la angustia de los que tiritan en la vida.

. . . .

A veces me viene la idea de que voy al encuentro de un fracaso... Todas mis ilusiones han revestido siempre ese aire de bestias perseguidas que tienen los niños pobres... En el tumulto de hombres gordos, felices, condecorados, que inundan la ciudad y monopolizan la dicha, ¿ cómo puedo esperar yo el imposible de realizar todo mi ideal ? Quizá es Luciana, á pesar de su sentimentalismo, una de esas actrices vulgares

que consideran el amor como un pasatiempo... Si fuera así... Pero ¿ no me ha probado lo contrario con su actitud ?... Mañana... Mañana... ¿ Que me traerá « mañana » ?... ¿ Un desengaño más ?... ¿ El ensueño ?...

. . . .

EPÍLOGO

Lógicamente, este libro debiera acabar aquí, puesto que lo que se propuso Juan Lapeña fué referir sus sensaciones durante el año. Pero la manera brusca como terminan estas notas y sobretodo el interés que despierta la última aventura, nos han empujado á tratar de completar por lo menos ese episodio de una existencia que imaginamos llena de conflictos interiores y de hondas melancolías.

Para realizar la idea se ofrecían dos medios: añadir un epílogo de nuestra cosecha, con lo que hubiéramos destruído quizá la ingenuidad del libro, ó buscar un documento que nos revelase el resultado de la cita que Juan Lapeña deja pendiente en la última página de su cuaderno. Esto nos ha parecido preferible.

Hé aquí la carta que, después de muchas vacilaciones, nos ha confiado un amigo del pintor. Con ella termina la historia de un alma en un año y acaban las confidencias de ese misterioso artista que quizá ambula actualmente por países remotos:

Fontainebleau, Enero 20 de 19**

Estimado X**

Mi alma ha tenido siempre en el mundo la tristeza infinita que tienen las cosas en los cuartos vacíos. Pero desde que he conocido á Luciana la vetusta fortaleza feudal donde languidecían todos los objetos, se ha llenado de sol y se ha poblado de risas cristalinas. Hace dos semanas que soy feliz... ¿ Sabes tú lo que es ser feliz ?... Es como ser niño... ¿ Te acuerdas de aquellas venturosas fugas de colegiales locos, cuando desertábamos de la escuela para « jugar á correr » en las cercanías de la ciudad ?... Por aquel tiempo solo pensábamos lo indispensable para recordar el color de las naranjas... Ni la amenaza del examen, ni los reproches del profesor lograban empañar nuestra clara felicidad de animalillos inconscientes y libres. Nuestros gritos de pájaros bulliciosos se oían desde muy lejos. Dejábamos al pasar como una estela de luz. Y nada nos inquietaba en la vida... Pues así, así es la felicidad, como tener cinco años y correr bajo el sol...

Nos hemos refugiado en esta ciudad pequeña para poder estar más cerca el uno del otro. En las vastas poblaciones hay siempre un pensamiento, un temor, un deseo, ó una sospecha que se interpone entre las almas. Aquí estamos más juntos que en París, porque estamos más solos...

Sin salir de la casa, desde el balcón, dominamos un panorama pintoresco y vastísimo por

donde corren y se recrean los ojos. A veces nos quedamos todo el atardecer observando los cambios de fisonomía que impone la luz menguante á las tierras, las casas, y las cordilleras de nubes que obstruyen el horizonte. Con los brazos enlazados ante el adiós del día, en el silencio plácido de la llanura, nos parece sentir el movimiento del planeta, que gira en la noche, llevándonos á través de la atmósfera, en el misterio del espacio. Y sentimos como nunca el goce de vivir, el placer de palpitar al unísono con las otras fibras de la creación.

Cuando llueve, asistimos á la fiesta de los troncos que arden, se retuercen y estallan en la chimenea roja, por cuyo caño obscuro se escapan las llamaradas azules. Siempre tenemos una docena de libros recientes que escamotean lashoras. Mientras cortamos las páginas, hacemos conjeturas sobre sus méritos, y cuando comenzamos á leer, nos comunicamos las impresiones, interrumpiendo á veces el capítulo con una digresión vivaz que lo completa.

Así que asoma el sol, y en este invierno asoma más á menudo que de costumbre, salimos campo afuera por los senderos blancos que conducen hasta el corazón del bosque. Y las mismas hojas secas que se amontonan bajo los árboles, la misma nieve que los adorna á veces, añaden á la naturaleza un encanto singular que solo pueden conocer los que como nosotros son felices.

Durante esas excursiones, conversamos del pasado y revolvemos nuestra historia como un cajón de papeles viejos. Nuestra vida data de la

primer frase que cambiamos. Todo lo demás es arqueología.

Luciana viste trajes sencillos para tratar de pasar sin que la noten, pero la elegancia es tan difícil de esconder, que á veces se le escapa y asombra á las gentes del lugar, que nos observan con temeroso respeto. Por eso evitamos las calles de la población y preferimos el campo. En el bosque nadie nos mira. Luciana se pone un chal de seda sobre la cabeza, se envuelve en su capa obscura y echamos á andar cogidos del brazo, con paso rápido y menudo, con pretexto de exploración, hasta encontrar una fuente ó un estanque. Todo nos encanta y nos asombra... Los troncos añosos, los insectos, el agua verdosa y fría... A veces nos detenemos á examinar un árbol ó á recordar una estrofa... Otras, nos ponemos á cantar en la soledad del bosque mudo... ¡Si oyeras cómo resuena nuestra voz! Cada sílaba retumba y se repite, hasta morir. Se diría que las palabras rebotan varias veces antes de caer en la nada... Nosotros prestamos el oído para no perder ninguna de las vibraciones... Y cuando el último rumor se extingue, cuando reanuda el silencio su silbido, nos echamos á reír sin saber por qué... Vuelve nuestra voz á turbar la solemnidad del bosque, vuelve á parpadear el eco, volvemos á escucharlo... y cuando cesa, se reanudan aún más fuertes nuestras risas... No te encojas de hombros... Acuérdate de que somos felices...

La criada que nos sirve está encantada de nosotros. Dice que parecemos dos novios de su

país. Ella es de Suiza. Y en Suiza son campos de égloga.

Lo cierto es que bogamos en el cielo. Mi ventura es tanta, que me parece que se traduce en todo. Hasta se me antoja ahora que te escribo en letras de luz...

Pero, seamos razonables, y conversemos.

Sabes que hice traer del taller lo necesario para seguir pintando. Mis caballetes, mis telas, mis colores, están ahora aquí en una sala grande llena de luz donde trabajo con más gusto que en aquel cuarto estrecho que daba al patio. Pero han quedado allá algunos muebles, algunos rastrojos de mi vida anterior... Te agradeceré que los vendas... No quiero que quede nada que pueda recordarme lo que he sufrido...

Desde aquí, desde mi existencia nueva, voy á emprender el verdadero combate postergado. Ya tendrás noticia de mí. Como todos necesitamos una convicción central, un eje de vida, todos necesitamos también un amor, un punto de apoyo. Yo lo he conseguido, y ahora me siento apto para esas grandes proezas sin sangre de los buscadores del ideal.

Mi obra será toda de piedad y de altruísmo. Quiero fijar en telas capaces de emocionar á todos, la pavorosa epopeya de los rebaños miserables que salen de las fábricas al atardecer royendo un mendrugo; quiero despertar la piedad que duerme en el fondo de los corazones; quiero sacudir las fibras de los favorecidos por la suerte, arrancarles á su ensimismamiento y hacerles ver la desolación del mundo por donde

el dolor pasa segando las vidas. Mis pinceles retratarán la angustia de las almas que agonizan en los subterráneos de la sociedad, removerán los estercoleros de la prole, y harán oír el grito ahogado de los humildes. El color y la forma, puestos al servicio de lo justo, cobrarán mayor poder. Al embellecer la vida, ensancharé mi arte. Y de la pintura, lujo de los ricos, haré un instrumento para libertar á los desheredados.

Me siento lleno de entusiasmo y de esperanza. Luciana me ha traido un corazón de gladiador entre sus besos. ¡ Cuán bello es vivir cuando se tiene un resplandor en la casa y un rumbo en el horizonte !

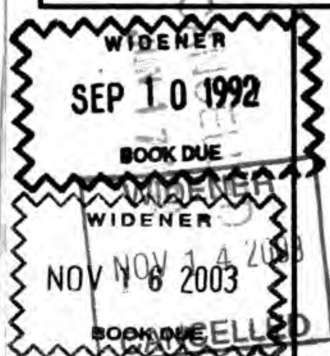
JUAN LAPEÑA.

P.-S. — En estos días irá á verte una mujer á quien le debemos mucho. Es la anciana que mendigaba á la puerta del Coliseo. Cómprale lo que te lleve. Le hemos facilitado algún dinero y vende flores.

PARIS. — TIP. GARNIER HERMANOS, 6, RUE DES SAINTS-PÈRES

9275. — Paris. — Tip. Garnier Hermanos, 6, rue des Saints-Pères.


3 2044 004 972 4


WIDENER
SEP 10 1992
BOOK DUE
WIDENER
NOV 16 2003
BOOK DUE
WIDENER
NOV 14 2008
CANCELLED